

CLEMENTE CIMORRA

HISTORIA DEL PERIODISMO



COLECCION ORO
DE CULTURA GENERAL

EDITORIAL ATLANTIDA
BUENOS AIRES

Disponible



Ustad Hazrat
Mulla

COLECCION
ORO
DE CULTURA GENERAL

জেনারেল
কালীচরণ

COLECCION
ORO
DE CULTURA GENERAL

COLECCION ORO
DE CULTURA GENERAL

106-107

ESTE LIBRO. — El periodismo ha llegado a ser una de las actividades que más caracterizan a nuestro tiempo. Como tiene su origen en un anhelo humano casi instintivo: el de saber lo que sucede, sea por mera curiosidad o para orientarse en el mundo en que se vive, es muy antiguo en cuanto a sus antecedentes rudimentarios. Estos antecedentes no son aún el periodismo, pero explican su honda raigambre y la enorme pujanza que había de adquirir en cuanto apareciesen los instrumentos adecuados. Desde las primeras publicaciones impresas y periódicas este medio de información y difusión tiene una historia llena de vicisitudes, de episodios, de luchas, de saltos en su perfeccionamiento. Es una historia fascinante o con tanto interés como las de otras grandes invenciones humanas.

El proceso de este fenómeno, siempre creciente a través de los distintos países, es la materia de este libro.

La parte dedicada al periodismo en nuestro país ha sido especialmente encomendada al escritor argentino Pablo Rojas Paz.

CLEMENTE CIMORRA

HISTORIA DEL
PERIODISMO

VICTOR
HUGO
PRIMERA EDICION

DENTRO DE DOCUMENTACION
MATERIALES ESCOLARES
UNIA TLANTICO

EDITORIAL
ATLANTIDA, S.A.
BUENOS AIRES

Derechos reservados.
Hecho el depósito que marca la ley.
PRINTED IN ARGENTINA

LIBRO DE EDICION ARGENTINA
Se acabó de imprimir el día 22 de mayo de
1946 en los Talleres de la Editorial Atlántida,
Azopardo 579, Buenos Aires.

I

EXPRESION DEL MUNDO

YA nadie ignora que el periodismo es uno de los elementos, factores o aspectos de la civilización actual. Su valor de documento vivo o vigente es innegable, y como el documento vivo pasa a ser de un modo fatal, por simple mecánica de la cronología, testimonio histórico, también el periodismo constituye un gran elemento de la Historia. Desde que la publicación de periódicos tiene los caracteres que hoy conocemos, el almacén de sus cerros y cerros de hojas, en las colecciones y hemerotecas, encierra allí el desfile palpitante de los tiempos, la sucesión puntualísima de las estampas diarias que a horcajadas, en carrera veloz sobre los calendarios, ha ido ofreciendo la vida.

Al periódico se le moteja de superficial, en cuanto a la serena meditación de los hechos, por esa vigencia de un día o de unas horas; ese vivir efímero como el de

ciertos insectos que mueren apenas ven la luz; pero en la trepidante vida de sus ediciones — centellas que se extinguen — está su condición de instantáneas que recoge una cámara maravillosa en el punto mismo en que la actualidad se deja sorprender.

Los periódicos y revistas de los últimos tiempos son receptáculos heterogéneos donde desfila y gesticula, donde argumenta, vive y grita, todo lo que forma el ayer y el hoy; lo que interesa o puede interesar; lo que resume, en síntesis renovada, cuanto es atañadero al modo de existir y actuar de los hombres.

Una historia del periodismo sería vasta empresa apenas practicable, sobre todo incurriendo en el prurito histórico de tomar las cosas en sus vagos antecedentes de un proceso interminablemente largo hacia atrás.

No hay nada que no tenga unos remotísimos fundamentos por la propia razón del devenir en las manifestaciones humanas, y pescar en el primer lago de los orígenes esos atisbos es tantear entre los peces que se escurren y es no acabar nunca.

Si la razón del periodismo es la necesidad sentida por los hombres de registrar los hechos que acaecen, habría que ir por sus orígenes a la primera forma de noticia de tales hechos y confundirlo con la narración. Por lo menos con la narración sobre la marcha.

Las palabras tienen el valor que les ha dado la inteligencia general, y no hay periodismo, mientras no

se presenta con arreglo a lo que incluye y significa la palabra. Ni aun por su nombre, su etimología, el periódico queda definido; el "periodicus" latín o "periodikos" griego, la circunstancia de guardar períodos, es concepto que sirve solamente para una de sus caras.

Hoy se ha llegado a lo que conocemos por la prensa, sin lugar a dudas en cuanto a su modo de ser y producirse. Es una de las instituciones en la vida de relación humana, una de las entidades a que el hombre ha llegado en su esfuerzo por construir lo que le era necesario para la complicada vida hirviente y compleja de su sociedad. Con el mismo tono y con el mismo derecho de importancia con que se ha hablado hasta ahora de la Arquitectura u otra eterna actividad, hay que referirse hoy al periodismo.

La prensa del mundo entero es expresión del mundo entero. Episodios, hechos, rostros, aspiraciones, gestos; pedazos, nervios, hilos y moléculas de la vida van a encuadrarse y a dejarse la piel de cada uno de sus momentos en los órganos de la prensa. Momentos con su faz de catástrofe o de júbilo; de tragedia o hilaridad; de minucia o de trascendentalismo.

Todo el viejo mapamundi, donde el hombre corre por días y siglos su aventura, está surcado por el trasiego de esta prensa que incesante, nerviosa, arrebatadamente, trasvasa los jirones, cada tic y suceso de la vida moderna, de unos países en otros, de unos hombres, de

unos vecinos en otros, de unos oídos en otros, con la regularidad tumultuosa de un gran torrente sanguíneo.

Como hemos apuntado, el problema de la documentación histórica queda resuelto hoy con estos anales tipográficos y fotográficos que no dejan escapar nada de cuanto ocurre. Porque todo ello queda registrado inexorablemente de un modo objetivo o subjetivo. Ya entre el ornamento de una buena expresión, ya entre las púas o el incienso de la combatividad o la alabanza; denostado, engrandecido, desfigurado, en la hipérbole o el derrotismo, el hecho no se escapa ni se escamotea. Un detractor o un ocultador tendrá enfrente su contrario, y lo acaecido irá a las cataratas de papel. Prácticamente, el hombre de todo el planeta tiene así la vida del planeta en la mano. La ve palpitante entre sus dedos y bajo su mirada y sin una u otra forma del periodismo no se sentiría ya hombre civilizado.

Ninguna sociedad, país, lugar o grupo humano podría hoy prescindir de los órganos de la prensa, de las publicaciones del periodismo. Este pequeño mundo de la noticia es casi un mundo dentro de otro, y la civilización no renunciaría nunca, después de haberlo encontrado, a su vehículo, millonario de voces, febril y gigantesco.

Veremos en el transcurso de estos capítulos algo de lo que toca a su historia, su función y a su misión: cultural, informativa, progresista, social, literaria... y también a sus miserias y grandezas.

II

PRIMEROS BALBUCEOS

YA hemos dicho que buscar algo como un primer capítulo de la historia del periodismo en los primeros relatos y noticias producidos en sociedades remotas, es artificioso. Ello puede tener el encanto de presentar un cuadro completo entre las primeras informaciones orales y manuscritas, con su restringida y tarda difusión, y el torrente de la noticia de hoy elaborada por la musculatura gigantesca de las rotativas.

Pero no hay periódicos ni historia de los periódicos hasta la invención y uso de la imprenta. Por eso nos detendremos muy poco para hablar de la noticia manuscrita, que guarda cierta similitud con los balbuceos del periódico. La búsqueda y relación de las nuevas propaladas oralmente, y trasladadas en hojas de un modo caligráfico, llegó a ser para algunos una ocupación profesional. En Inglaterra los reyes y las casas

de la más alta nobleza se servían de expertos en este acopio y regusto de informaciones, y tenían estos redactores de hojas a su servicio. Eduardo III utilizaba a un Laurence Minot, y Enrique VI a un llamado Lydgate. En las guerras internas en que se empeñaron los ingleses, estos redactores de noticias tenían gran valor para ambos bandos.

Como era de esperar, la noticia manuscrita, tan rudimentariamente organizada, se desplazó con preferencia hacia los grandes centros comerciales y de las corrientes de la época.

En Alemania, en el siglo XV, existía un gran trasiego comercial, y en las repúblicas y diversos estados de Italia, aparte del auge mercader, una gran inquietud artística y de vario conocimiento. Los redactores de noticias interrogaban a los comerciantes y navegantes de procedencia lejana, a los capitanes de lansquenets y tropas de conquista, y a cuantos podían suministrarlas.

En Venecia llegó a centralizarse una como agencia de aquellos preciados informes que se vendían a señores y soberanos, grandes negociantes, jefes de ejércitos, banqueros y otros personajes.

Estas hojas eran los "avvisi", primer balbuceo de la prensa informativa.

Antes de estos "avvisi" sólo pueden citarse antecedentes muy indirectos del periódico noticioso. Habría que ir a las primeras manifestaciones de cualquier

género de "anales"; más aún, a las tabletas y cilindros con inscripciones, como los de Nínive y Babilonia, o los manifiestos murales en los templos en que los héroes y vencedores anunciaban sus victorias.

Ni los "anales" que en los tiempos romanos se colocaban ante la casa del gran Pontífice, con los sucesos más importantes del año anterior, ni los noticiarios privados que se procuraban algunos reyes y emperadores, como la antigua Gaceta del Imperio de China, se asemejaban a los caracteres del periódico o revista de hoy. Más entronque con el periodismo, con el periódico mural, se ha de conceder a las "acta diurna populi romani" de los tiempos cesáreos, noticiario expuesto en tablillas y de las cuales se podían sacar copias para el exterior. La variedad de los informes que se registraban tenían algo de común con un informativo sintético, y los buscadores de las noticias, pobres griegos sin ninguna consideración social, algún parecido con el repórter moderno. Recorrían la ciudad y anotaban el gladiador triunfante, el fallecimiento en familia ilustre, comentarios sobre un auriga popular, el último escándalo entre gente principal, la reunión gritada u ovacionada en el teatro...

En aquellas tablas anotábanse las fechas con relación a las calendas, y se aireaban noticias y sucesos, en simple y breve enunciado, desde el cómputo de nacimientos en la comarca, hasta el monto de impuestos co-

brados, o la crucifixión de tal o cual reo, o el repudio por alguien de su esposa, con pormenor de con qué bañero de las termas o con qué auriga de los juegos había sido sorprendida.

La escueta aridez del feudalismo en la Edad Media no era buen clima para el desarrollo de aquel naciente sistema de la información; aquella expansiva invención de sacar los hechos, heroicos o bochormosos, a la luz.

De un modo general, lo que parecía propender a la expansión y la claridad, contrario al hermetismo, hubo de remitir en la Edad Media con relación a la clásica. No es fácil determinar — ni este es el sitio de hacerlo — qué significa en la marcha general de la cultura este ceño adusto y esta característica de las ideas medioevales, pero es lo cierto que eran poco a propósito para el florecimiento de algo que se pareciese al periodismo; es decir, al estruendo de lo público, a la claridad de la difusión.

Volviendo a los "avvisi" venecianos y extraveneccianos, embrión de las gacetas, son muchas las colecciones de tales hojas escritas a mano que se conservan en archivos y bibliotecas. En estos montones de tan viejos documentos se hallan noticias de Roma, Milán, Nápoles, Génova, Colonia, Hamburgo, Ratisbona, Viena, Madrid, Valladolid, Toledo, Lisboa, París, Lyon..., Amberes, Bruselas, Vilna, Constantinopla..., y la más

antigua colección de avisos la forman los dirigidos a Ulrich Fugger entre 1554 y 1571.

En Inglaterra también floreció la noticia manuscrita, y pruébalo la existencia de un noticiero notable, Rouland White, en tiempos de la reina Isabel, y de "intelligencers" — reporteros podríamos decir — como Pory, Locke y Chamberlain, en la época de Jacobo I.

El trasiego de las "fogli a mano" fué muy grande en muchos países europeos y principalmente en Italia. Hubo oficinas que organizaron su distribución, como la de Jeremías Krasrer, y su mucha divulgación atrajo los temores y señaló peligros, de un modo especial a los Papas, depositarios entonces de la máxima jerarquía autoritaria.

Hubo ejecuciones: la del "avisista" Niccoló Franco, hecho colgar por Pío V, cabeza y brazo de la contrarreforma, y enemigo implacable de aquellos "pestiferi homini", precursores de los libelistas; la de Annibale Capello, a quien antes de darle muerte se le cortó la mano y la lengua "por calumniador", según rezaba el "ecce homo" del cartel.

Los buscadores y redactores de noticias se llamaron de diversos modos: menanti, novellanti, rapportisti y gazzettanti. Nombres que tienen olor de analogía inconfundible con denominaciones y significado de ellas en el periodismo actual.

Las "fogli a mano", o "nouvelles a la main", o "news

letters" y los "Ordinari Zeittungen", sufrieron después la aparición de la noticia impresa, y aunque convivieron un tiempo — esa convivencia mientras agoniza el vehículo superado — terminaron por desaparecer.

Aparecida tras de la invención la industria, tras de la imprenta el negocio de los impresores, éstos estuvieron ojo avizor tras de qué empresas podrían resarcirles o beneficiarles. Advirtieron pronto que la emisión de hojas con relatos de los hechos de actualidad, de las noticias del momento, tenía cariz de ser buen negocio. El número de noticiarios impresos creció sin cesar y en el siglo XVI llegaron a ser todo lo difundido que permitían el tiempo y sus posibilidades de tirada. Las primeras de estas hojas — siempre sin periodicidad, no lo olvidemos — tenían como fondo una sola noticia o hecho importante narrados con detalle. Lo demás eran pequeñas enumeraciones añadidas.

Los más memorables sucesos de la época desfilan por las hojas que circulan increíblemente y hasta se traducen de unos idiomas a otros: el gran tema europeo de las guerras turcas, las expediciones a Italia, las campañas de Carlos V, las luchas de los hugonotes...

La historia del noticiario, de los comienzos de la prensa, es inseparable del arte de imprimir y el uso del papel. Dos manifestaciones de la industria humana, que de un modo más o menos tosco han tenido dila-

tados antecedentes y han llenado la historia, después, con el proceso de su función.

Si los antecedentes que se citan hasta aquí tienen algo de lo que iba a ser el periodismo — lo fundamental, el gran resorte, el deseo de difundir noticias, — les falta la actualidad inseparable del periódico; su publicación con intervalos fijos.

En gracia a esto tienen significación histórica los calendarios murales que se emitían impresos en Maguncia — desde 1848 — y otros puntos, sobre todo de los países germánicos. Calendarios con fórmulas y algunas informaciones generales, como el "Fliegende Postreuter", los "postillones voladores", en Alemania; el "Comport des bergiers", en Francia, y "Le grand calendrier des bergiers" en Suiza.

La primera manifestación apreciable con periodicidad la constituyen unos puñados de noticias emitidas cada seis meses en Colonia en los últimos años del siglo XVI. Se lanzó a la aventura de esta empresa Michel von Aitzing, austríaco y hombre de gran preparación y experiencia viajera. Aitzing era emprendedor y no quiso retroceder en su iniciativa de orden periodístico. "Si a la gente — pensó — no le interesa saber lo que va a ocurrir en su mundo, ¿por qué se habló siempre de la curiosidad en los seres humanos?" Inventada la publicación, había que elegir el mejor sitio para venderla. La gran feria de Francfort, celebrada todos los semestres,

CLEMENTE CIMORRA

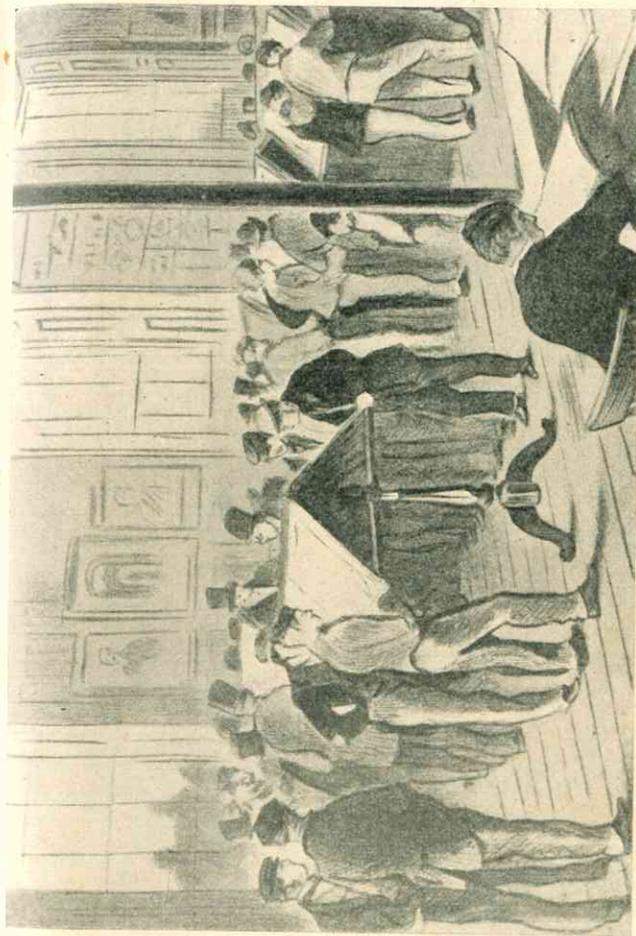
era un mercado bien concurrido y heterogéneo. Los sucesos de más bulto, los considerados de mayor interés y sensación, se relataban en aquellos folletos, y los feriantes se lo arrebataban de las manos a los dependientes de Aitzing.

El primer órgano periódico, con su modesta tirada de feria, tuvo el éxito que merecía su editor.

Se trata de iniciativas, y la de lanzar los primeros noticiarios mensuales corresponde a Rodolfo II, emperador, que en 1597 quiso reunir a los editores más capaces para que entre todos publicaran el folleto noticioso cada mes. El alto chismorreo local — los pleitos de los electores — y fuera del Sacro Imperio, las sensaciones bélicas y cortesanas, reclamaban una tribuna cada treinta días cuando menos.

Poco tiempo después de esta idea nace el otro gran escalón periodístico: la gaceta semanal. Entre una confusión de investigaciones se puede asegurar que los primeros informativos de esta clase, conocidos hoy plenamente, fueron los publicados en Estrasburgo y Auzburgo en 1609. Después siguieron otros muchos, y casi todos llevaban esos largos títulos enumeradores que imponían la antigua falta de interés por la síntesis. Como "Historias importantes y memorables ocurridas en la Alta y Baja Alemania, en Francia, Italia, Escocia... etc."

No sería fácil enumerar las publicaciones hebdoma-



En Manchester se estableció una sala de lectura, donde los periódicos podían ser leídos gratuitamente por los trabajadores.



Je suis le véritable père Duchesne, foutez :

LA MINE EVENTÉE,

OU

La Grande Colère

DU

PERE DUCHESNE,

A la découverte d'un nouveau projet de contre-révolution, annoncé pour le 25 Aout.

LE plus difficile à écorcher, c'est la queue, dit le proverbe. Je métois toujours douté que la fin de la Constitution nous ameneroit quelque foutue

70

El famoso y batallador "Père Duchesne", que se recuerda siempre al hablar de periódicos políticos, rotundos y revolucionarios.

darias de este género que vieron la luz con más o menos continuidad en aquella época. Pueden servir de ejemplo "Le Courrier véritable de Pays Bas", una de las más regulares en su periódica aparición y que veía la luz en Bruselas; las "Gazetas del viernes" que comenzó a publicar Broer Jeanszoon, en 1609.

Quienes tenían larga vista en el negocio del papel impreso se percataron de la gran aceptación mostrada por el público en aquellas confusas mezclas de noticias, y cómo eran buscadas ávidamente sin que nadie fuera demasiado severo en cuanto a garantías de su autenticidad. Como de costumbre, algunos contemporáneos de tales hojas se pasaron de videntes. Y es mucho que suelen incurrir en esto personas que luego merecidamente se consideran ilustres. Ben Johnson, el dramaturgo célebre, ridiculizó en "La Tienda de Noticias" la nueva costumbre de los informativos, y aseguró tratarse de un uso perjudicial y sin arraigo probable.

Las primeras publicaciones del tipo de las citadas no tenían un título fijo y sólo conservaban de común ciertas características. El primer título con continuidad aparece en el "Mercurius britannicus" publicado por Tomás Archer durante los años 1625 y 1626.

El advenimiento del diario, tomándole el pulso con más o menos síntesis a cada jornada, preparase por su camino lógico: el ensayo creciente. Y por un acicate de suma importancia: el favor del público que,

sin distinción de países, reclamaba la hoja y estampa de las noticias.

Este primer periódico diario, según el doctor Karl Junker, fué el "Reichszeitung", publicado en Viena hace más de tres siglos y aparecido en 1620. Otros opinan que fué la "Gazette de Francia", cuyo primer número vió la luz en 1631.

Con el periódico de este tipo, sea cual fuere su forma balbuciente, comienza ya la verdadera historia del periodismo.

III

DE ISABEL I A "THE TIMES", PASANDO
POR WALTER SCOTT

LA primera publicación como antecedente del periodismo de que tenemos noticia en Inglaterra es "New Letters", aparecido en los tiempos de Isabel I.

Carlos I fué un enemigo de los noticiarios. En 1638 se concedió permiso para publicarlos, siempre que las noticias fueran de otros países.

Los debates en el Parlamento Largo levantaban verdadero interés, y especialmente en 1642 se publicaron muchas hojas informativas con los detalles e incidentes de cada sesión.

El Parlamento, como en otra época de reyes y emperadores, temió la libre circulación de las hojas. En la persona de Milton se da uno de los primeros combatientes de la gran batalla que iba a ser en el mundo la lucha por la libertad de prensa y uno de los más

antiguos ejemplos de periódico publicado contra la voluntad oficial es el "Mercurius aulicus", lanzado por los realistas, y la cabeza de cuyos redactores fué puesta a precio por las autoridades.

Los sucesos de 1679 activaron las manifestaciones de la opinión pública y la hermética ley de censura emitida antes, en 1662, no encontró ambiente para ser renovada.

Optó la monarquía por editar su hoja oficial que coexistiese con los diversos periódicos polémicos; creó su "London Gazette", que se distinguió de las otras publicaciones por su mesura y oficialismo de tono y por el formato de "paper", a diferencia de los "pamflets" o folletos en que aparecían los periódicos restantes.

Con la huída de Jacobo II, el cambio de régimen fué favorable para que floreciesen nuevas publicaciones. No obstante llamarse revolucionaria esta mudanza, se juzgó conveniente volver a la censura de todo impreso, fuese libro, periódico, hoja ocasional. John Locke tomó a su cargo los esfuerzos para persuadir a la Cámara de los Lores de los inconvenientes y perjuicios de la censura. En 1695 se consigue la abolición de la gran traba y tanto para Locke como para lo que llamamos el progreso, se anota un gran triunfo en los anales.

Nada en Inglaterra, ni el periodismo tampoco, está desligado de la lucha — o equilibrio de lucha — entre los partidos de los "whigs" y los "tories". Los que re-

dactaban publicaciones periódicas necesariamente se vieron envueltos en la erizada competencia política. Eran solicitados, repudiados, castigados según las vicisitudes de sus amigos o enemigos en el poder. En aquellos tiempos — últimos de Guillermo II y época de la reina Ana — literatos de buena altura intelectual — Defoe, Addison, Swift — se entregaron al periodismo y prestigiaron esta actividad.

Pasan años de suerte varia para las hojas periódicas, y aparece el famoso "Spectator", cuya vida se prolonga hasta 1712. El "Spectator" puede llamarse periódico diario. Sale seis días en la semana y sucede al "Tattler" (El charlatán). Su amenidad se hace notoria y su sátira y criterio de una moral pública se coloca entre los dos extremos del puritano con pujos de santidad y el caballero de la época entregado a todos los excesos.

Con Walpole se produce una vez más el criterio de combatir a los escritores y periodistas con demasiada independencia, ofreciendo a los menos ariscos un refugio bien remunerado en una publicación que se deje dirigir y orientar. Hizo salir su "Daily Gazetteer" con ramificaciones de periódicos afines y a fuer de ministro hábil hizo también espejear en los ojos de opositores el sueldo de una "comprensión razonable".

El más encarnizado y más inteligente también de los enemigos estuvo en la pluma de Swift, que atacó memorablemente el truco financiero del ministro cuan-

lo fabricó para los irlandeses una moneda de peso des-acorde con su valor nominal. A propósito, publicó en el "Craftsman" las célebres "Cartas de mi pañero".

Otro buen polemizador señalóse en la persona del escritor Fielding, pesadilla de Walpole y de los jacobitas y de cuantos adversarios se alzaban ante los puntos de su pluma.

Aun había de agudizarse y llegar a la culminación la batalla entre el poder gubernamental y los periódicos. Esto ocurrió bajo Jorge III.

Su favorito, Lord Bute, luchaba por la caída de Pitt. Nacieron los dos periódicos contrarios "Tory el Briton" y "North Briton". Este último sirvió de estandarte para una manifestación popular. La Cámara de los Comunes había condenado al fuego uno de los números y cuando la sentencia se iba materialmente a consumar, la multitud arrancó el ejemplar al ejecutor y hubo de pasearlo bien alto por las calles de Londres.

Un aspecto nuevo de las publicaciones, el periódico de anuncios, es introducido por una activa familia de impresores londinenses, los Woodfall. En las hojas editadas por estos dos hermanos, como el "Public Advertiser", veían la luz con su fárrago de argumentos cartas de muchos políticos "whigs", y de "tories", aunque en menor cantidad. El "Morning Chronicle and London Advertiser", fundado por William Woodfall, mantúvose bajo su dirección durante veinte años y entre las

causas de su éxito se incluía la reseña de las sesiones de los Comunes.

Los enemigos de este gran periodista recurrieron a la batalla económica para desarmarle. El impuesto del timbre que ya gravitaba sobre las publicaciones fué aumentado por tres veces. En 1724, en 1756 y en 1765.

Entre los hombres de gobierno o con aspiraciones de serlo existía la tendencia a ver en las hojas periódicas un peligro o una incomodidad. Incluso hombres como Fox, paladín del liberalismo, no cejaron en poner trabas a los periódicos, que fácilmente se clasificaban en la categoría de libelos y sufrían todo el peso de las incesantes disposiciones. Cuando el libelo difamatorio lo era de verdad, un fondo de justicia acompañaba a las medidas, pero, como siempre, la dosificación corría el peligro de ser interesada y excesivamente subjetiva.

Fué William Pitt quien no consideró tales medidas necesarias y quien creyó que los periódicos debían redactarse libremente, pero sin que cayesen fuera de las manos de los cultos y de los ricos. En 1789 volvieron las represalias económicas. Mientras se discutía lo nefando o excelente de la prensa, se dictaban disposiciones con gravámenes de los impuestos. Se trataba sencillamente de hacer poco menos que prohibitivas las publicaciones. En 1797 y 1804 aparecen nuevos y flamantes impuestos.

A pesar de todo, el periodismo sigue su curso. John

Walters, fundador famoso, dijo en 1785 que harto de negociar con carbones y seguros, quería sacar a la calle un periódico hecho de tal manera que tuviese acceso a la gente de cualquier clase social. Así salió en busca de lectores el "Daily Universal Register", que en 1788 empezó a llamarse el "Times". Este nombre estaba destinado a hacerse famoso y longevo en los anales del periodismo.

Los periódicos principian a tener gran influencia y a ser entidades de gran precio. A Melville, primer lord del almirantazgo, se le tambaleaba con los ataques del viejo "Times". El "Morning Chronicle" de James Perry fué comprado en 1.000 libras aproximadamente y vendido en 42.000.

En 1777 aparece en Inglaterra el periódico dominical, padre de todos los "Sunday papers" que tanto se multiplicarían más tarde. Los llamados diarios en aquella época sólo se publicaban seis días en la semana, y la idea de la publicación dominical fué pronto coronada por el éxito. Los Bell, sus ideadores, supieron acentuar en ellos la nota sensacionalista y marcadamente popular. El "Weekly Dispatch" y el "News of the World" fueron en este género las dos creaciones de los Bell.

A medida que la gran prensa iba adquiriendo más volumen e importancia, se expresaba con más desenvoltura. Los gobiernos salían al paso de ella prodigando los castigos. Numerosos editores y periodistas eran

encarcelados, aunque algunos, como Cobbett, seguían redactando su periódico dentro de la cárcel y se hacían rodear allí de la gente de letras y de los medios artísticos más inquietos y descollantes.

Al caer el coloso, al desaparecer de Europa la pesadilla de Napoleón, muchos dieron un gran suspiro de alivio, y la prensa creyó llegado el momento de producirse con más libertad.

Con la célebre pugna poco edificante entre Jorge V y su mujer toma auge el periodismo de escándalo, la campaña sistemática; el rey, viendo que casi todos los periódicos le atacan furiosamente, recurre al diario subvencionado para oponer alguna réplica al aluvión de los denuestos. Este diario se llamaba "John Bull" y estaba redactado principalmente por Walter Scott.

La lucha por amordazar la prensa y por romper, burlar y desafiar tal mordaza continuó por un tiempo, pero el interés decidido de la gente por los periódicos crecía de un modo incontenible.

Desde 1815 se empieza a marcar la hegemonía del gran órgano el "Times" y en 1840 se le ve convertido, sin competidores, en el primer diario británico.

La autoridad y la influencia de los periódicos en la opinión se fué afirmando cada vez con más fuerza. Los partidos no concebían su defensa y su pelear denodado sin periódicos que fueran paladines de su causa. Los hombres de pluma más eminentes se hacían periodistas.

Dickens funda el "Daily News". Ya nadie desdeña a quien escribe estos papeles, y en la época victoriana los hombres de la gran prensa son preferidos en los salones. Se llega hasta el auge de los diarios de provincias. Surgen algunos de gran difusión y otros destinados a una vida larga y famosa: el "Liverpool Mercury", el "Manchester Guardian". En Irlanda se produce paralelamente un ascenso de la prensa que va desde tres periódicos en 1782 hasta 56 en 1820.

El "Times" continuó su carrera de órgano superinfluyente y sus fluctuaciones bien pueden servir de pauta, pues él, dentro de la imprenta inglesa, sirve de ejemplo. Sus campañas, sus menores artículos preocupan a los ministros y a la reina. Cuando en los comunes se llega a censurarle por revelaciones y diatribas que tienen carácter de traición a la patria, la alta opinión que rodea al periódico le saca incólume de la embestida. Ante la campaña contra la reina Victoria por el casamiento de su hija con un príncipe prusiano, tiene que recurrir la soberana a buenos oficios — nada menos que a Palmerston — para aplacar la virulencia.

La guerra de Crimea y las denuncias sobre el deficiente pertrecho del ejército fué uno de los mayores triunfos de popularidad del "Times". Llegó un momento en que, según los comentarios de otras publicaciones que se conservan, el país estaba gobernado por el "Times" y sus campañas eran el instrumento de gobierno.

Se inicia para la prensa el proceso de su lucha por el costo para hacerla asequible a todas las manos. A medida que iban siendo abolidos los impuestos sobre el papel y los anuncios, y se restringía la carga del timbre, el precio de los periódicos iba menguando más y más. Se planteó entonces el problema — que hoy parecería absurdo — de elegir entre un público restringido, manteniendo alto el precio, o el más amplio posible abaratando éste.

Los periódicos que llegaban con aliento joven preferían este último sistema, y solían derribar a los del prejuicio contrario. Así fueron bajas en la lucha el "Morning Herald" y el "Morning Chronicle", ante el enemigo de los periódicos baratos que inauguraban su poderoso auxiliar: la rotativa, dispuesta a realizar el milagro de los panes y los peces.

Los periódicos a penique triunfaban sobre sus prudentes adversarios, aunque el "Times" conservó el costo de tres peniques durante cerca de medio siglo.

1869 se señala en Inglaterra como fecha de la verdadera libertad para los periódicos.

Tantos fueron el auge y la frondosidad de éstos que los publicados en las provincias o regiones llegaban a competir con los de la capital. La competencia se hizo seria y viva. La fundación de un periódico en Londres tenía que encarar la rivalidad de los existentes allí y la de los grandes órganos editados en provincias. El

"Manchester Guardian", el "Liverpool Daily Post", el "Scotsman", tenían tanto empaque y prestigio como un buen órgano de la capital.

En 1892 aparece el periódico a medio penique: el "Morning Leader", es decir el periódico que puede considerarse popular.

Para la popularidad completa les faltaba a los diarios ingleses un margen al sensacionalismo y un poco de claudicación de su tiesura tradicional. Ya existían, al otro lado del Océano, los ruidosos procedimientos de Norteamérica.

Los primeros en aceptar el sensacionalismo o concesión a lo popular norteamericano son los periódicos de la tarde, con lo cual se inaugura también la diferencia que no dejó nunca de existir entre matutinos y vespertinos; el movimiento, la agilidad y cultivo de la sensación en los segundos; la mayor calma tipográfica e informativa en los primeros.

Alfred Hermsworth, que llegó a ser Lord Northcliffe, es el que imprime el impulso definitivo a esta época del periodismo. Le llaman el Napoleón de la Prensa y pocos le aventajarán en la búsqueda del "Talking point", lo más agudo de la actualidad, que constituye la clave de la nueva prensa para masas.

En los primeros años del siglo presente las resonantes campañas del "Daily Mail" contra el pacifismo y por el señalamiento del peligro prusiano, el rapidí-

simo medro del "Daily Express" durante la guerra del Transvaal, la acción decisiva del "Times" contra las pretensiones irlandesas, y otros hechos de tónica semejante, demuestran la importancia lograda por el periodismo.

Desde 1914, durante la Gran Guerra, adquirió mucho desarrollo el periodismo de corresponsales en los frentes de batalla, y es preciso reconocer que los relatos bélicos eran publicados con no poca objetividad y a veces señalando errores o apuntando escepticismo.

No obstante, se planteó el problema de la intervención oficial en la libre emisión de noticias y opiniones y creóse el "Press Bureau" con sus cuatro secciones: suministro de noticias, "Issuing Bureau"; la censura del servicio telegráfico, "Cable Department"; la de cuestiones navales y la "Military Room", de inspección y orientación en informaciones militares.

Este régimen originó debates y largas discusiones, aunque, en general, se fué sorteando por los periódicos, que frecuentemente, como sucedió con Lloyd George, eran adictos a los hombres de gobierno y colaboradores en la política de guerra.

Posteriormente, la prensa británica logró su desarrollo de fisonomía actual. Vino el tiempo de las grandes tiradas. Entre los años 1930 y 1932 el "Daily Herald" pudo rebasar el millón y medio de ejemplares; el "Daily

Express" llega al millón 680.000 y el "Daily Mail" a un millón 840.000.

Esta prensa británica, que en las estadísticas de principios de siglo se componía de unos 4.500 periódicos, entre diarios y "magazines", es una de las más tradicionales en cuanto a conservar órganos de muy antigua aparición, sin merma de importancia ni prestigio. En el período de grandes dificultades de orden internacional hasta la guerra de los aliados y el "eje", y en ella misma, los viejos órganos marcaron las oscilaciones que antecedieron al conflicto. La tendencia moderadora y pacifista de algunos de estos órganos no impidió luego la común tensión exaltada de patriotas y beligerantes.

Nombres principales que jalonan la historia del periodismo inglés y dan idea de su importancia actual, son entre otros: "New Letters", "Morning Post", "The Times", "Morning Advertiser", "Daily Telegraph", "Daily Graphic", "Daily Mail", "Globe", "Daily Express", "Pall Mall Gazette", "The St. James's Gazette", "The Westminster Gazette", "London Evening News", "Daily Herald"...

Todavía hoy el viejo "Times", con su sobria y monótona disposición tipográfica, sigue siendo el reflejo oficioso de la opinión media y gubernamental en Gran Bretaña; como lo fué en tiempos de Delane cuando rogaban al periódico su colaboración el primer ministro y la reina Victoria.

IV

NOTICIA HISTORICA DEL PERIODISMO
EN FRANCIA

LA GRAN HERENCIA DEL "MERCURE FRANÇAIS".

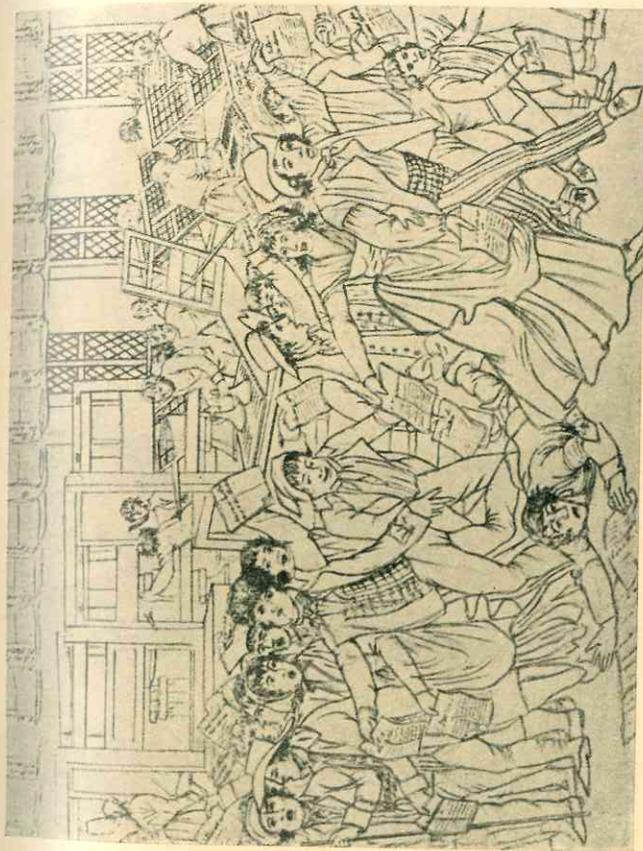
Los impresores franceses se incorporaron con lentitud a la publicación de avisos y relaciones, más abundantes en Italia y en Alemania; y si estas ediciones tan esporádicas e inconexas fueron relativamente raras, no se puede hablar de periódicos en Francia hasta la aparición del "Mercure Français". Esto, abusando un poco de la extensión, pues su irregularidad no tenía en absoluto nada de lo periódico. Vió la luz el primero de estos "mercurios" en 1611 y tenía un carácter más retrospectivo que actual, pues incluye el relato de los principales acontecimientos desde 1605. Fué el espíritu avizor y astuto del cardenal Richelieu el que captó en toda su importancia el interés de contar con una prensa aunque fuera tan rudimentaria. El Padre

José, brazo derecho y eminencia gris junto a Su Emi-
nencia, se hizo cargo de la dirección de aquel volu-
men que de año en año salía a la curiosidad de las
gentes.

Sin embargo, las gacetas del tipo de "La Gazette
Française", con proyecto de publicación menos espa-
ciada, seducían más a Richelieu. El encuentro con
Renandot, cerebro despierto de grandes iniciativas, vino
a colmar sus planes. Renandot, en estrecha camarade-
ría con el Padre José, montó su Oficina de Direc-
ciones y la gaceta como órgano semanal. Comenzó dan-
do cuatro páginas y luego ocho, y también varió de sis-
tema en cuanto al régimen de noticias, pues a la de los
países extranjeros que publicaba primeramente le fue-
ron añadidas las del interior de Francia, aumentando
así su general interés.

Si la iniciación periodística fué tardía en Francia,
una vez en escena desarrollóse con la máxima rapidez
al calor del recibimiento entusiasta. Aquella "gacette",
que era una publicación casi oficial y donde se mez-
claban sin orden ni concierto las noticias de diversas
capitales con desdén de la cronología, sirvió, con todo,
de incentivo a la gran curiosidad de los franceses por
la prensa.

Pero pronto se alzaron muchas voces, algunas tan
autorizadas como la de Saint Simón, para quejarse del
tono oficial y soso de una publicación que podía tener



*La libertad de prensa fué un tema palpitante en todos los tiempos. He aquí una
vieja caricatura que quiere aludir a los supuestos desmanes de tal libertad.*



En el Jardín de las Tullerías, uno de los quehaceres de pisaverdes, damas y burgueses era la lectura de los diarios de la época.

HISTORIA DEL PERIODISMO

más soltura, interés y eficacia. Luis XIV no llegó a comprender la conveniencia de que el sistema gaceteril sustituyese en sus empresas de propaganda al de los esporádicos folletos.

Las actividades gaceteras se dividieron entre los franceses en dos ramas: la de lo político y la de lo literario. Nace para dar principio a la segunda el "Journal de Savants", donde se emplea por primera vez esa palabra "journal", tan usada después en el trascurso del tiempo.

Colbert, defensor de la razón contra el fanatismo, quiso dotar a los posibles lectores de un órgano donde se recogieran las novedades científicas y literarias del momento. Era la época ya de los Descartes, los Galileo, los Bacon, los Denis de Sallo... Este último, uno de los más grandes eruditos de su tiempo, fué designado redactor o director del "Journal de Savants", aunque más tarde, caído en desgracia con Colbert, delegó en el abate Gallois. Y el abate Bignou, al frente de un grupo de redactores, tomaba las riendas de aquella revista bibliográfica, que esto era antes que otra cosa.

Gallois había introducido dos modificaciones; la primera, que ciertamente no hizo escuela, consistía en suprimir la crítica de los libros, y hacer sólo una amplia descripción de ellos; y la segunda en reducir el formato para hacerlo más a tono con la difusión y más manejable.

La prensa de pequeño formato fué inaugurada por

un tal Loret que en 1650 empezó a publicar una gaceta redactada en verso y enviada de un modo particular a la que fué duquesa de Nemours, Mademoiselle de Longueville. Se relatan allí los sucesos de la Corte y las incidencias de la vida mundana, y pronto, a petición de varios, obtuvo autorización de la destinataria para sacar copias y repartirlas entre otras personas. Aquellos papeles inofensivos complacían a hombres tan celosos de su vigilancia como Mazarino y Fouquet.

A esta versificada anticipación "para abrir boca" de la prensa reducida siguió el "Mercure", fundado por Donneau de Vizé. La era de los Mercurios continuará durante muchos años. El "Mercure Galant", muy admirado de Luis XIV, que dió albergue a su redactor en el Louvre, apareció desde 1672 hasta 1710. Se publicaba el Mercure mensualmente con más de 200 páginas de texto, dedicadas a la crónica del gran mundo, a la literatura, al teatro, los nombramientos de funcionarios, la música, los pasatiempos y enigmas amorosos.

En general, esta publicación, desdeñada por los buenos escritores de la época, no tenía mayor interés, por hallarse desprovista de toda función crítica y entregada a la alabanza constante. Así sucedió con los otros periódicos de que ya hemos hablado, protegidos por el rey y por su monopolio.

Las gacetas clandestinas eran perseguidas celosamente, y el periódico con aire independiente, como el "Journal

de la Ville de Paris" que quiso asomar la cabeza, no publicó más que un número.

La aparición en Holanda de gacetas escritas en francés solucionaba de un modo harto parcial el problema de la libre expresión.

Holanda era entonces el país de las gacetas sin sometimiento.

Si fuera de este país las hojas se consideraban proscritas, la posibilidad de vigilancia de las fronteras no era suficiente para impedir su trasiego. Las gacetas holandesas alcanzaron el máximo de difusión de su tiempo, y la más destacada, la "Gazette de Leyde", se inició en 1678 y continuó hasta 1814.

En Holanda, entonces república libre de la prensa, se intentó y se hizo con éxito el periódico literario "Nouvelles de la república de Letres", que corregía, en lo que a falta de crítica se refiere, el sistema del "Journal des Savants".

Le Clerc, en 1868, complementó la obra de las "Nouvelles" de Bayle, por su conocimiento de la lengua inglesa. Extendió la crítica a las producciones de aquel idioma.

En Francia, el monopolio oficial de la prensa constituyó una rémora para el desarrollo de los periódicos, y por un error de visión fueron éstos desdeñados por los filósofos y escritores a quienes no se les alcanzaba

hasta qué punto con un sistema de hojas libres se favorecerían las ideas y su difusión.

Ni Diderot, ni Voltaire, ni otros grandes hombres de entonces, vieron en las hojas periódicas, en su "obra efímera sin mérito ni utilidad", las perspectivas gigantes que les abriría el porvenir.

Un librero de carácter inquieto tuvo la idea en 1787 de formar un "trust" de publicaciones periodísticas, pero ninguna alcanzó el éxito y la difusión de "Le Mercure de France", cuyos suscriptores, encabezados por la familia real, llegaron a ser 1.600.

A pesar de todo, decayó hasta la languidez y la agonía, y sólo el ágil dinamismo, la crítica viva de La Harpe, con la introducción de una novedad: el comentario político, le elevaron otra vez al antiguo esplendor.

Fuera de los periódicos con privilegio, y ofreciéndoles competencia, comenzaron a florecer los independientes. Entre ellos se hizo notar "Le Pour y le Contre" del abate Prevost, que se proponía "anotar con el mismo cuidado cuanto percibiese de bueno y de malo en cada uno de los temas sobre los que tratara de explicarse". De 1733 a 1740 fué aceptada y pudo vivir la atrevida publicación.

Desfontaines y Freron inician el periodismo combativo. En el "Nouvelliste du Parnasse" y en las "Observation sur les écrits modernes" — 1735 — brota el comentario audaz y hasta agresivo de que tanto ha de usarse y abusarse en el periodismo del futuro. Freron,

en "L'Année Litteraire" — 1754 — se atreve a declarar la guerra nada menos que a los filósofos y al templo de las hegemonías intelectuales: La Academia Francesa. Aunque la batalla parece destinada a ser perdida, no pocas voces se alzan en defensa del periodista. Hasta Malesherbes, cuya amistad con los filósofos es notoria, interviene en nombre de la libertad de expresión a favor del osado gacetero. La lucha de Freron le proporciona sinsabores, zozobras y no despreciables ganancias. "L'Année Litteraire", de intención más política que literaria, llegó a tener la plena aceptación pública en cuantos rincones y países alcanzaba, pero tal aceptación, que era innegable, acarrea a su animador más inconvenientes y peligros. Alguien se atrevió a sugerirle que estaba en juego su vida, pero él la dedicó toda a la lucha hasta que murió cuando ésta era más enconada y triunfal. Dejó inaugurado el periodismo militante.

El éxito de la llamada prensa libre trajo de la mano publicaciones que seguían la huella, y fundóse en 1776 el internacional "Courrier de l'Europe", del que eran autores un inglés y un francés: Swinton y Serre de Latour. Si era doble, por ser dos las actualidades nacionales, el interés que el "Courrier" despertaba, fueron dos los enemigos que le salieron al paso: los gobiernos de los dos países en cuestión. Ambos perseguían y hasta ambos, a veces, pagaban campañas. Pero todo el que

sabía o intuía esta picante complejidad, aumentaba su interés de lector.

Adviene, luego, el auge de la prensa clandestina. El jansenismo es uno de sus motores. "Nouvelles ecclésiastiques" es un ejemplo de este periodismo subterráneo, y su redactor, el cura Fontaine de la Doche, vive en perpetuo ocultamiento y valiéndose de mil estratagemas. Este "libelo infame", según la condenación lanzada en 1732 por el arzobispo de París, llega a un atrevimiento casi teatral. Reta a todas las pesquisas policíacas y al propio teniente de la policía le manda una suscripción de modo regular.

Los llamados "Petites affiches" prosperan después y convertidos en diarios tienen su expresión más viva en "L'Affiche de Paris" del abate Aubert y "L'Affiche de Province", donde se celebra especialmente a Querlon, el comentarista de libros.

Todo son tentativas mitad políticas, mitad literarias y científicas, que tratan de encontrar el tono heterogéneo y palpitante del futuro periódico.

Los precursores de la revolución comienzan a clamar tenazmente por la libertad de prensa.

Los "prospectus" que se difunden clandestinamente cantan las excelencias de la prensa libre, y es digno de recordarse entre ellos el redactado por Mirabeau.

El rey se defiende de una independencia excesiva, pero por las mallas de unas prohibiciones tímidas va

pasando la realidad de sucesivos periódicos que no se ajustan al decreto de censura, aunque sea cierto que éste no se halla oficialmente abolido.

Con las ideas revolucionarias surgen periódicos, algunos diarios, que asumen el grave y serio tono doctrinal de sus redactores, y cifran su éxito en las ansias políticas y sociales de la gran masa francesa y en su tono de insobornable austeridad. El "Patriote Français" de Brisot y "Les Révolutions de Paris" de Elysée Loutallot son ejemplos de estos periódicos que se jactaban de ser antorchas o apostolados.

Contra los republicanos, como la "Chronique de Paris" de Condorcet, se alzan los rivales realistas. Unos, más suaves, como el "Journal Politique National", atacan a la asamblea y a las nuevas ideas de filosofía y soberanía popular; otros, como "Les Actes des Apôtres", amenazan e insultan, y algunos piden para cualquier amigo de la revolución la urgencia del cadalso.

De todo este período destaca "L'Ami du Peuple" de Marat, iniciado en otoño de 1789. Tanta llega a ser la importancia de este periódico que su influencia en los sucesos del 2 de junio del 92 contribuye a determinarlos. Su autor tuvo un puesto en la Asamblea Constituyente y la Comuna le regaló las prensas reales que se hallaron en el Louvre. Marat es elegido miembro de la Convención y atacado por los girondinos. La cuchillada de Carlota

Corday, como sabemos, acaba con el político revolucionario y también con un gran periodista.

Las luchas de los sectores revolucionarios que se disputaban la mayor suma de ortodoxia y de pureza, que estableció aquel terrible turno de cuellos para la guillotina, se expresó en el campo periodístico con la guerra de órganos diversos. Por un lado el Club de los Jacobinos, los Montañeses por otro, los girondinos por su parte, no sólo se combaten de unos periódicos a otros, sino que batallan con procedimientos para impedir unos sectores a otros la publicación de su prensa. La ley de sospechosos sirve para perseguir a los que redactan opiniones contrarias, y el Terror, producto difícilmente evitable de una conmoción que jalona la historia mundial, devora entre sus fauces, suma a sus víctimas, un buen número de redactores de periódicos; los girondinos Carra, Gorsas y Brissot; Girey-Dupré, un muchacho de 24 años; Linguet Marcandier, y el poeta Andrés Chénier, cuya sentencia firmaba Robespierre, "el incorruptible", entre ingeniosas ironías, delante del padre del reo, deshecho en súplicas y lágrimas. Unos días después alguien había firmado la sentencia del "incorruptible" y era arrastrado a la cuchilla.

Una voz descuella entre la gárrula guerra polemizante: el "Vieux Cordelier" de Camilo Desmoulins, más inteligente que todos los que le combaten y todos los que le ayudan. El tema preferido del "Vieux

Cordelier" es la supresión del Terror y sus argumentos se basan en el peligro de que la Europa contraria a la revolución, la Europa en general, pueda creer y decir que toda Francia, todo su espíritu, son los excesos de la carnicería terrorista.

De aquel convulso período son los periódicos creados para autodefensa por el Comité de Salvación Pública, como "La Feuille de Salut Public", y los periódicos del frente de batalla — luego empleados en todos los países — para lectura de los soldados. Estos, en aquellas circunstancias, estaban impregnados de un patrio fervor por las conquistas revolucionarias.

Las épocas Thermidoriana y del Directorio tienen también su pugna periodística y su problema de libertad, persecución o supresión. En la primera, las disposiciones prohibitivas no son muy radicales, aunque ello no impide que a Michaud, un realista que no cesa en sus ataques, se le condene a muerte, después de recogerle los elementos de su publicación.

Sin embargo, la reacción del periodismo realista, a medida que la tolerancia se abre cauce y la revolución se va olvidando, se hace muy frondosa. En el tiempo que media entre el 13 vendimiario y el 18 fructidor, aparecen más de 90 periódicos. Recurrió el Directorio al viejo método que emplearon tantas esferas oficiales: pagar una prensa propia que se oponga a la ofensiva adversaria. El "Moniteur" de París constituyó la me-

por tribuna gubernamental, aunque adoleciese de esa frialdad un poco gris que suele caracterizar a los órganos de esta clase. Los realistas, con hombres sutiles e ilustrados, arreciaban su ofensiva. Los hombres del Terror oponían su radicalismo sangriento e ineludible.

El período napoleónico señala el apogeo verdadero de la prensa oficiosa, pues Bonaparte, como los grandes dominadores que unen el talento bélico al político, no subestimaba el gran valor de una difusión de ideas permanente y adicta.

No sólo inspiró y tuvo a su servicio los grandes órganos franceses, sino que se hizo acompañar de la prensa en sus campañas. Al mismo tiempo que plantaba su tienda de conquistador o instalaba su puesto de mando, pensaba en las hojas que habían de difundir su ideario. Un peregrino ideario de la libertad política por el sometimiento que, a pesar de todo, logró sus adeptos en Europa. En Milán se hizo el "Courrier de l'armée d'Italie" y hasta en el Cairo se compuso el "Courrier d'Egypte".

Fouché, como todo partidario nato de la autoridad total, veía con aversión a los periodistas. Los combatía, como se les combatió siempre, aunque de un modo oficial la conquista del siglo siguiera siendo la abolición de la censura. Se lamentaba de que sólo el trabajo de vigilarlos le hiciera perder un tiempo precioso. En cambio, Napoleón creyó siempre muy útil perder el

tiempo con la prensa. El acallamiento de los discordantes se lo confiaba a funcionarios celosos, pero personalmente escribía montones de correspondencia con los periódicos fieles a su política, con observaciones en cuanto a su orientación.

Como tribuna preferida usó el "Moniteur", con cuyos propietarios consintió en un contrato que le convertía en órgano personal. Los artículos que explicaban lo explicable y lo no explicable de su política internacional aparecían allí, y se llegó a cuidar de que los otros periódicos no hablasen de esta materia si no lo hacían de la manera más cómoda: reproduciendo los artículos del "Moniteur".

Cuando literariamente y con lenguaje de altura se endilgaba un escrito de diatriba, como sucedió con la muy sutil de Chateaubriand, contra el despotismo, no podía el autor aguardar tranquilo las consecuencias. Chateaubriand fué desterrado cuando, únicamente por el cardenal Fresch, fué descubierta la intención y la sutileza.

"Le Journal des Débats", famoso en la historia periodística de Francia, tomó a su cargo el ataque a las antiguas ideas filosóficas que en tiempos de un Cónsul y un emperador héroe de realidades, no tenían mucho que hacer. En este periódico inauguróse el "folletón" reservado a los intelectuales, donde se dió acogida a las plumas del estilo de Madame Staël: enemigos de los filó-

sofos, de la revolución, del liberalismo; amigas de la autoridad, del estancamiento suntuoso, de la gloria aquí lina del emperador.

Bonaparte, que dominó, mientras pudo, países y ejércitos, había de dominar con menor derroche de fuerza los periódicos franceses.

A la caída de Napoleón no deja de recrudecerse uno de esos períodos pro libertad de la expresión de las ideas; pero no con excesivos bríos, y lo dominante fué un periodismo ilustrado del que era inspirador muy señaladamente Chateaubriand. En el "Conservateur" de su fundación, firmas eminentes — y también ultrarrealistas — contribuían al ornato. A veces, bien clara y distinta, la firma preciada de un cardenal.

En 1827 estos periódicos para clientela letrada están en segundo término, porque el periodismo político y general reclama su expansión. Los nuevos y los viejos periódicos modificados alcanzan tirajes que la prensa inglesa de esos tiempos hubiera querido para sí. El "Constitucional", según declaración en la Cámara, tira 20.000 ejemplares; "Journal des Débats", 12.600. Se produce el fenómeno de que muchos lectores extranjeros se hacen llegar la prensa francesa, y la prefieren a la nacional, aun pagando los carísimos abonos.

La Carta del Reinado de Luis Felipe abolió definitivamente la censura; sólo quedaba la vía de sanción de los juicios por jurados, con sus atribuciones liberales;

hasta que las campañas contra el monarca arreciaron y el poder hizo uso de sus resortes.

Los republicanos más tenaces y de más notoriedad se refugiaban en las provincias, donde se fundaban publicaciones más alejadas de la influencia oficial directa, como "Le Patriote du Puy-de Dome", fundado por Trelat.

El gobierno, hostigado por los legitimistas, contaba como principal defensor con "Journal des Débats", y tenía por primer adversario el "National".

En septiembre de 1835 se declaran los delitos de prensa bajo la única jurisdicción del jurado y hay una floración en que compiten todos cuantos se consideran depositarios de una idea, que puede ser intrascendente, pero al interesado se le antoja trascendental. Nadie dejaba de emitir su juicio y entre tantas voces que entrechocan sus opiniones, la más autorizada y verdaderamente valiosa es la de Proudhon, cuyo vocero, que va cambiando de nombre: "Le Representant du Peuple", vino a ser el demonio de la burguesía, que a veces lo leía con horror y precipitadamente.

Después de una era política y sociológica, en los primeros tiempos del Imperio, los adelantos materiales y la bonanza financiera trajeron la moda de desplazar tanta batalla de sesgo político para acoger las novedades, las informaciones de interés general. Estaba escrito que los periódicos dejarían de ser tribunas doctrinarias en

guerra sin cuartel. La crónica, el artículo de amplia variedad para todos los lectores, los ecos de la vida diversa, y hasta el suceso, el comentario meramente locales, apasionaron al lector. Cuando el periodista Villessement dijo: "Un perro que se ahoga en París tiene más interés que un mundo que se hunde allá lejos", decía, para el gusto de entonces, algo de la verdad.

Unos años después del colapso de 1870 obtuvo la prensa de Francia libertades que se pudieron considerar efectivas. Uno de los paladines de estas libertades fué Gambetta, que creó el órgano "La République Française", y consiguió, confiando la dirección a Challemel-Lacour, un modelo de periódico sensato y ponderado.

Cae Thiers y a su caída aparece una nueva embestida contra la prensa libre, esta vez contra la republicana, cuya publicación se podía diligentemente hasta suprimir cerca de 40 periódicos y prohibir la venta en la calle de 173. Sigue una nueva ondulación de la política y una mayoría de izquierdas adviene al Senado. Consecuencia: la ley de 1881, del todo liberal, que apenas sería modificada en tiempos posteriores, hasta la actualidad.

Con la moda del libre comentario se polarizaron las posiciones y las campañas. Las tribunas de la polémica estridente se multiplicaban cada día. Gente de extrema izquierda, que se pasaba algunas veces con armas y bagajes de un campo a otro, formaron los elencos de los

periódicos. Cada gran "affaire" de resonancia era la plataforma ensordecedora de nuevas disputas. "El affaire" Dreyfus puso la caldera en máxima tensión y los "dreyfusards" se pusieron de moda.

A principios de siglo todavía la acción de la prensa no tenía en Francia, ni con mucho, el alcance logrado en Inglaterra ni en los Estados Unidos. A partir de 1900 y en cuatro o cinco años después, la aparición de los grandes diarios de factura moderna levantó el periodismo francés a una altura no superada.

Lo que la gente conoció con el nombre de "Consortio" estaba formado por cinco diarios: "Le Matin", fundado en 1894; "Le Journal", que se vendió a 5 céntimos y abarcaba los más diversos matices en las informaciones; "Le Petit Journal" y "Le Petit Parisien", fundados anteriormente, y "L'Echo de Paris", nacionalista y conservador, y en un principio órgano literario.

Fuera de París lograron asentar su difusión: "La Gironde" y "La Petite Gironde", de Burdeos; "La Dépêche", de Toulouse; "Le Progrés", de Lyon, y algunos otros más.

Muchos de los periódicos que vamos citando sobrevivieron hasta nuestros días.

En los últimos tiempos, el trasiego de periódicos publicados en Francia ha llegado a ser tal, que las "Messageries Hachette", con monopolio para el transporte, distribuían, inmediatamente después de la guerra del 14-18, cinco millones de diarios y revistas.

Ha tenido muy vasto campo la prensa ideológica, correspondiente a las fuertes tendencias sostenidas en la moderna batalla a muerte de la lucha política. Desde "L'Action Française", órgano de los realistas y nacionalistas más reaccionarios, hasta "L'Humanité", del partido comunista, pasando por "La Croix", católico; por "Le Populaire", socialista, y "La République", radical socialista, las zonas de opinión han sostenido sus importantes diarios.

Los vespertinos de gran información y derroche tipográfico, como el tan conocido "Paris Soir", o "Ce Soir", fueron el exponente más dinámico de la gran prensa de nuestro tiempo. La llamada segunda guerra mundial y la paz que ha seguido trajeron consigo varias y lógicas innovaciones.



Ein deutsches Familienblatt mit Illustrationen.

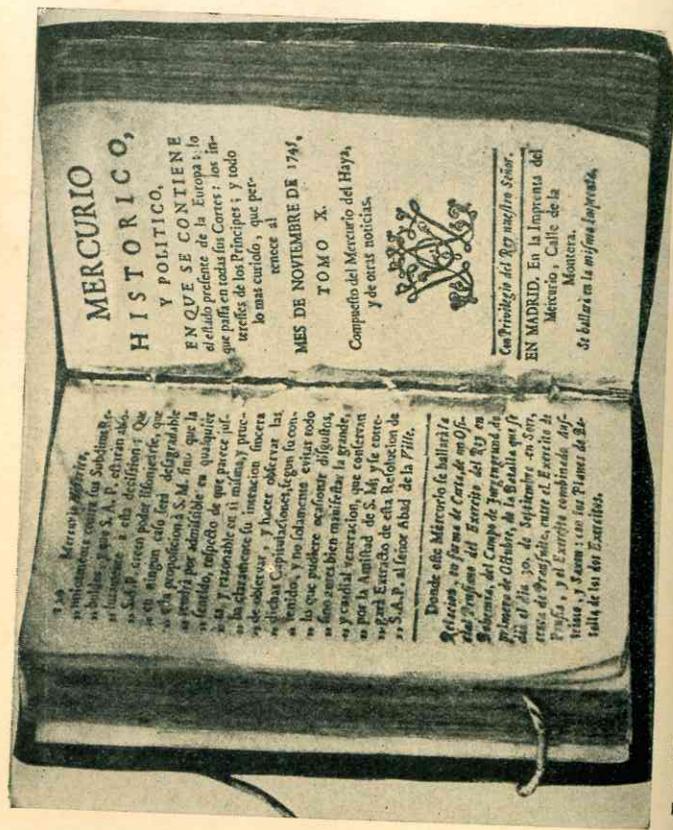
Er erscheint wöchentlich und in Monatsheften. Durch alle Buchhandlungen und Postämter zu beziehen.
Preis jährlich 2 Thlr., vierteljährlich 1/2 Thlr.

Abgeschlossen im Oktober 1861. Zu Anfang liegt vom Oktober 1863 bis dahin 1865.

N. I.

1865.

La revista del hogar "Daheim" se publicaba en 1865. Era así la portada de su primer número.



Este Mercurio fué de las primeras publicaciones de su género impresas en Madrid. Para nutrir su sección de noticias tenía que esperar que llegase la diligencia de La Haya.

V NOTICIA HISTORICA DEL PERIODISMO EN ALEMANIA

ANTES Y DESPUES DE FEDERICO EL "UNICO"

Las primeras señales de vida de la prensa en Alemania parece que tenían que ser por motivos militares o bélicos.

Efectivamente, en toda la guerra de los treinta años las publicaciones con noticias de orden militar tuvieron gran importancia para los beligerantes.

Utilizando los medios más rápidos, el servicio de postas, los impresores más avisados reunían las noticias procedentes de los campos de batalla para publicarlas y venderlas al público.

Con la paz de 1648, en cada una de las ciudades imperiales regida por un déspota autónomo, renació la vida tranquila y con ella las pequeñas necesidades de un pequeño Estado. Una de ellas, la de poseer su gaceta

o publicación. Estas gacetas, aunque de existencia restringida, representaron la prensa alemana de su tiempo y hasta se dió el caso de ensayarse una publicación diaria en Leipzig, en 1860. Paralelamente, las revistas, aunque de periodicidad muy distanciada, también comenzaron a vivir. El "Diarium Europeum" de un librero llamado Sterlin acumulaba en cada número una información bastante completa.

Electores y príncipes del Sacro Imperio se preocuparon por este modo de influir sobre la opinión pública y entre ellos distinguióse el gran elector de Brandeburgo.

Fué entonces compartido por muchos el criterio de que las gacetas sólo eran una repetida fábrica de informes sin gran escrúpulo de la autenticidad, pero no faltó el parecer opuesto, que juzgaba indispensable la pequeña cultura de las cosas contemporáneas, conseguida gracias a sus informaciones.

Y para dar mayor eficiencia a este parecer advinieron las gacetas literarias, de las cuales puede ser ejemplo la que con el nombre de "Acta Eruditorium" publicóse en Leipzig.

Tomasius fué a su modo un periodista del imperio, ya que tuvo la idea de entreverar el farragoso alarde erudito con la crítica vibrante y desenfadada. Fundó en 1698 "Pensamientos Cómicos y Serios", y por la indirecta reclamación de un teólogo fustigado, a instancias

del rey de Dinamarca, el elector de Sajonia le hizo suspender su tribuna.

En una escala ascendente, la intolerancia por las gacetas fué siempre mayor en Alemania que en Francia y que en Inglaterra. Cualquier aumento en la tirada de tales publicaciones ponía en alarma a los déspotas de los pequeños Estados. Fué uno de ellos, el duque de Sajonia-Weimar, quien en su negativa para la publicación de un periódico manifestaba que no quería súbditos pensadores.

Los primeros periódicos de franco éxito fueron creados por un librero de Francfort. Uno de ellos se publicaba en alemán y otro en francés. La primacía de Francfort en el "periodismo" y en otras actividades quedó pronto rebasada por Hamburgo, que por su situación geográfica y la relativa liberalidad de sus duques estaba en mejores condiciones en cuanto a la expansión de noticias.

En 1731 el "Staats-und-Galehrte-Zeitung des Hamburgischen unpartheyschen Correspondenten", que se publicaba cuatro veces en la semana y tenía secciones científicas y literarias, se convirtió en el periódico más importante del país.

Los "Intelligenzenblätter" eran hojas de anuncios con algunas informaciones que Guillermo I fomentó para allegar ingresos oficiales. Cuando el rey contempló el buen resultado conseguido por algunos editores par-

ticulares con la heterogeneidad de información, hizo que en los "Intelligenzenblatter" se incluyeran críticas de libros nuevos, divulgaciones y hasta artículos escritos por los universitarios.

Federico II de Prusia imprime en todo el sello de su hábil y absorbente despotismo.

Este Federico "der Einzige", "el Unico", se expresaba y escribía mejor en francés que en alemán. Quiere decir que estaba asomado al movimiento de las cosas de Europa. Tenía veleidades y aficiones filosóficas y literarias que se hicieron célebres, tanto por ellas mismas como por las sátiras de Voltaire, que en 1760 pretende retratarle con unos versos que empiezan así:

Ce mortel profana tous les talents divers
Il chanta les vertus et commit tous les crimes
Barbare en action et philosophe en vers
Il charma les mortels dont il fit ses victimes.

Comenzó declarando la libertad ilimitada, ya que según su propia expresión "para que las gacetas sean interesantes es preciso no estorbarlas". A poco que se conozca la significación de Federico II en la Historia, se puede suponer lo que de hecho significaría aquella libertad. Federico no se contentó como otros soberanos con perseguir cuanto en la prensa no le producía entera satisfacción, ni con crear e inspirar órganos para su propia propaganda, sino que él mismo escribió en los

periódicos suponiendo que nadie interpretaría mejor su alabanza. Ejemplo de ello son las "Cartas de un testigo ocular" redactadas durante las guerras de Silesia. Anticipándose al periodismo inescrupuloso, publicó cartas y documentos, incluso uno del Papa, debidos a su invención. Para desviar la atención pública, atenta al ruido sobre una nueva guerra, inventó una tormenta arrasadora de granizo cuyos detalles fueron el pasmado comentario de la gente, con gran regocijo del monarca.

En 1814 los jefes militares prusianos auspiciaron un periódico de lucha, el "Preussische Correspondent". La Dieta de la Confederación Germánica anunció reglamentos para los periódicos, en condiciones tan herméticas que apenas dábanles más opción que la de desaparecer o convertirse en órganos serviles.

Al producirse la revolución de 1848 advino la euforia de la prensa libre y se vivió en efecto un período de libertad a voz en grito, seguida, como siempre ocurre, por una reacción de bárbaras persecuciones. Los viejos órganos de tradición más anquilosada apelaron a nuevos redactores que llevaron consigo el modo y el carácter de los tiempos. Hasta "Wiener Zeitung", fósil oficial, quiso ser partícipe de esta renovación.

Siendo joven Bismarck, por inspiración suya fundóse en 1847 "Neue Preussische Zeitung", cuyos artículos de fondo, combativos y ágiles, se hicieron famosos. Uno de los colaboradores era el propio Bismarck.

En todos los estados alemanes de la época se produjo la pugna entre los defensores más o menos fervientes del liberalismo y los del férreo espíritu prusiano de los "ostelbisch" o conservadores.

La reacción de 1850 trajo consigo un largo período de calma y desarrollo económico. La construcción de ferrocarriles, el impulso de industrias y de grandes empresas capitalistas, se fué reflejando en los periódicos y en poco tiempo las informaciones financieras llegaron a ser su principal aliciente. La mayor fama de los periódicos correspondió entonces a su exactitud en la información de esta clase, y así el crédito del "Frankfurter Geschäftsbericht" subió a lo inigualable cuando comprobó y anunció el desastre económico, el crac de 1856. Este órgano, en 1859, publicaba dos ediciones diarias.

La importancia de la prensa financiera fué eclipsada después por la prensa política. A los socialistas corresponde la mayor polarización de los periódicos en este sentido. El "Vorwärts", órgano oficial del partido, publicado en Leipzig, cobró mucha difusión en todo el país. El "Socialdemokrat", redactado en Zurich por Bernstein, elevó muy pronto su prestigio y hubiera tenido una vida amplia de no intervenir Bismarck cerca del Consejo Federal para que expulsase a Bernstein. Esto ocurría en 1888 y el periódico social demócrata,

que se había trasladado a Londres, penetraba en Alemania no obstante los cuidados de la policía.

El periódico de interés general tuvo su ensayo con no poco éxito en el "Tagliche Rundschau", que tenía como subtítulo la siguiente leyenda: "Periódico para quienes no hacen política". Su fundador era Bernhard Brigl, y no se distinguió verdaderamente por su consecuencia, pues a pesar de su "slogan", que le valió de primera intención más de 16.000 suscriptores, no tardaba en adherirse a la política del partido conservador.

En 1890 salen a escena los "General Anzeiger" o Monitores generales, con novelas en folletín, recetas culinarias y todo género de variedades, y con el precio de los anuncios, en virtud de su abundancia, considerablemente rebajado. Estos monitores constituían la verdadera prensa de las familias, y su sistema de atractivo para grandes y chicos, hombres y mujeres, alcanzó su mayor desarrollo con el "Lokal-Anzeiger", fundado por el célebre Augusto Scherl en 1873, que se publicó como semanario hasta 1885 y como diario de allí en adelante.

Pero los creadores de la moderna prensa alemana, los que emprendieron la tarea de dotar a la capital de órganos periódicos en consonancia con el volumen de su gran población, fueron los Ullstein. Eran cinco hijos de Leopoldo Ullstein, comerciante en papel y gran impulsor de periódicos. El "Morgenpost" de sus herederos alcanzó 20.000 ejemplares a los diez días de apa-

rición, y la "Berliner Zeitung am Mittag", periódico frívolo, con truculencias policiacas e informaciones deportivas, se encontraba en todas las manos. La gran casa de ediciones de los Ullstein mantenía también publicaciones más graves y de tendencia política.

Alemania es uno de los países donde se inaugura la publicación de periódicos de gran tamaño en que se funden las distintas modalidades de órganos diferentes, y en que, respaldada la abundancia de material por la fuente económica de los avisos, se ofrece al lector numerosas hojas que abarcan todos los aspectos.

Con la guerra de 1914, la prensa alemana hubo de atenerse, en la mayor parte de los casos por decisión propia, al clima de colaboración con las necesidades patrióticas. El redactor más internacionalista o más social demócrata de los elencos que componía los periódicos se sometió con entusiasmo a todas las sugerencias de la dirección general. El servicio de prensa de guerra, "Kriegspresseamt", llegó a un alto grado de organización aunque su fría estructura, donde apenas había hombres que conociesen el oficio, tuviera que chocar con los periodistas una y otra vez. El tono de jefes a subordinados que empleaban los jefes de aquel servicio militar de prensa, y la poca comprensión de los problemas en la práctica periodística, irritaba y hasta sacaba de quicio a los directores de los periódicos. Muchas veces, por exceso de celo, los diarios publicaban cam-

pañías que el Estado Mayor consideraba perjudiciales. Así ocurrió, cuando a fines de 1916 se reunió a los directores de los periódicos berlineses para tratar del sesgo que habíase pensado para el problema polaco; los periódicos emprendieron una carrera de argumentos para presentar y defender la posición de que estaban informados, más para el Estado Mayor este tipo de campaña antes descubría el juego que lo defendía, y cubrió a la prensa de amenazas y denuestos.

Cuando la guerra llegaba a su última fase, perfilado en el horizonte ya el fracaso, la prensa se fué tornando más irrespetuosa. Al "Berliner Tageblatt" y "Frankfurter Zeitung" se les consideró demasiado liberales y se les llamó periódicos judíos, y los órganos socialistas, con escándalo de los patriotas a ultranza, acentuaban su derrotismo.

Al terminar la guerra algunos hombres de negocios de gran envergadura pusieron a toda presión el sistema de los "trusts" verticales. En 1923, Stinnes adquirió hasta 140 diarios y otros colosos de la industria pesada, sobre todo los de Colonia, reunieron en sus manos frondosos haces de publicaciones. Nada pudo aventajar ni siquiera igualar al coloso Hugenberg que siguió las huellas de Ullstein, pero sacando a los periódicos de su pesadez abarrotada de elogios para la gran industria y de artículos de finanzas, y dándoles un gran margen de amenidad. Se ha dicho que este gigante con su desmesurado trust — apoyado económicamente en negocios ane-

jos como la publicidad Alo y la cinematografía Ufa — llegó a controlar, como ahora se dice, unos 1.500 periódicos.

La época de las grandes tiradas coincide en los periódicos alemanes con las de otros países de civilización paralela. Hace bastantes años solamente se calculaba el número de lectores de periódicos en cinco millones y asignábase el mayor tiraje — 600.000 ejemplares — al "Morgenpost". Las publicaciones periódicas que excedían de 10.000 en 1918 fueron aumentando hasta una época reciente, en que el sistema político establecido las limitaba o las dirigía sin excepción.

El advenimiento del llamado nazismo — el partido nacionalsocialista en el poder — dió un carácter especial a la prensa alemana. El sistema inaugurado por el canciller Adolfo Hitler, de gobierno inapelablemente personal, centralizador absorbente de todos los resortes, totalitario según la terminología moderna, no había de permitir escapar ni por un resquicio este resorte de los periódicos. El ministerio de Propaganda — Hitler fué antes que nada jefe de Propaganda en el partido, — a hechura de las concepciones del dictador de Berlín, aclaró sin ambages su criterio: "El principio de la libertad de prensa es un principio que ha sido sobreestimado y que en el mundo entero empieza a perder su prestigio. La libertad tiene que topar con sus límites donde choca con los deberes del pueblo y del Estado".

El periodismo dirigido, imperante en el derrotado Ter-

cer Reich alemán, sólo ha de ser considerado como un servicio más entre otros tantos oficiales y unilaterales. Su esfuerzo ha tenido el único fin de acrecentar la fe de los lectores en el fñhrer o jefe y en los grandes destinos de la nación alemana preparándose para un poderío invencible. El periodista era así un funcionario del Estado sin el trabajo de pensar o interpretar por su cuenta.

Si en otros aspectos la Historia ha de juzgar este sistema y la mentalidad que lo inspira, en cuanto al periodismo, comporta, en lo substancial, su anulación.

VI

EN ESPAÑA

FASES DEL PERIODISMO EN EL PAIS DE LARRA

La imprenta fué introducida en España en la segunda mitad del siglo XV. En los tiempos de Isabel la Católica y Fernando de Aragón existían los cronistas de hechos reales cuya labor tenía alguna afinidad con los orígenes del periodismo. Hernando del Pulgar, Antonio de Nebrija, Florián de Ocampo, Antonio de Herrera, fray Prudencio de Sandoval, y otros muchos, fueron relatores más o menos abundantes y puntuales de la crónica real.

En este régimen de antecedentes remotos e indirectos se pueden citar los papeles que en 1496 relatan el casamiento de la hija del monarca español con el archiduque de Austria y conde de Borgoña; los motivados en 1497 por el recibimiento a la reina Margarita, hija del emperador Maximiliano; o por el recibimiento del rey de Francia al rey Fernando de España en 1507; o por la

HISTORIA DEL PERIODISMO

expedición a Orán del cardenal Cisneros, comunicada en detalle en 1509 desde Cartagena.

Las cartas de Hernán Cortés, a propósito de la conquista de México, se imprimieron repetidamente hasta 1526, y solían repartirse en cuadernos de 28 hojas en folio.

Tienen atisbos de información y dan levisima idea del periodismo las "relaciones" de 1611 a 1626 debidas al sevillano Andrés Almanza Mendoza, aunque el arranque de la prensa periódica principia con la aparición de la famosa "Gaceta" en 1661, en las postrimerías del reinado de Felipe IV. La "Relación o Gaceta de algunos casos particulares..." con un dilatado título, no tuvo en mucho tiempo periodicidad regular, y cobró vida más desahogada bajo el reinado de Carlos III, monarca progresista y excelente que permitió la libertad de imprenta en España. Su larga vida es comparable a su falta de periodicidad, pues ésta llegó hasta la laguna de años enteros, como la ocurrida en 1689, en que durante muchos meses dejó de publicarse.

Los hemerófilos señalan en quinto lugar de aparición el "Mercurio Histórico y Político", cuya publicación comenzara en 1738. El editor o dueño de los talleres fué un M. Fernández, y el redactor un apellidado Máñez, que firmaba con el seudónimo M. Le Magne. La larga leyenda de su título era así: "Mercurio histórico y político, en que se contiene el estado presente de Europa; lo

que pasa en todas sus Cortes; los intereses de los Príncipes y todo lo más curioso que pertenece al...”, y aquí el mes de la fecha.

Es verdad que este Mercurio abarca toda clase de informaciones de países diversos, pero la penuria y lentitud de las comunicaciones es tanta que cuando las noticias se insertan y leen ya son un poco históricas. Los relatos se refieren especialmente a las mudanzas y sucesos en las familias reales y las reseñas de las batallas, conquistas y empresas de los príncipes y ejércitos.

Los grandes inconvenientes para conseguir con alguna puntualidad las informaciones obligan a tales hojas y mercurios a no tamizar demasiado las que podían conseguir y darlas sin excesivas austeridades en cuanto a su origen veraz. Con esto y con la tendencia socarrona de la gente, se les hizo una fama de poco escrupulosos con la exactitud. En España hizo fortuna el dicho “mentir más que la Gaceta”, que se usó popularmente hasta nuestros días.

La aparición, seguida de algún ruido, en 1735, del periódico hecho a mano, “El Duende”, no se puede incorporar como contribución a la noticia escrita, pues los tiempos eran muy posteriores a esta clase de antecedentes, y convivía con los demás “colegas” impresos. “El Duende” era redactado y escrito caligráficamente por un fray Manuel San José, a quien también se conocía como ex oficial de Dragones. El perioducuelo era exclusivamente satírico

y estaba dirigido en especial contra Patiño, el ministro de Felipe V, que tanto predicamento alcanzó en España. Dan idea del tono de la curiosa publicación estos versos publicados en su número del 8 de diciembre de 1735, número semejante en todo a los demás.

Yo soy en la corte
un crítico duende,
que todos me miran
y nadie me entiende.
Cuando meto ruido
en el Gabinete
asusto a Patiño
y enfado a los reyes.

En la misma época aparecía en Madrid otro periódico, aunque esta vez la sátira dirigíase contra los escritores. Se llamaba “Diario de los literatos de España”, y, extremo curioso, estaba mantenido en lo económico particularmente por el rey Felipe V.

Uno de los periódicos más antiguos en la prensa española fué el “Diario de Barcelona”, que siguió publicándose hasta nuestros días y cuyo primer número apareció el 1º de octubre de 1792. El editor era Pedro Huson y hallábase redactado en lengua castellana. Aparecía en pequeño formato, con la tosquedad pulcra que alcanzaba entonces el arte de imprimir. En el encabezamiento, con el título y la fecha llevaba el escudo de la condal ciudad, y

después los santos del día, los cultos y las "afecciones astronómicas de hoy, y las meteorológicas de antes de ayer". Luego de una peregrina y versificada salutación a la ciudad del editor, se leía un informe, el "establecimiento de las Pastillas de substancia, que de orden de S. M. se ha hecho a la provincia de Buenos-Ayres para uso de la marina", la referencia a la hora en que se tocaría a oración en la catedral y a la función de la compañía de Opera Italiana.

Más tarde, bajo la dirección de un hombre emprendedor llamado Brusi Mirabent, que se la compró a Huson con propósitos de elevar su difusión e importancia, la hoja adquiere decidido incremento; adelantándonos cronológicamente, veremos que la guerra con los franceses de Bonaparte obliga a Brusi a correr continuas vicisitudes, sin abandonar nunca el bagaje de los elementos que le sirven para hacer el periódico. Se traslada de ciudad en ciudad huyendo de la invasión napoleónica y en cada lugar donde el nómada puede plantar su tienda periodística publica su diario valeroso. Mientras, el emperador hace salir en Barcelona un remedo del órgano tenaz: el "Diario del Gobierno de Barcelona y Cataluña".

Expulsado Napoleón de la península, el "Diario" recobró su comenzado prestigio y vivió una larga vida hasta nuestros tiempos. En el conjunto de la prensa moderna catalana defendía las ideas conservadoras y religiosas y era

© L. Chabasco Noe ¡AGUA VIVA! Año de la Unión Alfonso-Montpensierista. Jueves 24 de Agosto

PRECIOS EN MADRID.

BOINA. CUCHARON. • PRESUPUESTO.

RETRATOS BUFOS.

I. De Doña Isabel la Católica. Veréis el retrato pronto. Dedicado por Madrid. Y abultado por Teodoro.

II. Dará el retrato perfecto. Del Truque de San Marañón. Y lo llaman Sanza Ana.

III. También se dará el retrato. Del patido de San Terro. Dedicado sobre un bocado. Y abultado un budo al PERRO.

PRECIOS EN P. Por tres meses. A los euros. EXTRAORDINARIO Y Por tres meses. Redacción y Ad. Calle de Jago y Merlo, 1. Nota. No se servirá el periódico del impreso. Insiste por que Jago y Merlo que al Vago de Agosto

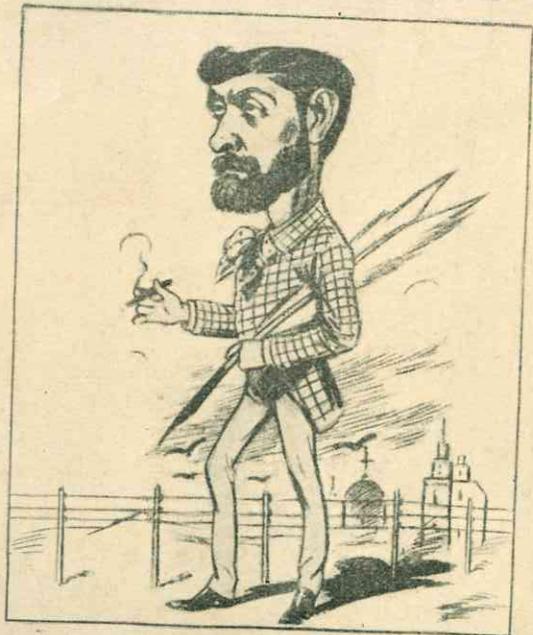
EL DILUVIO,

AGUACEROS POLITICO-SATIRICOS.

DIRIGIDO POR JUAN CLARIDADES.



"El Diluvio", diario de Madrid, lleno de agresividad política, y "El Museo Universal", también periódico madrileño del año 1857.



En su obra pretenciosa
se eracia más culta y fina.
Hace unos versos sencillos
para encender los peñizcos
en el farril de la mequina.

Un número de "Madrid Cómico", de Sinesio Delgado, con la caricatura del célebre humorista de la época Vital Aza.

poco permeable a las innovaciones. Fué, sin embargo, el primero que hizo uso en España de la litografía.

En el siglo XVIII, la porfiada lucha política da el tono a casi todas las publicaciones periodísticas. Dicho tono de batalla política y "politiquera", en general desciende a lo chabacano, pero tiene la importancia de mostrar hasta dónde la libertad de prensa solía ser absoluta.

Cualquier ejemplo que contemplemos de aquella clase de periódicos nos alecciona de cuál era su estilo.

El "Diluvio", que se titulaba "aguaceros político-sátricos, dirigido por Juan Claridades", es el órgano liberal encargado de sacarle las túrdigas a Doña Isabel y a Don Carlos, sin ninguna clase de consideración. Sale a la luz los días 8, 16, 22 y 30 de cada mes, y está cuajado de leyendas en la cabecera que serían muy intencionadas, pero que de puro tales a veces resultan incoherentes. "Chubasco Neo. ¡Agua va", "Boina. Cucharon. Presupuesto", "Año de la fusión Alfonsino-Montpensierista", "Retratos bufos"...

"El Combate Federal" era otro órgano de tono semejante, acaso el más expresivo, que veía la luz en 1873. Las diatribas e insultos que llenaban estos periódicos no dejaban a nadie asombrado ni entelerido, porque el uso constante del mismo lenguaje acababa por desvalorizarlo.

El "Mundo", "antiguo-prospecto", de 1820, pone a la cabeza de sus columnas esta cuarteta:

"Aquí por un agujero
El mundo se enseñará.
¿Y quién por poco dinero
Ver el mundo no querrá?"

Y después arremete contra la situación española. La "Reconquista", órgano del pretendiente al trono, inserta contra las instituciones liberales rasgos de ingenio, como el que sigue:

"—Laura, si vas a la tribuna del Congreso, no lloves pañuelo.

—¿Por qué, amiga?

—Porque el presidente se enfada, creyendo que lo ca-
pean".

El "Correo de los Pobres", de 1838, "periódico político, popular del medio día" — precio: dos cuartos, — tiene en su cabecera un grotesco dibujo alegórico. Tasa en doce reales la suscripción trimestral y publica noticias que ahora nos parecerían muy curiosas.

En 1842 se publica "El Genio", con don Ramón de Campoamor entre sus redactores; en 1869, "Las Cortes"; en 1871, "El Nuevo Moisés" y "La España Radical"; en 1872, "La Igualdad"; en 1873, "El Combate Federal".

"El Bombero", "periódico de ruido"; "La Defensa", "La Avispa", "El Descuaje", "El Febrerista", "El amigo del pueblo", "Minerva", "Castilla", "La Cruz de la Parroquia", "La Recreativa", "El Heraldo complutense", son periódicos de aquellos tiempos ruidosos y polemizadores.

Para una vista panorámica en una reseña breve, lo citado nos da una idea de la prensa en los siglos XVII y XVIII.

En el XIX es preciso decir que la verdadera manifestación del periodismo brota de la libertad conseguida en las Cortes de Cádiz.

El período próximamente anterior merece ser recordado porque define la decadencia española y con ella la de su periodismo. Sin comprender dicha etapa no se justificaría el descenso de la citada actividad.

Durante los últimos tiempos de Carlos III, España conserva todavía restos de su rango. El imperio de ultramar es vasto y rico aunque se incubaba su cuarteamiento. Están transcurriendo las postrimerías del reinado de Carlos III, que ha recibido la saneada herencia de Fernando VI, el cual fué de justas luces y equilibrado, y merecía que se prosiguiera su obra de ponderación. El hijo de Felipe V y María Luisa de Saboya no fué "rayo austrino" ni rayo de la guerra ni ensanchador de imperios. Pero había firmado con mano honrada la paz de Aquisgrán y tutelado riqueza de flota y de comercio.

Un reinado plácido y discreto, donde fué saneado el tesoro de las arcas públicas, después de cubrir las atenciones. Balance nacional. Cuentas claras y limpias. Del buen monarca alguien dirá luego que fué un buen tenedor de libros.

Como no se obcecaba en su propia genialidad, estuvo atento siempre a buscarle buenos consejeros, y en la admiración de los historiadores no tiene rodilla doblada para las ideas personales, terribles o gloriosas. Y como su reinado fué el período más largo de paz de la historia ibérica, se hablará de él en los manuales con fugaz trato de monarca gris. Para algunos, en una historia como la española hay que salir a la calle y asombrar a la gente aunque sea rompiéndose los sesos y reventando los entresijos del país. ¿Conservar, prosperar, trabajar, fundar una academia de arte "gandul" como la de San Fernando; un cataloguito de yerbas y árboles como el Jardín Botánico? Eso no es, para los belicosos, hacer historia grande. ¿Cómo se las arreglan con un rey así los épicos y los noveladores de biografías?

Los destinos españoles están oficialmente encadenados a Francia por el Pacto de Familia. Se inicia el escalofrío del miedo a la marejada "filosófica" que el despertar de las ideas francesas levanta en el horizonte traspirenaico. La decisión liberaloide de Carlos de expulsar a los jesuitas no quiere decir que haya quedado el ámbito hispánico abierto y descuidado a los aires que pudieran hacer vacilar la tradición. Se vive en guardia y se vela. El temor a los extraños filósofos europeos tiene más fuerza que el temor a las calamidades indígenas que traiga consigo la decadencia.

A la princesa María Luisa la han casado siendo una

chiquilla con un hombre forzado y apacible: el heredero de la corona de España y de sus Indias. La hija del duque de Parma supo cuando sólo contaba 12 años su destino real. Creció voluntariosa y con un incesante ceño de orgullo, y ahora no se distingue, en verdad, por su belleza. Su piel no es tersa, y su rostro es duro y sin la gracia luminosa que los españoles exigen para llamar hermosa a una mujer.

El viejo rey ha depositado toda su confianza en Floridablanca y no sabría dar un paso sin él.

Con Carlos IV despiadadamente sigue el repertorio de amenazas de Bonaparte. Quiere dinero y quiere sumisión. Todo lo que se oponga a su férula le irrita y le produce asombro. España debe guerrear contra Inglaterra porque así conviene a sus maquinaciones. "Líbrese — aconsejaba en la carta no leída a Carlos — del influjo maléfico de su favorito. Evite Su Majestad el indigno papel que os depara ese Príncipe que reina en el lugar suyo. Salga de esa burla humillante. No se deje engañar por los ingleses. Podría hacer la felicidad de sus súbditos... sólo con entregar el país a mi arbitrio... Yo hago feliz a todo el mundo si me obedecen y me sirven".

Esto que se traslucía en las admoniciones de Napoleón no era suficiente para convencer al rey de España de lo imposible: de que el hambre de los españoles, el estado desastroso de la hacienda, lo desmedrado del ejército, pudiera resistir una guerra con los ingleses.

La cólera de Bonaparte silba su ultimátum. O se accede a lo dicho o entra por los Pirineos un ejército de 100.000 franceses. El rey agacha la cabeza. Que venga el granizo. Cualquiera de las soluciones es peor.

Las exigencias de dinero suben. Seis millones mensuales. Había que vender una parte de España para el hambre del dictador francés.

La terca actitud de Carlos — una de sus pocas actitudes tercas — de no hacer la guerra a los ingleses es una decisión personal hasta donde pueden serlo las suyas.

Una embestida inesperada viene a romper su terquedad. Unos barcos ingleses abordan cuatro fragatas reales procedentes de Indias, como en los buenos tiempos de la reina Isabel, y despojan a España del oro americano que aprieta sus ascuas en el vientre de las botegas. Los corsarios con patente militar se hartan de botín en la lumbre maciza del tesoro. Ha sido un capítulo como los de las viejas galeras. El cargamento apresado muerde la conciencia y las arcas del rey; merma muy sensiblemente la magra riqueza nacional.

La declaración de guerra sigue a la noticia del asalto. Los ingleses la descontaban ya y estaban decididos a no tolerar las indemnizaciones increíbles con que nutría el gobierno de Madrid el cuerpo cada vez más hinchado y robusto del guerrero francés.

Guerra con Inglaterra quiere decir alianza con Fran-

cia, y Napoleón, sin pestañear y sin mover un músculo de su cara metálica, renueva las demostraciones de su amistad, como si nunca hubiera habido motivos de lo contrario.

Llega mayo de 1808 en Madrid. Napoleón ha reunido en Bayona a la familia real de España y ha enfrentado a sus componentes en una guerra de nervios para ganarles a su omnipotencia; para ablandarles y disponer de ellos como de fantoches desarmados.

En esta primavera de sangre los patriotas se remueven con inquietud y ya no tragan el anzuelo del ejército protector. En el pueblo madrileño se percibe más acusadamente el pulso de esta actitud. En cada esquina cada noche, grupos de chisperos comentan los sucesos acariciando bajo el embozo las cachas de una albaceteña o el culatín de un retaco.

La guerra contra la invasión; el envío de Fernando nuevamente a España, hecho por Bonaparte para garantizar cuando menos la neutralidad de un país que no ha sido vencido; la añagaza de dicho rey con la implantación de su férreo absolutismo, cierran una etapa, que explica la no existencia apreciable de las florecientes manifestaciones periodísticas.

En la corta era constitucional brota una gran cosecha de títulos a la sombra de la libertad gaditana: "El Telégrafo Americano", "El Revisor Político", "El Diario Mercantil", "El Conciso", "El Robespierre español", "El

Amigo de las Leyes", "El Redactor General", "El Censor", "El Diario de la Tarde", "El Imparcial", etc.

En 1814, con alguna ingenuidad y mucho entusiasmo, se cree afianzada una época de garantías. Numerosos órganos gaditanos se trasladan a la Corte y nacen otros en Madrid. De aquellos tiempos son: "La Abeja Madrileña", "El Amante de la Libertad Civil", "El Correo general", "El Correo Político de las Provincias de la Península", "España libre", "El Sol", "El Reloxero Universal" y otros.

El 25 de abril de 1815 Fernando VII barre en tabla rasa y decreta que sólo pueden quedar dos periódicos: "La Gaceta" y el "Diario de Madrid". En 1817 se autorizan algunas revistas exclusivamente literarias. Un año después obtiene permiso Javier de Burgos para su publicación "Almacén de Frutos Literarios".

Llega 1820 con su flamante y nueva égida constitucional. Se inunda España de periódicos entusiastas, como si se abriera la compuerta de un dique. De entonces son "El Amigo del Bien", "El Constitucional", "La Linterna Mágica", "El Plebeyo", "El Vigilante", "La Antorcha española", "El Zurriago", "El Independiente", "La Tercerola", "El Tribuno" y un gran número de ellos.

Señala 1834 la marea alta del periodismo político; 1843, la del periódico de empresa, industrial o comercial. "La Correspondencia de España" inicia y mantie-

ne el ejemplo de esta clase de diarios. Recoge todo lo nuevo que sabe ya del periodismo de gran tirada en América y otras latitudes, y marca una definitiva evolución. De ella es muestra "El Imparcial", que aparece en 1867, y rinde buen espacio a la literatura. Nilo Fabra funda su famosa agencia telegráfica, y con su estación particular y su corresponsal en la frontera de Irún inaugura lo que iba a ser el torrente de noticias directas del extranjero.

Varios hechos jalonan el avance. Uno, la escisión de los redactores de "El Imparcial" que fundan "El Liberal" por su cuenta y riesgo; otro, la primera rotativa que trae a España el marqués del Riscal; otro, la compra a Sagasta de "La Iberia" por parte de Martínez Aguiar, y su instalación en edificio propio, ya no existente, y que estuvo en la calle Cedaceros de Madrid, esquina a la Carrera de San Jerónimo.

Algunos sucesos conmovieron el ambiente sensacionalista o propenso al interés. El famoso crimen de la calle de Fuencarral por un lado, y las pruebas del submarino Peral, que, cada uno con su sentido, conmovieron la opinión. Los sucesos crearon el órgano y con la competencia de estas informaciones creció la calidad de los periódicos. En aquella época surge "Heraldo de Madrid", que compra Canalejas, y lo convierte en un principio órgano de su política. Luca de Tena funda en 1904 el "A. B. C." y da otro gran impulso material a la prensa.

Urgoiti lanza "El Sol" y "La Voz", dos diarios modelo, uno como matutino de gran solvencia y de firmas selectas, y el otro como vespertino popular, bien escrito y muy madrileño. Ambos ponen cátedra de buen periodismo en Madrid.

El "Heraldo", dinámico, de los tiempos de Fontdevila; "El Sol", ejemplar de Heliófilo y Bagaría; "El Sol", combativo, de Mariano Perla, en el Madrid sitiado; "La Voz", de Paulino Massip, son ejemplos de la prensa española más madura.

Respondiendo a las diversas tendencias, "El Debate", "Informaciones", "La Libertad", "La Tribuna", "La Epoca", "La Tierra", "El Socialista", "La Nación", "Crisol", "Claridad", etc., completan en la capital española el cuadro periodístico.

En Barcelona existe una profusión semejante con periódicos de gran calidad como "La Vanguardia", "El Diluvio", "El Día Gráfico", "Las Noticias", "La Publicitat", "El Noticiero Universal", "La Veu de Catalunya", "L'Humanitat", y tantos otros órganos de difusión correspondiente al ámbito de las provincias catalanas.

En todas las regiones y provincias de España se crearon periódicos innúmeros, muchos de los cuales han tenido larga vida y se conocieron por su prestigio veterano. Así cabe citar: "El Faro de Vigo", el "Pueblo Gallego", vigüeses; "El Cantábrico" y "La Región", de Santander; "El Carbayón", de Oviedo; "El Noroeste", de Gijón; "La

"Voz de Guipúzcoa", de San Sebastián; "El Nervión", de Bilbao; "El Norte de Castilla", de Valladolid; "La Unión Mercantil", de Málaga; "El Noticiero Sevillano", "El Diario de Cádiz", y no pocos más.

VII

OTROS PAISES

EN otros países europeos la prensa se desarrolló paralelamente, por semejantes fluctuaciones del progreso y la cultura, a las acontecidas en los que hemos estudiado de un modo muy sucinto en cuanto a su historia periodística.

En Austria aparecieron los primeros periódicos vieneses hacia 1620. El "Ordentlichen Postzeitungen ans Wien", el "Ordentlichen Zeintungen ans Wien", y el "Ordinari Zeintungen", vivieron precariamente y les sucedió un marasmo o laguna muy prolongados durante los cuales puede decirse que prácticamente no existió ninguna prensa austríaca.

En 1703, van Shelen, uno de aquellos impresores de vanguardia que surgieron en Europa, fundó el "Posttaglicher Mercurius", y, como suele ocurrir, su iniciativa fué pronto imitada. Su colega Schonewetter salió

al mercado con su "Wienerische Diarium". Estas dos publicaciones se amalgamaron después en una sola, en 1724. Amalgama que se vió en 1780 con el título de "Wiener Zeitung".

Desde 1810 y durante 38 años los vieneses leyeron el "Ordterreichiste Beobuchter", debido al esfuerzo de Van Gentz.

Metternich odiaba y temía a la prensa de Francia e Inglaterra. En el interior de Austria no permitía otra prensa que la inspiración oficial. Se sirvió de los literatos mejor dotados que se avinieran a su propaganda oficiosa, pues quería influir importantemente en los vastos planes de la Santa Alianza. Gentz fué el hombre de letras y de bríos periodísticos más utilizado por los gobernantes de la Dieta y a su muerte le sucedió Jarcke, que vino a Viena desde Berlín. Este período corresponde en Austria al de su lucha por la existencia como Estado y por la hegemonía ante los países germánicos, y también al del fogueo y afianzamiento de lo que iba a ser una prensa austríaca. Prensa que se tradujo desde principios de siglo y fines del anterior en los órganos "Neue Freie Presse", "Fremdenblatt", "Deutsche Zeitung", "Vaterland", "Arbeiterzeitung", etc.

Al terminar el primer lustro del siglo presente se publicaban en Austria más de 1.300 periódicos.

En toda el área de la monarquía danubiana, según las lenguas en que aparecían estos periódicos, estaban

distribuidos así: 2.034 en alemán, 694 en checo, 265 en polaco, 102 en italiano, 65 en esloveno, 47 en ruteno, 13 en hebreo y 7 en francés.

Por su parte, la prensa italiana obtuvo su mayor desenvolvimiento después de Pío IX.

Cuando nació con todo el cuerpo de su entidad el reino de Italia, Piamonte, principal país constitutivo, estaba avezado ya al periodismo de fervor patriótico. "La Gazzetta del Popolo" llegó a alcanzar una tirada poco común en aquellos tiempos. Primeramente, el hecho de haberse conservado el Piamonte como uno de los estados libres en Europa fué causa de que afluyeran allí emigrados enemigos de la reacción en los otros países. En Turín se editaron hasta 58 periódicos de los 117 que aparecían en el reino de Cerdeña, en 1859. Con la unificación en 1870 hubo holgada libertad para la prensa, pero la poca prosperidad económica hizo que se rezagara su importancia con respecto a otros países ya poderosos en el continente. Siguió siempre la influencia del periodismo en Turín y Milán, junto a las publicaciones acreditadas en Roma. La "Stampa" de Turín, y "Courriere della Sera" de Milán, no cedían en tirada a "La Tribuna" y al "Giornale d'Italia", de Roma. La política y la crítica sobre las artes en general privaban en el cuerpo de su contenido, con descuido marcado para las cuestiones económicas.

"Il Popolo Romano", gran órgano político, fundado

en 1873; el "Messaggero", y el viejo órgano gubernamental "Gazzetta ufficiale del Regno d'Italia", merecen también ser citados como influyentes en la opinión y la información de la Italia moderna. Fué señalado el agudo intervencionismo de "L'idea Nazionale" durante la guerra de 1914.

En Italia han tenido gran desarrollo los periódicos provincianos. Además de los ya citados, "Il Secolo" y "Perseveranza", de Milán; "Il Mattino", de Nápoles; "L'Ora" de Palermo, tuvieron duradera difusión. Tuvo siempre gran importancia el órgano del Vaticano, "L'Osservatore Romano", de sentido, claro es, estrictamente católico y conservador, y de mucho predicamento en la opinión católica de Europa.

En los tiempos actuales, relativamente a las fechas en que escribimos, la prensa italiana cayó en el engranaje hermético del sistema estatal totalitario. El señor Mussolini, iniciador del sistema llamado fascista, no había de excluir de su programa la oficialización, militarización podemos decir, del periodismo.

Decretos especiales dejaron los periódicos bajo el poder de las prefecturas y al ser creados dos organismos: la Dirección General de los Servicios de Prensa y la Oficina de Prensa y Propaganda, quedó consolidada la uniformidad y oficialismo de los medios de expresión. El periodista de visión política bien compenetrado con las directrices del fascismo obtuvo preferencia, y en ge-

neral todos los no desacordes — este espécimen no podía existir — recibieron buen trato material y fué bien remunerada su adhesión.

En lo tocante a Bélgica, al fundarse el reino, la prensa adquirió un marcado acento francés. Cuando la Constitución de 1831 proclamó solemnemente la libertad de expresión, los últimos periódicos orangistas cubrieron de improperios al nuevo rey Leopoldo. Le llamaron desde "vampiro coronado" hasta usurpador y holgazán, pero aquellos eran los estertores de la prensa orangista. La que quedaba defendía con unanimidad, aunque no por férula, el régimen advenido, y en un clima de libertad razonable el espíritu de la futura prensa floreciente se preparó con cómoda holgura. Modernamente triunfaron por su difusión el órgano liberal "Independence Belge", y también "Etoile Belge", "Journal de Bruxelles", "Soir", "La Gazette de Liege", y sobre todo el "Vlaamsche Gazet", a los cuales hay que añadir los últimos órganos importantes aparecidos ya en nuestros días.

En Suiza, abolido el gobierno de los patricios, fundada la República Helvética, creóse un ambiente propicio para la expansión periodística. Esta hubo de florecer casi mitad por mitad en Berna y en Zurich. El poeta alemán Zechokke actuó de periodista oficial en la República Helvética, y Pestalozzi, sin grandes dotes para la literatura periodística, también expuso sus opiniones en el órgano de la prensa.

La "Freia Gszeitung" de Zurich llegó a ser un buen periódico, federalista y antidemocrático, en oposición a muchos órganos de la opuesta tendencia. La censura comenzó a quitar filo a los periódicos, primero bajo la influencia del "Laudammann" Affry, en 1803, y luego bajo la férula napoleónica.

De 1879 a 1899 rayan a gran altura las tiradas de los periódicos suizos. Con la de todos acumulada se llegó a no pocos millones de ejemplares, y la desmedida abundancia con relación a los habitantes creaba una saturación que reducía a la penuria a quienes los redactaban.

Uno de los órganos que hicieron más firme y continuada carrera fué "Journal de Génève", desde su alumbramiento en 1826.

Ejemplos de periódicos suizos de muchos lectores y autoridad son "Basler Nachrichten", "Basler Grenzpost", "Zurcher Post", "Berner Bund". Además de la "Gazette de Lausame", y el conservador católico "Vaterland", de Lucerna.

Noruega inicia su verdadera vida periodística en 1820, localizada principalmente en Cristianía, Bergen y Drontheim. Los más altos exponentes, entre los 400 periódicos que se publicaban a principios del siglo, eran: el "Morgenbladet", el "Verdens Gang" y el "Aftenposten".

Junto a este desenvolvimiento tiene lugar el de Suecia que arranca de la guerra de los 30 años. Con el des-

potismo ilustrado que mantuvo e impulsó Carlos-Juan, preparóse el desarrollo de la prensa, pero el movimiento liberal de 1830 le dió mayor impulso, y en aquella época fundóse el famoso "Aftonbladet".

Fueron los periódicos más notorios el "Gagens Nyheter" y el "Stockolm Tidningen".

Los últimos órganos aparecidos no pertenecen a la historia sino a la actualidad escandinava.

Tampoco hizo grandes progresos el periodismo dinamarqués en un tiempo relativamente próximo: 1830. En 1749 nace el más antiguo de sus verdaderos periódicos, el "Berlingske Tidense" de Copenhague. El "Politiken" con su gran tirada, y "National Fidente", entre otros, deben mencionarse como ejemplo del periódico danés de la época moderna, de la vida de nuestro siglo.

A principios de él se publicaban en Rumania más de 80 periódicos, casi todos de matiz político, y con preferencia en Bucarest y Jassy, sin que se careciese de semanarios y publicaciones literarias y científicas.

Si en esta rápida ojeada general miramos a Holanda, veremos cómo salió a la luz el primer periódico en la ciudad de Amsterdam, con el título de "Handenesblat".

Si miramos a Serbia, comprobamos que su historia periodística moderna se ha distinguido por una amplia libertad, a cuyo calor se publicaron sólo en Belgrado 14 hojas diarias, y con ellas el "Samos Prava", órgano

de expresión del gobierno. Los países balcánicos sufrieron después las modificaciones en nomenclatura y estructura que conocemos, y con ellas se hicieron nuevos órganos nacionales, en conexión con los diferentes nacionalismos y la compleja política que siguió a los últimos tratados.

Por su carácter especial, desligado de la cultura que llamamos de Occidente, con origen grecorromano, Turquía se incorporó con retraso al movimiento periodístico. Sus primeras armas en este sentido se hicieron en 1832 con el "Tacvimi Vecahi". No obstante los caracteres de que hemos hablado, se conoció en la nación turca la libertad de prensa, lo que le dió un buen impulso. Redactados en turco, armenio, griego o francés, en 1876 existían 72 periódicos en Constantinopla. La ley especial de 1877 hizo sucumbir a muchos de aquéllos, y siguieron después apariciones sucesivas como la del "Levant Herald", en lengua francesa; el "Moniteur Oriental", en francés e inglés; el "Ikdám", "Tarik", "Seadet", "Terds-human-i-Hakikat", "Sabaha", "Mahumat" y "Resunbli Gazzetta", en turco, con algunos otros en griego.

En Hungría y en los comienzos del siglo XVIII, un "Mercurius Hungaricus" — se recuerda — mantuvo discusiones con algunos periódicos vieneses. Pero en los albores de su periodismo sólo existen ciertas publicaciones latinas o germánicas, de muy poca difusión; y hasta

1780 no se conoce la aventura de redactar un periódico completamente en lengua húngara.

En el reino de Polonia, desde su fundador Alejandro I, tuvieron aparición algunas hojas y hubo periódicos que consiguieron subsistir a través del ambiente cerrado de despotismo. Uno de los más viejos, el "Courrier de Varzovie", vivió hasta ser nuestro contemporáneo.

Al terminar la primera decena de nuestro siglo se publicaban en Portugal, con arreglo a la estadística, los periódicos siguientes: 156 en la provincia o distrito de Lisboa, 11 en Setúbal, 43 en Oporto, 14 en Coimbra, 12 en Braga y 220 en otros lugares. "O Século", "O Mundo", "A Capital", "A Batalla", "A Lucta"... fueron títulos que prestigiaron materialmente el periodismo luso en los días anteriores a los estrictamente actuales. Algunos como "O Século" siguieron siendo órganos oficiosos de la opinión portuguesa.

En el país helénico, si se tiene en cuenta su extensión, la prensa fué muy frondosa. Desde 1740 leíase en Viena con delectación el "Ephimeris", hasta que en Austria se ordenó suprimir las hojas que defendían a los revolucionarios griegos en el movimiento de 1821. Se dice respecto a la mentada libertad de los periódicos en Hydra, que se debió a que el "Klepta" Conduriotis no comprendía las sutilezas de los redactores. Cuando en casi toda Europa reinaba cómodamente la previa censura, no sucedía en Grecia así. En Atenas y en el año 1837, los

30.000 habitantes tenían para su lectura siete periódicos políticos y otras tantas publicaciones literarias.

Sólo con un propósito de enumeración damos idea aquí de cómo floreció en los diversos países esa planta del periodismo que en resumen no es otra cosa que el reflejo de la opinión pública. Se puede recurrir a la célebre fórmula admitida para la novela de "el espejo paseado a lo largo del camino". El espejo es el conjunto de los periódicos y es la opinión pública el camino. ¿Qué es, cabe preguntar, ese camino, si se le identifica con lo reflejado en la prensa? ¿Con qué influencia obra en la vida? Jovellanos lo dice: "¿De dónde le viene a la opinión pública este espantoso influjo que tiene en la suerte de las sociedades? Primero, de su fuerza; segundo, del modo con que obra esta fuerza. Su fuerza está en razón de las voluntades de que dispone y de los medios que están a disposición de estas voluntades. Y como diciendo opinión pública se dice opinión de la mayor masa de individuos del cuerpo social, es visto que esta fuerza es superior a toda la suma de fuerza de que puede disponer la sociedad, y aun a todos los medios que puede emplear. Cuando, pues, esta opinión es ilustrada, justa, moderada, qué bienes; cuando siniestra, preocupada, violenta, ¿qué males no puede producir?"

Por eso, la más grande aspiración del periodismo debe ser la que se contiene en este juicio de Bartolomé Mitre: "Educar al pueblo es condición de vida, de orden y de

progreso, porque si la inteligencia no imprime su sello en la cabeza del pueblo, el pueblo será ignorante, y en posesión de la soberanía hará los gobiernos a imagen y semejanza suya, y el nivel político bajará tanto cuanto baje el nivel intelectual”.

Amplíemos ahora esta ojeada a un país europeo, con grandes extensiones asiáticas, y cuya última etapa de vida civil, después de la revolución socialista, le diferencia de los demás.

En los tiempos zaristas, más o menos promulgada oficialmente, se ejercía la censura sobre toda publicación. Se acudía muchas veces a publicar comunicados estimulando a los periódicos a combatir los abusos relativos a un tema, y se enviaba un comunicado secreto prohibiendo que se hablara más del asunto.

En la época de Alejandro II pugna el periodismo por manifestarse y crecer. El sucesor, Alejandro III, apretó más la tuerca de la autocracia y procedió con menos contemplaciones. Sin embargo, los periódicos, luchando con castigos y suspensiones, fueron asumiendo el importante papel que tenía que caberles. Los periodistas de aquella época hicieron gala de suprema habilidad, empleaban palabras convencionales y tiraban siempre por elevación para alcanzar directamente sus objetivos.

Nunca había sido tan difícil escribir en los periódicos desde la aparición del primer periódico en 1703,

bajo Pedro el Grande, y con el título de “Periódico de asuntos militares y otros”. Ni en toda la historia de aquella prensa rusa reducida a los órganos gubernamentales: el “Petersburgskija Wedomesti” de 1728, de la Academia de Ciencias; el “Prawi Tjelsstwjennyi Wjesstnik”; el “Russkif Invalid”, de 1813, del Ministerio de la Guerra; o el “Wjesstnik Finanssow”, del Ministerio de Hacienda.

A partir de la desastrosa guerra de Manchuria y del “domingo rojo” de 1905, hubo una tácita decisión de todos los periódicos para no acatar las órdenes del incierto gobierno. El clima de inseguridad aflojaba los resortes de las autoridades.

Los zares, sin embargo, tuvieron hasta su final avizados periodistas a su servicio que redactaban órganos de mucha difusión. La “Gaceta de Moscú” figura en primer lugar entre ellos, y Alexis Suworin fué el más famoso de todos aquellos periodistas. Su tribuna “Tiempo Nuevo” principió en pentagrama del liberalismo y acabó en lectura predilecta de la Casa Imperial. Le salvó su finura literaria que trascendía escéptica irrespetuosidad para los que gozaban de oído muy fino.

Los folletos y los periódicos redactados por la emigración que conspiraba eran tan numerosos que se contaban por miles, y a ellos se sumaba la prensa clandestina del interior que no andaba ociosa jamás.

La libertad de prensa, como otras que al zarismo se

le arrebatában de las manos, se estableció tras los sucesos de 1917. Los órganos socialistas como "Verdad" ("Pravda"), que databa de 1912, se extendieron notablemente, y poco después le correspondió el desarrollo a la prensa puramente comunista, que sólo tuvo los recursos necesarios para salir de la penuria después de la derrota de los ejércitos blancos. El organismo rector de todas las publicaciones, "Godisat", pudo desenvolverse con holgura.

La "nueva política económica", "Nep", estableció durante su era el parcial retroceso al sistema de la empresa particular y comercial para los periódicos.

Después, en la gran organización de toda la red periodística del país, ajustada a las normas soviéticas, desarrollaron dos órganos sobre todos los demás: el preferentemente político "Pravda" y el preferentemente informativo, "Izvestia".

Estos y otros muchos regionales de gran importancia venían a sustituir el predicamento de los grandes diarios que se publicaban en 1914: el "Nowoje Wresnja", órgano de los nacionalistas y que databa de 1884; el "Nowosti", de los liberales doctrinarios y existente desde 1870; el ya citado "Peterburgskija Wedomosti", conservador; el "Russkoje Snamia", y los que aparecían en Moscú como "Moskofskia Viedomoski", fundado en 1775, y el "Russkija Wedomosti", que había aparecido en 1771.

Como en otras manifestaciones, en la Rusia de los

soviets la prensa experimentó enorme incremento. La concepción comunista no concede libertad de expresión para los enemigos ideológicos, ni los que fueron derrotados y suprimidos en su influencia moral por la revolución.

En 1932, las estadísticas comprobaron rigurosamente esta proporción en cuanto al desarrollo de la prensa. En 1913 se publicaban en Rusia 859 periódicos con una tirada total de 3.500.000 ejemplares; en 1932 se publicaban 5.600 periódicos, con una tirada de 35.000.000 de ejemplares. Desde dicho año las publicaciones han ido en aumento, con las características dirigidas que hemos apuntado y paralelamente a la gran obra de desaparición del analfabetismo.

VIII

NORTEAMERICA Y EL PERIODISMO COLOSAL

EN los Estados Unidos, después de los tanteos y las etapas balbucientes que se asemejan a las que tuvieron lugar en Europa, llegóse a una realidad de gran prensa antes que en los países europeos. A lo largo de su historia, ya en época adulta, el periodismo del viejo continente dirigió los ojos más de una vez a los métodos norteamericanos. Estas normas, que en ocasiones se estudiaron y se quisieron imitar, se refieren principalmente a los procedimientos de grandes tiradas, sensacionalismo y difusión, que los americanos consiguieron antes que los ingleses y que otros países familiarizados desde antiguo con las publicaciones periódicas.

El modelo de prensa sensacional y para todos, que había de desarrollarse en Norteamérica hasta términos colosales, asoma hacia 1850 y abre guerrillas de combate

contra la prensa llamada de opinión, mucho más restringida y al parecer invencible.

Gordon Bennet fué el animador más importante de la primera, y la mejor confirmación de su acierto el éxito siempre creciente del "New York Herald", cuyas informaciones se hicieron famosas dentro y fuera de Norteamérica.

Un periodista y político, Greenley, que había dirigido con la dinámica actividad que es de suponer la campaña presidencial de 1840, reunió el dinero suficiente como para fundar el "New York Tribune". Había anunciado la supresión de los informes sensacionalistas de índole policíaca, y publicaba con todo detalle las noticias concernientes a las llegadas de los barcos de Europa. No renunció a dejar un buen espacio a la literatura, así como a los ensayos sociológicos.

Agregó además un suplemento semanal, la "Weekly Tribune", donde se ofrecía lectura para la meditación reposada, y que obtuvo el favor del público hasta llegar en 1853 a los 50.000 ejemplares.

Distinguióse por las campañas que en aquel tiempo bien habían de pasar por extremas, y que no cejaban, sino que se sucedían, especialmente en el orden social. Desde propugnar la formación de sindicatos hasta gritar por la ampliación de Telégrafo a los ferrocarriles; todo lo que entonces parecía utópico y luego realizable fué objeto de sus campañas.

El sistema periodístico de Greenley era antípoda y adversario del de Gordon Bennet. Como ambos periodismos correspondían a vastas organizaciones de grandes intereses económicos, comenzó la guerra, tomando incluso como tropas de batalla a los vendedores. Los del "Herald" y el "Sun" intentaron reducir o convencer a los diarieros de la "Tribune". Otro campo de lucha estuvo, como era de esperar, en la inclusión de mutuas acusaciones. Bennet acusaba a su enemigo de ultrasocialista y revolucionario, de minar las instituciones y defender el amor libre, mientras que Greenley decía a voces de su adversario que propagaba desaprensivamente el periodismo de escándalo y sin seriedad.

Es lo cierto que ambos periódicos, con sus modalidades diferentes, siguieron influyendo en la opinión pública. El de Greenley contribuyó no poco a que Lincoln fuera electo, aunque después decantóse por el derecho de secesión de las provincias del sur, y más tarde por la abolición de la esclavitud. Bennet, que como su rival no tenía muy afincado el espíritu de la consecuencia, fué antiabolucionista y partidario a ultranza del Sur, pero luego dejóse ganar por la política de Lincoln y éste llegó a depositar en él gran confianza.

En 1866 se inaugura el cable submarino y Bennet al transferir a su hijo el periódico le transfiere esta enseñanza: "El telégrafo nos enseña que ha pasado el tiem-

po de las obras de tres tomos y los artículos de diez columnas".

El pugilato entre las tendencias comentaristas o ponderativas y la sensacional o informativa a banderas desplegadas terminó con la victoria de la segunda. El reportaje, la interviú, la sensación, se consideran los verdaderos ingredientes del periódico. Uno de los primeros grandes repórters, Mac Gahan, fué a París en plena agitación cruenta de la Comuna, para entrevistar a sus actores. Estaba en la caída de París, y con muchos apuros y gestiones se libró de ser fusilado. Murió por fin en su ley, en su oficio, acompañando al ejército del zar en la guerra contra los turcos. Una epidemia tífica le alcanzó frente a Constantinopla.

El periodismo en gran escala se inaugura con Pulitzer, que en 1893 adquiere el "New York World" y despliega una insospechada inventiva para aumentar la aceptación del público y la tirada. La llamada "historia de interés humano", el juego de títulos e interrogaciones, las letras enormes en los titulares, entran en escena y asombran al principio, pero habitúan poco después. Las campañas ruidosas mueven y tensan el interés del pueblo entero, y sólo es objeto de comentario y de polémica lo que sobre tal o cual asunto dice el "World".

Pulitzer era de origen húngaro y se había alistado en el ejército durante la guerra civil; uno de esos hom-

bres de empresa que cruzan el Océano a la conquista de algo ruidoso o memorable.

Imitador y competidor del húngaro famoso, llega tras sus pisadas, henchido de entusiasmo y deseos de triunfo, William Randolph Hearst, hijo de un senador repleto de millones que tenía entre sus propiedades un periódico, el "Examiner", en San Francisco de California. El "Examiner" languidecía y llegó a la anemia de aspecto irreparable. Pero Hearst se había propuesto estudiar y mejorar los procedimientos de aquel fantástico "World". Recordaba el interés atrayente y fulminante de sus campañas, el sensacionalismo de sus enormes títulos que podían estimarse pueriles a la luz de la pura sensatez. "All for a Woman's Love" (todo por el amor de una mujer); "The Wall Street Terror" ("el terror de Wall Street"). "¿Cuál es el enigma del río?", etc.

Se hizo cargo del "Examiner" y con las normas bien aprendidas, y al cabo de dos años, era éste el periódico de más difusión en toda la zona del Pacífico.

Todos los grandes periódicos, incluyendo los que habían mirado con mal ceño el sensacionalismo, emprendieron una carrera de rivalidad en cuanto a campañas ruidosas, sin que apenas fuese oída alguna voz que pedía una tregua en gracia a la pública tranquilidad. Campañas como la de la voladura del "Maine", atribuída a manejos españoles y causante en cierto modo de la guerra victoriosa y desigual con España; como la im-

pugnación del enorme negocio de las compañías de seguros; o las revelaciones sobre el canal de Panamá que tanto encolerizaron al presidente Roosevelt; campañas tan agudas como la mantenida por Hearst contra el presidente Mac Kinley, la cual sólo remitió a un prudente y no duradero silencio cuando fué asesinado éste; contra los propios aliados bélicos, como sucedió en la guerra del 14, creando clima antieuropeo y sobre todo antibritánico, que consiguió su zona de opinión, aún en 1919, después de terminada la guerra.

La temperatura, aspiraciones y nivel medio de los lectores, con relación a los periódicos, pretendióse medir por medio de encuestas. Una, famosa, mostraba que la mitad de los lectores interrogados no disponían de más de un cuarto de hora para dedicarle al periódico — y tememos que a toda clase de lecturas, — y ateniéndose si no exclusivamente a esta encuesta, a las observaciones análogas, se hizo el diario con una "cara" o juego de títulos que den el panorama del día de un vistazo; y que contenga de todo y para todos en una forma ágil y rápida, de manera que cada cual pueda arrojar su "leída" sobre lo que le interese. Se tomó así el pulso al "público moderno" (o al "público norteamericano"), y hay que confiar en que se hizo con algún error.

El sistema de las encuestas y estadísticas estaba destinado a tener en América empleo desmesurado. En los tiempos de hoy ha llegado a límites obsesivos. La esta-

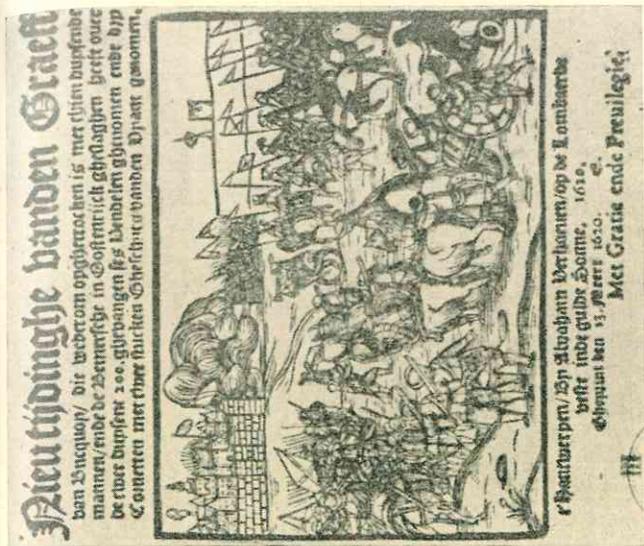
dística de este género, base de una parte del periodismo yanqui sensacional, merece un estudio en su día.

Son muchos los escépticos que han regateado su fe a los estadistas y especialmente a las deducciones de tipo psicológico general extraídas de la aplicación de ellas. No obstante, los norteamericanos han hecho de su estudio, más que una moda, un culto moderno, y las han afinado como se perfecciona, ultraminuciosamente, un aparato de precisión.

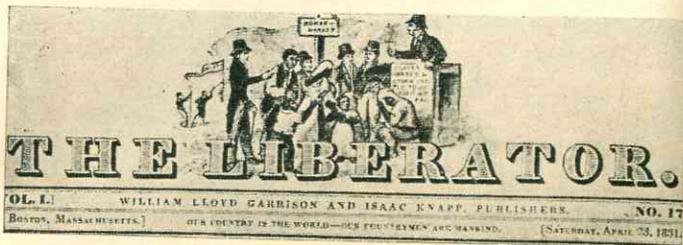
El sistema de encuestas que antes se reducían, en lo reporteril, a contestaciones de un metalúrgico, un campesino, una actriz madura, un músico célebre y un ministro, se ha perfeccionado al extremo. Se estudian las más sutiles relaciones de las zonas, los promedios y las cifras; la curva psicológica de los cálculos de afinidades, y se llega — aseguran — al índice mínimo de error. Lugar, tiempo, opinión, prototipo, gráfica de coincidencias, son utilizados por estos formuladores de la extraña química de las reacciones en porcentaje.

El instituto Gallup puso su termómetro a la opinión de los Estados Unidos. George Gallup, Elmo Hoper y con ellos instituciones rigurosamente científicas se sirven de las escalas y promedios para toda clase de conclusiones.

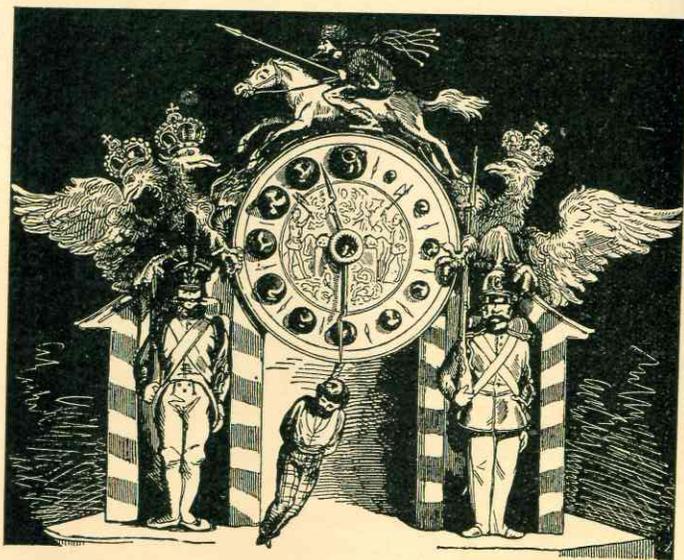
Antes no era posible saber lo que quería la gente, y ahora se trata de sondear y pescar sus menores deseos.



Portada de la Gaceta Universal de Amberes con el emperador Fernando, y un grabado de la misma publicación con la derrota de los bohemios, en 1620.



Todas las causas tuvieron su prensa. "The Liberator" era un periódico fundado exclusivamente para impugnar la esclavitud de los negros.



"Reloj del imperio alemán", grabado alusivo que figuró en un número de la revista "Leuchtturm". 1849.

Veamos el promedio estadístico que nos proporciona el señor Alfredo Max para algo tan importante en el vuelco estrepitoso del mundo actual como esto: el proceso de reacciones de la opinión norteamericana ante la guerra. No parece que haya en esta época muchas cosas de más importancia a que pueda aplicarse el cálculo del promedio colectivo.

El primer sondeo corresponde al momento en que Alemania — esa Lacedemonia, según se ha dicho, creada por los Hohenzollern — embistió a Polonia, y arroja la solución a varias preguntas.

Pregunta: "¿Fue un error la entrada de Estados Unidos en la guerra europea de 1917?"

De cada diez, siete norteamericanos opinan que sí.

Ello no es asombroso. Los beneficios de aquella victoria no tienen expresiones apreciables para la democracia yanqui; los logros militares en el sentido imperial no aparecieron por ningún sitio, y las cosas de Europa no se resolvieron, después del armisticio tan denostado por Foch, de manera que se consolidara ningún principio. La guerra europea no fue más que la guerra europea, y nadie consideró la presencia "yanqui" más allá de una expedición a los asuntos de Europa, que se vuelve a casa, terminada la fortuna de las acciones.

Otra pregunta: ¿Está dispuesto a batirse por defender el territorio de la Unión?

Responde que sí el 99 por ciento.

La contestación es la esperada y demuestra a los incrédulos que en un país de gran mezcla racial, de aluvión, como alguien dice en los países viejos, se da el patriotismo con la misma fuerza que en la más rancia de las naciones de milenario abolengo.

A la pregunta: ¿Se batiría por defender Canadá?, contesta afirmativamente el 90 por ciento.

Es decir, que la vecindad, la esencia americana, el estrecho parentesco racial, la identidad idiomática, tienen tal peso, que son muy pocos los que no consideran a aquella tierra en trance defensivo como propia.

Ningún americano — ni nadie — se olvida del todo de ser realista y era inútil hacer notar el riesgo para los Estados Unidos de una invasión junto a sus fronteras.

Y formulada la pregunta: “¿Se batiría por defender la América latina?”, responde también de modo afirmativo el 67 por ciento.

Si es así, más de la mitad de los yanquis no tenían inconveniente, ya al principio de la guerra, en jugarse la vida por la integridad de los países de la América no sajona. Arrojó el experimento una solidaridad americana, continental, en la conciencia de los hombres del norte. Y en servicio de ella, si hiciera falta, casi siete de cada diez ciudadanos de la Unión se ofrecen para combatir.

Planteadas la cuestión: “¿Quisiera participar en un cuerpo expedicionario para intervenir en las querellas de Europa?”, 90 de cada ciento contestaron negativamente.

Esta pregunta tenía un aditamento: “querellas que no pongan en juego los intereses de la democracia americana”.

Quedaba el resquicio abierto para que pudiera entrar el espíritu madurado de Roosevelt y los intervencionistas. Tratábase sólo de llevar a los ánimos la certeza de cómo los intereses dichos eran directamente atacados.

Sigamos la curva del señor Max. Reventó ya el cráter mal taponado en Munich, de la guerra. De cada 100, 94 yanquis señalan al Reich como responsable del conflicto; 60 creen que si el Reich consigue el triunfo, empleará su poderío contra Norte América; 86 tienen absoluta confianza en las armas francesas e inglesas; 69 negarían a los aliados una fuerte ayuda monetaria, y 84 negarían de un modo más rotundo la colaboración militar.

Pero he aquí — según la gráfica consultada — que en septiembre de 1939, ya 62 americanos por ciento desean que sean vendidos aviones a los gobiernos aliados.

Cae Francia desplomada, en el mástil del barco británico aparece la luz roja del peligro mortal, y la

aguja que oscila en la gráfica sufre un impulso nuevo. El porcentaje de los que creían a Inglaterra capaz de vencer por sí sola se reduce a 38. Pronto sube a 60 el de los partidarios de salvar a Gran Bretaña a toda costa.

Sigue el proceso bélico cada vez más preñado de amenazas. ¿Quiénes se aferran a la idea de que los Estados Unidos, aunque el llamado Eje fuese el vencedor, podría alzarse de hombros en su aislamiento al otro lado del Océano? Nada más que un 18 por ciento.

Las inflexiones tenaces de esta nueva ciencia promedial van explorando toda reacción frente a la guerra operada en el país. Las cifras de su escala minuciosa serían de muy larga enumeración.

En vísperas de Pearl Harbour, el intervencionismo infatigable del Presidente Roosevelt era juzgado así por la opinión general: Iba demasiado lejos, según el 25 por ciento; era exactamente justo, según el 55; quedábase corto, según el 15. Un 5 por ciento era la escurridura de los vacilantes.

Por último, la aguja escrutadora, que estaba marcando el 75 por ciento de intervencionistas a ultranza, con la mortífera agresión japonesa se estremece de súbito y sufre un fulminante impulso irresistible. Marca el 100 por 100.

Era el tiempo del intervencionismo, pero también el de la encuesta periodística.

En la anterior guerra mundial, los tres primeros años le permitieron a Estados Unidos el papel de espectador y la prensa tuvo un verdadero frenesí informativo, sin que se exigiese ni se pidiese a ningún diario orientaciones determinadas.

Aquella vez, la intensa campaña pacifista llevada a cabo por Hearst, aislacionista y aliadófilo, no consiguió la victoria. En las esferas del gobierno se recurrió al propio instrumento periodístico y se organizó una gigantesca propaganda destinada a mantener tenso el espíritu de la guerra; y pronta la buena disposición para contribuir a los empréstitos. El "Committee of Public Information" inspiraba y dirigía la vastísima propaganda. En honor a la verdad, los decisivos recursos que el gobierno poseía para reprimir la publicación de los periódicos favorables al enemigo se pusieron muy suavemente en práctica. La obstrucción de los paquetes en el correo era uno de los métodos utilizados por quienes en un clima de guerra hubieran podido emplear cualquier medio expeditivo.

En los últimos tiempos, en la paz provisional hasta la segunda guerra, vive en los Estados Unidos la era del gran sensacionalismo, la publicidad sin tasa y las grandes tiradas periodísticas. Para favorecer aún más la lectura cómoda y rápida de los diarios se idea el

formato tabloide que se maneja en cualquier parte y es hojeado en unos minutos. El primer "tabloide", el "Daily News", aparecido en 1919, alcanzaba en 1930 una tirada de millón y medio de ejemplares.

Las páginas con el escándalo del día aparecen profusas y gesticulantes de "fotos". El relato minucioso de cada hecho local, la montaña de información exterior suministrada por las agencias, la falta de escrúpulos, muchas veces, para airear y detallar los asuntos privados, la mezcla de farrago útil y excitante, constituyeron en general los más sensacionales rotativos norteamericanos. Sus tiradas colosales llenaron el enorme país de montones de hojas, vendadas y entrecruzadas de mayúsculas y títulos con rejas o mástiles, sembradas de fotografías, repletas de avisos con dibujos frenéticos hasta estallar.

La gran crisis con gesto y temblor de pánico bursátil producida en 1929 impuso sus consecuencias y sus dificultades a los periódicos de tirada millonaria que desde Bennet y Hearst habían venido incrementándose hasta la hipertrofia y opulencia. Al conjurarse la crisis, los "trusts" de periódicos, la pujante prensa americana, recobraron su lozanía y su poder.

El "Saturday Evening Post", uno de los más difundidos periódicos yanquis, ha publicado números de cerca de 80 páginas, y los tirajes han tendido siempre a subir.

En la segunda guerra mundial, si bien hubo una opinión aislacionista reflejada en la prensa, al entrar el país en la lucha nadie escatimó en aquélla el apoyo moral, práctico, entusiasta y patriótico. En las manifestaciones no puramente bélicas, como las campañas electorales, siguióse la democrática y tradicional libre expresión.

IX

EL PERIODISMO HISPANO-AMERICANO
EN SU ETAPA COLONIAL

LA SENDA HACIA EL LIBERALISMO

Los balbucesos de la información, es decir, las hojas volantes, aparecieron en América latina, en las tierras recién alumbradas, poco después de asentarse en ellas los españoles; de ser descubiertas, batalladas y puestas en marcha para la civilización.

Un detalle prolijo de la historia de la prensa latinoamericana, por cronológica aparición de sus manifestaciones, sería en cierto modo un trasunto de la actividad periodística en Europa. Trasunto, claro es, sólo en lo sintomático, en lo que da una idea de cómo se ha desarrollado el periodismo, fenómeno mundial.

Para explicarnos bien esta simplificación — sin decir que el periodismo americano no tenga razones y caracteres propios, — recordemos cómo la cultura gene-

ral del Nuevo Mundo y el proceso de la prensa — expresión también de tal cultura — se han formado por un trasvasamiento del uno al otro lado del mar. Incluso en las relaciones de dependencia y sobre todo de independencia sostenidas entre los países criollos de hechura española y el pensamiento y la realidad de la metrópoli. El pensamiento evolucionado y progresivo que ganaba al viejo continente. En este sentido, cabe preguntar: ¿Podría América llamarse nueva Europa? Si un azar de nomenclatura nos hubiera acostumbrado a ello, quizá nadie rechazaría la denominación. Toda la substancia del pensamiento americano es europea, y europeos, occidentales, en el gran sentido de la palabra, son su estimativa y sus problemas del espíritu.

En esta tertulia del mundo donde todos opinan — porque todo atañe a todos, — se barajan ahora sin descanso conjeturas y pareceres. Alguien ha hablado de una pugna entre Europa y América. Y es hábito considerarlas como dos entidades heterogéneas que están, como en los mapas, frente a frente. Pocas cosas tan engañosas como los mapas si asociamos una catalogación humana a su geografía política y a sus límites.

Según se mire, hay más diferencias entre un inglés y un turco o un búlgaro, dentro de Europa, que entre un inglés y un yanqui o un canadiense. Y más afinidad entre un andaluz y un argentino que entre un

andaluz y un noruego, también dentro del viejo continente.

El mundo asiático no comprende a Europa, el africano aún no comprende a nadie, y casi otro tanto ocurre con el llamado oriental. Pero no puede decirse con seriedad que no comprende a Europa el mundo americano.

Lo autóctono, y hasta el aliento antepasado y misterioso de lo aborigen, existe, y, en general, se ha subestimado su verdad y su estudio, pero acaso sólo da tono y cierto paisaje espiritual muy útil para que se conserve lo recio de las fisonomías. Aunque se contemple y aunque se cultive, no daña a ese sentido completamente europeo de que hablamos. Que no es supeditación, sino espontánea comunidad de cultura, en los aspectos capitales de ésta.

¿No era el lenguaje de nuestra cultura occidental el que hablaban los héroes de la emancipación americana? ¿No respondía su idioma al punto más evolucionado, en lo político, de esta cultura?

No nos parece ocioso extendernos un trecho sobre el espíritu de la asimilación y evolución del pensamiento hispanoamericano, y en especial acerca de cómo discernían los hombres que encabezaron ese pensamiento.

Se explicará así la naturaleza del periodismo emancipado, ya que no es posible hacerlo ahora refiriéndonos a los órganos y países uno por uno.

Si espigamos, poco o mucho, creemos nosotros que lo dicho salta a la vista. Francisco de Miranda — por ejemplo, — el ilustre venezolano que murió prisionero en el arsenal de Cádiz, era tan europeo, que en sus escritos no sólo se inspiraba en la herencia de Europa, sino que estudiaba sus problemas, y algunos de sus escritos tienen visión tan transparente que parecen hechos para la actualidad.

He aquí un párrafo de aquel gran precursor: “La suerte de Polonia no debe ser un objeto indiferente para Francia, pues su existencia política le toca más de cerca de lo que se cree. Polonia ha combatido valerosamente por la noble causa de la libertad”. Y otro: “Siendo la libre navegación de los ríos un derecho imprescriptible que la naturaleza concede a los habitantes de los países que aquellos riegan, la del Mosa, del Escalda, del Mosela y del Rin debe ser común a varios pueblos para que puedan navegar libremente hasta la embocadura del Océano”.

El bogotano Antonio Mariño, otro de los artífices teóricos que prepararon la emancipación, comienza a distinguirse en la América colonial por difundir un famoso documento europeo: la Declaración de los Derechos del Hombre.

“El papel — dice en la célebre autodefensa ante los jueces — asienta un principio de derecho natural primitivo, luego lo modifica contrayéndolo a las determina-

ciones de las leyes, que es decir en general al derecho por sí mismo, y en particular al derecho civil de la nación".

Juan Martínez de Rozas, el mendocino que impulsó con su prédica el alzamiento de Chile, decía al denostar inflamada y duramente las maniobras que se oponían al movimiento: "Los europeos de noble origen que residen entre nosotros, como nuestros hermanos, ellos mismos se ríen de estas estratagemas ridículas".

El chileno Manuel de Salas, una de las vidas fecundas de Sudamérica, perteneciente a la minoría célebre de los 13 "exaltados", escribió siempre con las luces de la enjundia y la ironía de Europa. El dejó concisa la frase famosa: "Ningún pueblo que ha querido de veras y decididamente ser libre, ha dejado de conseguirlo".

El hondureño José Cecilio del Valle, redactor del acta de Independencia de Guatemala, insiste, cuando habla de derechos emancipadores, en una razón que no implica romper con lo hispano ni con lo europeo. En una razón de lógica y de distancia: "¿Los habitantes de la tierra han de tener en la luna el gobierno que debe regirlos? ¿Los que viven en un mundo deben tener en otro su administración suprema? ¿Los hijos del centro deben tener en el norte o en el mediodía de un inmenso continente su Congreso y Poder Ejecutivo?"

Y José León Suárez, como cita Barcia Trelles en su "San Martín", escribe una resolución que resume lo

que queremos mostrar: "Nuestra guerra no fué una guerra de odios ni de raza, ni tuvo el pequeño objeto de sustituir con un despotismo criollo el despotismo de los reyes: fué el debate universal iniciado por Inglaterra, continuado por los Estados Unidos y propagado por Francia en 1789 entre las aspiraciones de los pueblos y el absolutismo de los gobiernos, que en nuestro caso oprimían por igual a españoles peninsulares y americanos".

Todo esto no quiere negar que la independencia produjese y modelase las naciones con personalidad y fisonomía auténticas, las naciones nutridas de su propio carácter; las naciones vigorosas y americanas. Demuestra, sí, la diferencia total entre su actitud y la de una colonia al uso que se alza a gritos por sus dioses, por sus estandartes y por el rencor de su raza.

En cuanto a los primeros y remotos antecedentes periodísticos que se dieron en América española, hay que remontarse al año 1594, en que apareció en Lima una hoja de noticias. Fué muy extendido este procedimiento a través de todo el siglo XVII. Pero el primer papel impreso que merece el nombre de periódico no hace su aparición hasta el año 1722, y es obra de un sacerdote, chantre de la catedral de México, que se llama doctor don Juan Ignacio Castorena Arzúa y Goyeneche, y que en orden al rango eclesiástico llegó a ser obispo de Yucatán. He aquí la de-

claración del fundador aparecida en el primer número de la memorable gaceta: "La feliz duración de esta Corte estrena su tercer siglo con el cual comienza a dar a las prensas sus memorias dignas de mayor manifestación apuntadas en estas gacetas, pues imprimirlas es política tan racional, como autorizada de todas las Cortes de la Europa, dando a la estampa las noticias que ocurren en el breve tiempo de siete días, por el distrito, capaz de sus dominios; difusa esa costumbre ha llegado hasta la Imperial Lima, Corte célebre del Perú, y practicando esta plausible diligencia imprime cada mes sus acaecimientos; y no siendo menos la muy Ilustre México, Corona de estos Reynos, comienza a plantear esta política con las licencias del Excmo. Señor Marqués del Valero, haziendo con esto más memorables los aciertos de su gobierno, e introduciendo para lo venidero este urbano estylo que echaban de menos los Curiales de México, para mayor authoridad de su Ciudad, y conocimiento de su grandeza. No tengo escrúpulo de que me fiscalizen algunas individualidades, que si por vistas en esta ciudad continuamente, no son novedad a los preferentes, serán admiración a los que las oyen distintos, y crédito de México en todo el Universo".

El papel, cuyo título reza así: "Gaceta de México y noticias de Nueva España, que se imprimirán cada mes y comienzan desde el primero de enero de 1722", tenía

estructura de nutrido noticiario, pues daba las nuevas — algunas bastante viejas — agrupadas por países y lugares de procedencia. Algunas informaciones de parajes lejanos dentro del continente narraban con escueta sujeción a la verdad hechos, que en cierto modo se correspondían con los del régimen interior, menos susceptibles de ser presentados.

Las informaciones eran comerciales, marítimas, administrativas, de sucesos, accidentes o catástrofes, aunque predominaban abundantemente las del culto y la Iglesia.

El marcado, inevitable entonces, sello colonial imponía a esta gaceta un ceremonioso respeto no sólo para las instituciones y oficios religiosos, sino para la realeza que emanaba su autoridad desde la metrópoli.

De todos modos constituye esta gaceta un verdadero modelo de la iniciación del periodismo colonial en la América latina.

Emulo de esta publicación es el papel "Gazeta de Goathemala", aparecido en noviembre de 1729 y publicado una vez al mes.

Uno de los propulsores de aquel periodismo colonial inició en México un "Mercurio volante con noticias importantes y curiosas sobre varios asuntos de Física y Medicina". Se llamaba don José Ignacio Bartolache, era doctor médico y había sido nombrado profesor de Química en la academia de Ciencias Naturales que fundara el virrey marqués de Croix.

El "Mercurio volante" declaraba: "Llevará noticias a todas partes, como un mensajero que anda a la ligera". Ofrecía aparecer todos los miércoles, porque tal día era la partida de los Correos del Reino. En sus digresiones literarias se jactaba de una particularidad: no guardar "supersticioso respeto a latinos y griegos", sino recurrir a las buenas páginas hispanas. "Yo me gloriaré de haber nacido español", asegura Bartolache, y sus gustos en este sentido fueron imitados por otro precursor, José Antonio Alzate, que sirvió al público sus "Gazetas de literatura" en 1786, y que se han conservado y tenido en mucho por su magnífica expresión de la cultura de aquel tiempo y del bien decir castellano.

En el Perú nace el primer periódico en diciembre de 1743: la "Gazeta de Lima", que cada dos meses, con páginas que oscilaban entre 8 y 16, veía la luz.

En Cuba, según los investigadores, viene al mundo la "Gaceta de la Habana" en 1764, y casi simultáneamente con el semanario de literatura "El Pensador", ambas publicaciones redactadas o inspiradas por el historiador Urrutia y Montoya. El "Papel Periódico de la Habana", que se inicia en octubre de 1790, es el más importante de estos documentos históricos del periodismo. Sus ejemplares se han conservado, desde el primer número que autorizó y auspició don Luis de las Casas, capitán general de la Isla y hombre de cultura e ilustradas intenciones, influido por el pensamiento europeo y

NUEVAS
DE CASTILLA
PROVEMIENTOS Y
mercedes, q̄ la Católica Magestad del Rey
nuestro Señor à hecho en la villa de Ma-
drid desde treynta y vno de Março,
hasta veynte y seys de Junio, que
fallo el auiso.



CON LICENCIA:
Impresso en Lima; Por Geronymo de
Contreras, Año 1624.

"Nuevas de Castilla", uno de los primeros periódicos americanos, tal como aparecía en Lima en 1624.



Uno de los primeros diarios de México fué la "Gaceta de Literatura", en 1794.

las ideas de los grandes españoles de entonces al estilo de Jovellanos.

La ilustración y el espíritu moderno de las Casas eran patentes en la época, pero ello no impidió que el periódico inspirado por él — escribía personalmente algunos de los artículos — tuviera la ingenuidad que tienen todas las cosas en su infancia.

La contemplación de un número cualquiera nos da con tanta propiedad y carácter la fisonomía de aquella época colonial, que transcribiremos el detalle de uno de aquellos Papeles, según se incluye en un estudio del periodismo hispanoamericano de Henestrosa y Castro, los cuales tienen a la vista el número de dicha publicación correspondiente al domingo 18 de enero de 1795.

"Se inicia con unas observaciones meteorológicas practicadas durante los siete días anteriores a la fecha de publicación del periódico. Las observaciones se realizaban con el termómetro, el barómetro y el aparato indicador de los vientos. Y se tomaba tres veces al día, lo que es un indicio de que el periódico colectaba sus lectores entre la numerosa marinería que frecuentaba el puerto de la Habana. En seguida aparece el siguiente párrafo: "El mes pasado ha sido uno de los más saludables de todo el año; solamente algunos dolores de costado y pulmonías, algunas tercianas y disenterías, y esos morbos en corto número de individuos se han manifestado. Las fluxiones catarrales y de muelas han

estado bastante comunes, pero todas esas enfermedades de poco momento".

"A continuación se inserta el discurso que una niña, de tres, de las que se educaban en la Casa de Beneficencia y que concurrieron a visitar, el día de Corpus, al Ilustrísimo Obispo de Luisiana, bajo cuya Diócesis se encontraba entonces la Habana, dirigiera a tal alta dignidad. Discurso que entre otras cosas dice que las niñas, con la ingenuidad propia de sus años, se alegran de la exaltación de don Luis Felipe Peñalver y Cárdenas a ese alto puesto eclesiástico, pero que la lamentan porque se ausenta de entre ellas una persona cuya partida "anuda las fauces de la pequeña oradora que apenas puede con voz lánguida y entrecortada de suspiros, decirle un triste adiós en nombre de la Casa de Beneficencia". Naturalmente, que el obispo no pudo que- darse atrás. Y su contestación, también inserta en el ejemplar que examinamos, tiene párrafos tan significativos como éstos: "He oído con la impresión más sensible las pruebas de amor y respeto que me dais, por el empleo que me ha confiado la piedad del Rey; el regocijo que manifestáis ha llenado mi alma de satisfacción: exhala, hijas mías, muy amadas, que yo vea el cumplimiento y satisfacción del proyecto que os ampara, alimenta y educa", para terminar después de otros párrafos análogos, con la siguiente sensible despedida: "Quedaos con Dios seguras que os hablo con el corazón, que

os quiero como a hijas predilectas, que os deseo la gracia del Altísimo, os pido que me encomendéis a su Suprema Protección para que pueda continuar la vuestra y creedme que nunca olvidaré a las educandas".

"Inmediatamente después publica el Papel Periódico una adivinanza en versos ingenuos, que viene a ser una manera precursora de las actuales secciones de crucigramas y otros entretenimientos periodísticos del día".

"Luego vienen en la última página las noticias particulares de la Habana que se refieren a ventas de esclavos: una negra de 17 años, buena lavandera, sin tachas, en 250 pesos libres; otra, de edad como de 24 años, lavandera, sana y sin tachas, en 300. Y esta que pone espanto: un mulato como de 30 años, buen cocinero, sano y con todas tachas, menos ladrón; también se cambia por negro, mulas, caballos o volante. A continuación se ofrecen animales, romanos, instrumentos de música y "libros de varias obras en castellano, inglés y francés". Por cierto este librero tenía abierto su expendio en la misma oficina de la Auditoría de Guerra".

"Finaliza el Papel con el siguiente aviso al público: "Para el 30 de noviembre está dispuesta una famosa corrida de diez toros de muerte, los que se han escogido de las mejores castas, llevando cada uno una divisa, con la que se conozca el paraje de donde es. El objeto de esta función es el de que su ingreso ayude a la formación de una fuente en el Paseo". Una lista de precios de lo-

calidades y lugar donde las entradas se podían adquirir cierra las columnas de este periódico”.

Aparecen en este tiempo “El aviso del Terremoto y Gaceta de Santa Fe de Bogotá” y el “Papel Periódico de Santa Fe de Bogotá”.

Las presumibles circunstancias de trabas y censuras en un régimen colonial no más duro que otro cualquiera de la época dificultaron que floreciesen más aprisa las publicaciones de todo género y especialmente periódicas. Muchas veces se iniciaban laboriosas gestiones para lanzar alguna de aquellas hojas de información, y el trámite era dilatado indefinidamente por las celosas autoridades del virreinato. En Buenos Aires, en el año 1799 se comenzó un lentísimo expediente para la obtención de licencia que autorizase la salida de un periódico, y no fué evacuado sino muchísimo tiempo después. La imprenta apenas existía en las vastas extensiones de los territorios de Indias, y era difícil de vencer la competencia ejercida por órganos editados en España con destino a ser leídos en América.

No obstante, por el proceso de evolución que fatalmente se cumple en los adelantos humanos, los periódicos surgían y recogían e imitaban el perfeccionamiento progresivo alcanzado en Europa.

Así nacen periódicos como el “Diario de Lima” y el “Mercurio Peruano”, este último con publicación regular cada tres días, con ocho páginas de texto y repre-

sentante de una nueva etapa hacia la expresión plena de la prensa diaria. Vivió el “Mercurio” limeño desde 1791 a 1795.

Por entonces, en 1794, se reanudó la publicación de la desaparecida “Gazeta de Goathemala”, por impulso del escritor Ignacio Betesta.

En México reapareció también otra Gazeta, quincenal, con profusión de suplementos y láminas, y superior en todos los órdenes a las anteriores.

El primer periódico del Plata que ve la luz surge en Buenos Aires. Su logro es herencia de las trabajosas gestiones y los expedientes iniciados con mucha anterioridad. El permiso, tan sudorosamente trabajado, por Cabello y Mesa, lo otorga el Regente de la Audiencia don Benito de la Mata Linares, después de muchas admoniciones y advertencias, no más exageradas que las que se prodigan en el viejo mundo por los gobiernos. El título, bastante explícito, de la hoja es así: “Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiógrafo del Río de la Plata”. (1) Se publica en pequeños cuadernos para formar volúmenes, con su índice de materias, y es el órgano de la Sociedad Patrio-Literaria.

Al “Telégrafo”, que Cabello y Mesa dió toda la amplitud y el espíritu compatibles con los tiempos, sigue la aparición del “Semanario de Agricultura, Industria y

(1) En capítulo aparte el escritor argentino Rojas Paz trata especialmente del periodismo en el país.

Comercio", bajo la dirección y numen de Hipólito Vieytes.

Más tarde, en 1810, adviene la "Gaceta de Buenos Aires", que inspira el prócer Mariano Moreno. El periodismo se ha hecho arma de combate y heraldo de la pugna por la libertad y la emancipación. Cada voz de las que intervienen en la redacción del diario solía ser un grito elaborado por la doctrina libertadora que todos los días lograba un poco de su misión.

Una característica que se acusa en este tiempo en el periodismo hispanoamericano es la asidua intervención de hombres de gran talla intelectual. Así sucede con el "Diario de México", donde, por temor a las persecuciones virreinales, muchos de los que escriben tienen que usar anagramas y seudónimos. Se halla en auge la intervención de los intelectuales en los negocios de una vasta conmoción política, y los encargados de evitarla temen y persiguen el peligroso juego de la inteligencia.

Surge también un movimiento candoroso en que coinciden muchos intelectuales y que tiende a modificar la ortografía castellana en Hispanoamérica, para obtener no sólo un tipo de literatura independiente sino casi un remedo de nuevo idioma. Fácilmente se comprenderá que esta pretensión tenía más designio político que lingüístico, y era la resultante de un sarampión anti-españolista, lógico, por otros motivos, en aquellos tiem-

pos. El virrey Iturrigaray lo percibió así y se opuso terminantemente a la innovación.

Los sucesos que se precipitan en la metrópoli reclaman la atención con más fuerza que estas aspiraciones de gramáticos. Los hombres inteligentes que han de moldear la nueva conciencia americana avizoran la marcha del drama ibérico en descomposición y extraen consecuencias para su conducta. Culmina en España la aventura del favorito Godoy, antesala del 1808, del secuestro de los Borbones, de la emancipación americana. Un periódico quiere dar cuenta con todos sus alcances y motivos de los sucesos de Aranjuez, y la autoridad virreinal acude a tiempo para evitarlo. La situación española es tal que el monarca piensa en huir y establecerse en América. Hay gresca en la familia de Carlos IV.

Fernando, el príncipe de Asturias, quiere derribar del trono al padre y aborrece a la madre, María Luisa, por su cariño a Godoy. Ha quemado en falso una intentona, y con aquella flexibilidad desconcertante, que no pocos historiadores llamaron felonía, ha rendido sus súplicas y sus lágrimas a los reyes. Previa carta como ésta: "Señor y padre mío: me he equivocado y he faltado al padre y al rey, pero ofrezco a Vuestra Majestad la obediencia más sumisa. No habría debido hacer nada sin que Vuestra Majestad lo supiera. Pero ha sido sorprehendida mi conciencia. He denunciado a los culpables

y suplico a Vuestra Majestad me perdone las mentiras de la otra noche y permita al hijo agradecido ir a besarle sus reales pies”.

Perdonado, y enternecida mucha gente por la comedia del Hijo Pródigo, el de Asturias sigue conspirando cada vez con más eficacia. Godoy mismo, su enemigo irreconciliable, ha oficiado por él y ha sido abrazado y besado, húmedas las mucosas principescas.

Murat está con sus franceses a las puertas de Madrid. Napoleón tiene ya el manto de armiño sobre los hombros. Siente que le ha brotado sangre imperial y tiene más prisa que nunca para oscurecer a Alejandro. Entre París y el monarca católico se cruzan notas que sólo despacha el favorito Godoy.

Notas frías, alentadoras, amenazantes, que oscilan y ondulan y marcan el juego cínico del corso. Paralelamente, las tropas europeas del ejército napoleónico van extendiendo su mancha de aceite por pueblos y fortalezas. Estamos en el preludio de la guerra nacional de 1808.

Carlos IV, el rey cinegético, ha tenido que interrumpir sus partidas de caza. Es la señal de que algo terrible ha de acontecer. Los monteros y los ojeadores están de mano. Las viejas encinas y las retamas verdes añoran el cortejo cascabelero donde llegaba con sus escopetas el corpulento rey.

Pero el miedo, el miedo explicable, ha hecho presa

en el monarca. Con su casaca color vino, su largo chaleco gualda, y el gran pañuelo rojo colgándole de un costado, mide la sala de palacio con zancadas de desesperación. Los sables de los franceses se acercan y el claro sol de Madrid se rompe la frente en su filo. Los partidarios de su hijo Fernando presionan y pululan por doquier. Napoleón se muestra despectivo.

Godoy, príncipe de la Paz, duque de Alcudia y Suecia, Generalísimo, Gran Almirante de España e Indias, con todos los títulos y honores que pueden inventarse en un país cualquiera, está en la rampa del descrédito y la voz pública pronta a descolgarse de su cima. Es integrante de la familia real, por motivos de intromisión que se señalan en la historia.

El conciliábulo decide. Carlos IV con los suyos embarcará con rumbo a América. Allí se radicará como rey que es de sus Indias. Si Fernando lo desea, puede seguir a su padre en el traslado. Si no, asumiría la representación regia en la península y tendría que entenderse con los franceses.

Cunde la noticia de la decisión. Los reyes y el príncipe de la Paz se hallan en el real sitio de Aranjuez. Fernando, sin desmentir su línea de conducta, habla con los guardias de Corps y les dice:

—Godoy quiere llevarse a mi padre. Nos ha traicionado a todos...

Es la chispa que se esperaba. Por la noche los fernan-

dinos han frecuentado los lugares de grupos más irascibles. El nombre de Godoy se pronuncia entre insultos, palabrotas y risotadas. Cuentas de un pesado rosario, se revisan las grandes culpas del favorito desde que llegó de Extremadura, pobre y apuesto, con buen talle para los ojos de María Luisa.

Se encrespan los hechos, que en la historia de los tumultos quedarán con el nombre de motín de Aranjuez.

La noche ha cargado el aire de odio. A la mañana, la jauría corre al asalto, a la caza del favorito. Azuzan partidarios de Fernando con trajes de labriego. Salta la puerta en pedazos al grito unánime de: ¡Muera Godoy!

La gente puede aclarar al fin el misterio de aquella vida fastuosa. El príncipe de la Paz se ha ido retirando a las habitaciones altas. Los intrusos ceban su odio en la fastuosidad que se ofrece a su vista. Ellos han vivido siempre en casas míseras o en zahurdas inhabitables. Comienza la borrachera de destruir. Una porcelana de candidas líneas airovas vuela en añicos bajo el grosero garrote iracundo. Un mármol de pulida desnudez es estrellado contra un mueble de laca, que se queja con fina amargura. Las facas se hunden en el raso de los blandos sillones y sus panzas se rajan y destripan. Un cuadro valioso, cuya efigie se bambolea con rostro impertérrito, va a romper el agua serena de un espejo con estriados de artística factura. Los libros de la bi-

blioteca, como si ocultaran dentro la ciencia odiada de enriquecerse, atraen la furia de los asaltantes, y sus hojas quedan esparcidas y maculadas en el fracaso total.

—¡Muera Godoy!

—¡Muera el *salchichero*!

—¡Viva el rey Fernando!

Lo que sigue para Godoy es un vía crucis espantoso. Después de 36 horas oculto, sin comer ni beber, es descubierto por un centinela de la guardia valona y las turbas suben a cazarle. Como un pelele lo zarandean y lo cubren de golpes. Todo el que puede — con esa cobardía que luego se llamó linchamiento — mete su puño o su pie o su estaca para tomar parte en la tunda. Con navajas le calan las carnes. Le colocan un burdo sayo en vez de la casaca azul con charreteras de oro.

La historia dice cómo al fin el duque de Alcudía salvó la vida. Carlos IV y la reina no saben qué hacer. El anuncio de su partida para América, el entredicho que enfureció al pueblo y llenó de zozobra muchos sectores; la momentánea relación con Bonaparte; los manejos implacables del príncipe de Asturias; la posible salvación del bienamado favorito... todo se conjura o se arregla por de pronto con la promesa formal y oficial de Carlos al embajador de Francia:

—No abandonaré en modo alguno mi reino. Me acoto a las órdenes y justicia de Su Majestad Imperial y Real, al héroe magnánimo de nuestro tiempo, el empe-

rador. Cualquier cosa es más posible que embarcar yo para las Indias.

Así se decidió que el entonces jefe de la casa borbónica no viniese a América. Su venida pudo haber cambiado el curso si no la esencia fatal de la emancipación.

Producidos todos los hechos a que dió lugar este clima creado, viene en América la etapa de los periódicos revolucionarios. Ellos matizan, razonan y exaltan el fervor de la Independencia y constituyen, antes de producirse las batallas, la fuerza combativa contra la cual se estrella la acción de las autoridades realistas. Esta fuerza precede a la guerra de la emancipación y la acompañará día por día.

Ejemplos de esta clase de periódicos son entre otros muchos "El despertador americano", dirigido por Severo Maldonado y aparecido en México, en el Estado de Jalisco; "El Ilustrador Nacional", también mexicano, en que se destacaban eclesiásticos del partido de la Independencia y émulos espirituales de Hidalgo, Matamoros, Fray Servando y Morelos.

Asimismo, se publicó en México "El Telégrafo de Guadalajara", contrarrevolucionario y realista, que redactaba Severo Maldonado, el cual cayó en poder de los realistas y a ello, a la coacción que ello supone, se puede atribuir su cambio radical de doctrina.

Mientras tanto, en Cuba había cambiado de título

el "Papel Periódico" para llamarse en 1810 "Diario de la Habana" con un formato de mayores dimensiones. Le acompañaban en la venta al público "La Aurora o Correo Político Económico" y "El Regañón", redactado por el famoso crítico Buenaventura Ferrer.

En la misma capital de Cuba nace "La Lonja Mercantil", primer periódico de índole puramente comercial en América hispana.

A Montevideo corresponde la aparición del primer periódico bilingüe en el Nuevo Mundo: "La Estrella del Sur" o "The Southern Star" ofrecióse al público en 1807.

En el Ecuador inicióse el proceso periodístico con el alumbramiento de "Primicias de la Cultura de Quito" debido a la tenacidad del indio culto y prócer don Francisco Eugenio Espejo.

Desaparece en Santa Fe de Bogotá el "Papel Periódico", en 1801, pero Rodríguez, el gran impulsor de la prensa de entonces, se lanza a la conquista de lectores con "El Redactor Americano", cuya hoja inicial sale en diciembre de 1806.

La resultante de sucesos españoles de los cuales hemos ofrecido un cuadro para dar idea de la situación no se hizo esperar en la metrópoli. Los reyes en poder de Napoleón, la guerra de la Independencia, las vicisitudes en la mala historia de Fernando VII, la Constitución de Cádiz...

La Constitución tuvo que luchar muchas veces con

las altas esferas coloniales, cuya resistencia oponía a los nuevos vientos cuantos obstáculos se le venían a la mano. La libertad de imprenta, extensiva con toda amplitud a las colonias, daba la medida del espíritu liberal y justiciero español, con mucha delantera en este aspecto al de otras metrópolis en la historia colonial, pero era, desdichadamente, dificultada por la intransigencia de muchos funcionarios en pugna con las propias leyes, como tan a menudo ha ocurrido en España.

Muchos periódicos y periodiquillos surgieron al calor de aquella libertad de prensa; la mayor parte efímeros y peleadores entre sí. "El Juguetillo", "El Papel Nuevo de Ahora", "El Vindicador del Clero", "El Diario", "El Verdadero Ilustrador", "El Aristarco", "El Filópatro", "El Juguetón", "El Perico de la Ciudad", "El Sastre Elogiador de la Niña Juguetona", "El Amigo de la Patria", "El Censor Extraordinario", "El Pensador Mexicano".

La prensa venezolana inicióse en Caracas, en una imprenta que llevó don Francisco de Miranda y que adquirieron Gallagher y Lamb, dos comerciantes ingleses. La "Gaceta de Caracas" se publicó en octubre de 1808, y su recuerdo está prestigiado sobre todo porque insertó algunos trabajos de Simón Bolívar. "El Mercurio Venezolano" y "El Publicista" son también dignos de recordación. En el segundo número correspon-

diente al segundo de ellos estampóse la Declaración de Independencia.

Fernando VII, al anular la Constitución y combatir su espíritu, procede contra los depurados liberales hispanoamericanos y rae la libertad de prensa en las colonias. Han de cesar periódicos de gran crédito como "El Español", de José María Blanco, discípulo del celebrado poeta Manuel José Quintana.

Con "El Argos americano", de Cartagena; el "Aviso del Público", de Bogotá; "La Aurora", de Medellín; la "Gaceta Ministerial de Cundinamarca", creada por don Antonio Mariño; "El observador colombiano"; el "Boletín del Ejército Expedicionario", que el general español Morillo hacía imprimir para relatar hechos de armas; "La Aurora de Chile", iniciada por el gobernante revolucionario José Miguel Carrera; "La Gaceta del Rey", papel realista opuesto a la "Aurora" y redactado por el fraile José María de la Torre; el "Correo del Orinoco", venezolano, realizado en plena jungla de la Guayana y escrito principalmente por la notable pluma de Francisco Antonio Zea; el "Noticioso General", de México; el "Semanario Patriótico", de carácter e ideología neutrales en medio de la tempestad; "La Abeja Poblana", de la ciudad de Puebla; las procaces publicaciones "Gaceta de Cayo Puto", o "El Duende de los Cafés" o "La Canoa"; "El Filósofico"; "Hispanoamericano Constitucional de Mérida", de Yucatán, escrito por Lorenzo de Za-

Núm. 1.

TELEGRAFO MERCANTIL

RURAL POLITICO ECONOMICO, E HISTORIOGRAFO
del Rio de la Plata.
Miercoles 1. de Abril de 1802.

Admiranda tibi levium spectacula rerum.

In tenui labor: at tenuis non gloria; si quem Virg. Lib. 4.

Numina lava sinunt, audique vocatus Apolo. Georg

Spes etiam valida solatur compede vincitum. Tibul. Lib. 2.
crura sonant ferro, sei canit inter opus. Elog 6.

Al inocente asido á la cadena,

la esperanza consueta, y acaricia.

Suena el hierro en los pies, y dale penas;
mas canta confiado en la Justicia.

EL patriotismo, principio el mas fecundo de grandiosos hechos y que, tal vez se convierte en pasion, recurre á todo género de medios para alcanzar sus fines. No siempre se requieren sacrificios, ni heroycidades para manifestarlo; y quizá está menos expuesto á la sospecha de ostentacion, ó vanidad, quando son mas humildes sus efectos. Esta relevante prenda que, con alguna propiedad, puede llamarse virtud, es la que exige actualmente, la atencion en todas las Naciones, para reglar sus maximas á la constitucion que cada una de ellas tiene: y es tambien la que (qual devoradora llama que tocando en la Tea, arde mas quanto á soplos intentan apagarla) inflamando el pecho del *Editor* de este *Periódico* no cedió, ni pudo ceder á sus muchos Opositores.

No pudieron rendirme, no; pero los choques de una continuada Lid, amortiguaron mis fuerzas, desfallecieron mis brios, y aun quebrantaron mi salud en tanto modo, que (como suele decirse) fue fuerza embainar el acero, y descansar hasta hoy, para que los perdidos alientos tornasen á

Primer número del "Telégrafo Mercantil", uno de los periódicos más famosos entre los precursores de la gran prensa sudamericana.

X

EL PERIODISMO HISPANOAMERICANO EN LA ETAPA DE MADUREZ

PRENSA EMANCIPADA

COMO en la vida total de los países americanos, en la de su periodismo hay que considerar una nueva etapa, cuando, uno tras otro, aquéllos comienzan a ser independientes.

En este período en que el número de publicaciones va creciendo sin cesar, enumeraremos sólo algunas, características para representar las otras, y atenderemos sobre todo, para buscar una impresión panorámica, a las condiciones de ambiente en que se desenvolvió el valioso y abundante periodismo de Hispano América.

En México florecen especialmente los periódicos combativos, de oposición. Se fundaron órganos como "El Sol" para la defensa del liberalismo y contra la gran influencia del clero; mas pronto aquel periódico se con-

virtió en instrumento al servicio del gobierno de Bustamante.

Entonces la lucha política más fuerte tiene lugar entre centralistas y federalistas — yorquinos y escoceses, — y esa lucha abanderada a dos bandos periodísticos. Está enrolado con los “escoceses” “El Observador de la República Mexicana”, aparecido en 1827, y es “yorquino” “El Amigo del Pueblo”.

En esta época las pasiones políticas hacían que dirigir un periódico fuera jugarse la piel en ocasiones, y así ocurrió con el español Ramón Ceruti, a quien unos oficiales, sable al aire, quisieron asesinar, por lo que hubo de huir y someter a mudanza el título de su periódico. Se llamó “El Noticioso” y subsistió después de tal lance.

En Cuba repercutían las luchas mexicanas. Los jóvenes de la vanguardia ilustrada publicaron en la capital “El Americano Libre”, en 1822, y “El Revisor Político y Literario”, en 1823. Pero la lucha en que aún se debatía el porvenir isleño abolió aquellos desahogos de libertad, y se volvió al oficialismo del “Diario de la Habana”, “El Noticioso y Lucero” y otros, donde muy raleadas aparecían voces de insumisión.

En Santo Domingo se había publicado, sin ningún auspicio del gobierno, “El Telégrafo Constitucional de Santo Domingo”, cuyo director, complicado en intentos revolucionarios, tuvo que darse a la fuga.

El período heroico, cuando toda América estaba poniéndose en pie y se batían las últimas pugnas, tuvo su fidelísima expresión en la prensa. En “El Censor de la Revolución”, de Perú; “El Verdadero Defensor de Colombia”; “Los Toros de Lucha”, también colombiano; “La Gaceta del Supremo Gobierno de Guatemala”, dirigida por el hondureño José Ceulio del Valle; “El Sol de Chile”, y muchísimos otros.

En 1827 aparecen en Santiago de Chile dos periódicos menos precarios que la mayor parte: “El Valdiviano Federal” y “La Clave”, y ambos se consagran a la lucha política.

En Buenos Aires, “La Gaceta”, fundada por Moreno, adquiere verdadera madurez periodística, y compartiendo su prestigio con “El Argos de Buenos Aires” y, en menor medida, con el “Americano” de Cavia y Vásquez, se aparta de otra prensa del género pintoresco que entonces existía y de la que son ejemplos los esporádicos e iracundos papeles lanzados por el furioso Padre Castañeda. Era éste partidario de la independencia, pero cuando creía descubrir un desacato a sus creencias, se lanzaba a la ofensiva en letras de molde. Así pudieron ver la luz hojas con estos títulos: “El Despertador Teofilantrópico misticopolítico dedicado a las Matronas argentinas, y por medio de ellas a todas las personas de su sexo que pueblan hoy la faz de la tierra y la poblarán en la sucesión de los siglos”, y la réplica a tal

disparate que se llamaba: "La Ilustración Pública con la flor y la nata de la filantropía, periódico dedicado a la Sociedad Teofilantrópica del Buen Gusto, que dirige, amasa y fomenta las tareas del nuevo fray Cirilo, de Buenos Aires, el cual será al mismo tiempo despertador a la nueva usanza para los ciudadanos incautos que lo aplauden".

Se señala luego una innovación en la prensa argentina: "El Argos" inserta los numerosos avisos en su primera plana, como los grandes periódicos ingleses.

En 1826 se publica "El Repertorio Americano" que abarca diversos temas de variedad literaria y periodística, y cuyo índice de materias de los tomos publicados da cabal idea de lo que fueron aquellas publicaciones. El índice es así: Noticias especiales de América.— Colección de efemérides o fastos americanos, por D. Juan García del Río.— Estado anterior y actual de la instrucción pública en América, por D. Andrés Bello.— Cuadro histórico de la Revolución de Colombia, por el mismo.— Apuntaciones sobre la Revolución de Chile, por el mismo.— Descripción de las cascadas del Río de la Plata, por el mismo.— Descripción de las cordilleras de la América Meridional, por el mismo.— Producciones de Cochabamba, por el mismo.— Filología Crítica, Bellas Letras.— Bibliografía española, antigua y moderna, con la noticia más completa que se conoce sobre los libros de Caballería, por D. Vicente Salvá.—

Observaciones sobre el antiguo teatro español, por D. Pablo de Mendibil.— Origen y progresos del arte de escribir, por D. Andrés Bello.— Juicio de las obras del P. Navarrete, poeta mexicano, por D. Pablo de Mendibil.— Sobre las etimologías castellanas, por D. Andrés Bello.— Crítica de los dramas del Sr. Gorostiza, escritor veracruzano, por D. Pablo de Mendibil.— Observaciones sobre un concordato entre Roma y América, por el mismo.— Observaciones sobre las instituciones inglesas, por el mismo.— Poesía.— Observaciones sobre el origen i uso antiguo i moderno del asonante en la poesía castellana, por D. Andrés Bello.— La agricultura de la Zona Tórrida.— Fragmentos de una traducción del poema de los Jardines de Delille, por D. Andrés Bello.— Varias Poesías inéditas por el Sr. Olmedo i otros poetas americanos. Biografía: La de Fr. Bartolomé de las Casas, por D. Pablo de Mendibil.— La del jeneral D. Francisco Miranda, por D. Andrés Bello. Historia Natural: Muestra de la materia médica del Brasil, por el Dr. D. Mariano La Gasca.— Descripción, cría i beneficio de la cochinilla, por D. Andrés Bello. Geografía y Viajes: Noticia de las últimas exploraciones en el Africa central, redactada por D. Pablo de Mendibil.— De los viajes i descubrimientos marítimos hechos por los españoles antes del siglo XVI, por D. Andrés Bello.— Noticia de las últimas expediciones a las rejiones estremas de ambos polos, por D. Pablo de Mendibil".

En algunos países americanos se vivió con mucha intensidad la efervescencia revolucionaria y los periódicos izaban el estandarte de este fervor con grandes riesgos de quienes los redactaban. Ocurrió así con "El Habanero", de la isla de Cuba, tan retrasada en la emancipación.

Pero la lucha y las vicisitudes no impiden que los adelantos materiales hagan evolucionar los periódicos. La técnica de las planchas litográficas se aplica poco después que en Europa en los países americanos. Lo vemos en "El Recreo de familias", de México, en 1838; o en "El Plantel" de la Habana, 1839.

En varios países sudamericanos florecían los periódicos con la amenidad, enjundia e interés que necesita un buen órgano de la opinión. "El Día", de Bogotá; "El Araucano" y "El Mercurio de Valparaíso", de Chile; o el ya citado "Argos" de la Argentina.

Este país vivió la etapa del gobierno de Rosas, de singulares características y tipo dictatorial, y su periodismo se resintió de la índole del sistema. Creóse una prensa de inspiración oficial que se publicaba a cargo del gobierno. "El Defensor de la Independencia Americana" y "La Gaceta Mercantil" eran órganos de esta clase.

Fué publicado por el gran Sarmiento, en San Juan, su provincia nativa, un periódico de tonos muy atrevidos para aquellas circunstancias, impregnado del aliento de los pensadores europeos, que se llamó "El Zonda" y se hizo famoso no obstante su corta duración.

Su antecedente inmediato, "La Moda", tenía el mismo aire abierto al espíritu avanzado de entonces e impugnador hábil de las tendencias mantenidas por el gobierno.

Hacia la mitad del siglo, en 1850, el periódico más importante era "El Comercio de la Plata". Varela, su fundador, insobornable en sus actitudes, fué asesinado durante el mandato rosista.

En México, la polémica sobre la forma de gobierno absorbía y animaba los periódicos. Uno de ellos, "El Siglo XIX", se hacía eco de las razones liberales y republicanas publicadas en diarios españoles, así como su contrincante "El Universal" reflejaba las opiniones reaccionarias de periódicos moderados de Madrid.

En 1855 aparece en Colombia "El Tiempo", semanario liberal de gran influjo, en competidor del cual se constituyó "El Porvenir", cartel del conservadurismo.

Hacia 1870, después de la guerra contra el breve imperio de Maximiliano, período salpicado de publicaciones esporádicas, se produce en México un nuevo fenómeno de prensa: el periódico obrerista o proletario. "El Socialista" y "La Comuna", y sobre todo "El Hijo del Trabajo", constituyeron los primeros brotes de esta manifestación.

En 1861 se alza "La Voz de Chile", desplegado en campaña a favor de la reforma constitucional, el Congreso Constituyente y otras aspiraciones políticas.

En la Argentina, sucedió a la caída de Rosas un mayor desahogo de las vocaciones periodísticas. Entre los periódicos surgidos al calor del acontecimiento, el más notable fué "El Nacional", cuya secretaría de redacción ocuparon Bartolomé Mitre y Sarmiento.

Después, al adquirir Mitre el diario "La Nación", se echa el cimiento del gran periodismo argentino, pues bajo la firme facultad directiva del prócer alcanzó pronto las abundantes mejoras que le convertían en el gran periódico de su tiempo. No ha faltado quien por un espacio de varios años le ha conceptualizado el modelo y ejemplo de la prensa en América latina.

En México y otros países de esta América, sin que se llegara por el momento a lanzar ningún diario con los elementos materiales de "La Nación" de Buenos Aires, se dió sin embargo un buen impulso al periodismo. Es ejemplo de ello "El Diario del Hogar", bajo la dictadura porfiriana. Rafael Reyes Spíndola fué el más grande propulsor del periodismo mexicano, y sus creaciones "El Universal", "El Imparcial" y "El Mundo Ilustrado" son valiosos jalones de su obra. Con los vespertinos "El Mundo" y "El Heraldo" no tuvo suerte, y murieron al poco de nacer. Su campaña periodística comienza en 1888.

"La Nación", de Bogotá (1886); "El Correo Nacional" (1890), también bogotano; "La Opinión Nacional" (1880), de Caracas; "El Quiteño Libre", "El Demócrata", y el famoso "El Cosmopolita", del Ecuador;

"El Correo del Perú", editado en Lima; "Páginas Libres" (1894), del Perú; "La Epoca", de Chile... marcan sucesiva o simultáneamente las proporciones que va adquiriendo la prensa en el vasto mundo de la América española, de esta América donde, después de la dominación, había quedado el espíritu de la raza creadora y sobre todo el gran patrimonio del idioma castellano, este patrimonio gigantesco, trabajado por generaciones de orfebres y estilistas; castillo de sillares, por duro y terminado; mañana encendida, por claro y por terso; quilla de coraza, por fuerte y tenaz; junco cimbreado, por flexible; hoja de espada, por preciso; rompeolas al sol, por abundante.

Es el idioma que le sirvió a Góngora para la rueda de fuego de sus metáforas y a Manrique para la recia calma de sus coplas. Y a Santa Teresa para su espontánea genialidad, y a Cabeza de Vaca para relatar con sobriedad terrible sus "Naufragios". Y a Rubén y a Chocano para hacer vibrar en poesía la campana cíclope de un continente.

No tiene Hispanoamérica patrimonio de más valor. Quien contribuya a defenderlo, más que de sustantivos y vocablos sueltos que enriquecen, de construcciones bárbaras, cumple para con él meritoria misión. Lengua forjada en yunques y bigornias del tiempo; lengua que ha dado todos los sonos: de hierro, de plata, de arpa,

de bronce, de cubil fosco, de arroyo ameno y de crisol.

Lengua en que se ha trazado la historia más bufa y más honda, y en opinión de muchos, la más genial de cuantas se han escrito. La que escribió el alcablero Cervantes, según biógrafos, en la cárcel sevillana; la vida de un hidalgo huero y portentoso que en algún modo era el trasunto de la vida de Cervantes, asendereado, maltratado y forjador a solas de su propio ideal heroico; caído de su rocín glorioso tantas veces, más o menos, como el hidalgo que se alucinaba de grandeza por los caminos.

En todas las manifestaciones humanas suele surgir la gran figura, y en el periodismo hispanoamericano se produce la de José Martí, paladín y prohombre en otros aspectos. Desde el periódico manuscrito de colegiales "El Siboney", donde colaboró poéticamente, su pluma o su iniciativa de fundador y editor dieron vida o prestigio a infinidad de periódicos. "La Patria Libre", "El Jurado Federal", de Madrid; "La Revista Universal", de México; "The Hour", de Nueva York; "The Sun"; "La Revista Venezolana"; "La Opinión Pública", de Montevideo, etc. Siempre con la misma vibración y la misma maestría, culminante en las páginas de "Patria".

Acaso no deban omitirse unas palabras sobre el espíritu de este gran hispanoamericano que tanto realzó el periodismo. Basta recordarle en cualquiera de sus

momentos. Cuando dice: "Martí no es de raza sobornable".

Pronuncia estas palabras el héroe cubano a bordo del navío Alfonso XII, en septiembre de 1879. Va deportado a la metrópoli como consecuencia de sus actividades emancipadoras y revolucionarias. Embarcó en la capital de Cuba, de verde sensual y cielo de gloria luminosa.

En la nave la oficialidad le traslada las condiciones ya propuestas por el gobierno, si bien por pura fórmula. Todos saben que una estatua no tiembla. Todos conocen y admiran el carácter del poeta.

Se le ofrece que declare en uno de los diarios de la plaza su adhesión al gobierno central. Todavía puede quedarse en la isla.

El que fué alma y tuétano de la emancipación cubana, José Martí, el escritor, estadista, filósofo y poeta, sabía a qué raza se refería cuando empleaba un concepto racial. Hablaba de una raza del espíritu que conviene a un color de la piel invisible para el chato magín de los simplistas. A unas virtudes mentales y a un matiz de la inteligencia y la conducta.

Jamás pararía mientes en un racismo de pómulos y quijadas, de pupilas negras o zarcas, de enramadas genealógicas y convencionales.

En un artículo de "El Partido Liberal" de México, el 30 de enero de 1891, escribe el gran escritor lo

siguiente: "No hay odios de razas porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámpara enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos de ensanche y de adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales, pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara precederas o inferiores".

Y si sabemos que los libertadores americanos tuvieron siempre un sentido civilizador, Martí, en el plano de mentalidades, es una de sus altas figuras.

El sabía con firme conciencia cuál es la continuidad de la historia. Cómo el negocio, la misión de los conquistadores era hallar un Nuevo Mundo, y el de los libertadores hacer un mundo nuevo.

¿Era el grito de Martí contra la casta de los españo-

les? Ello hubiera sido muy poco ambicioso para el alto numen forjador del poeta.

El no tiene ninguna razón de lucha contra grandes zonas de españoles, y, en un discurso, refiriéndose a distintos episodios cubanos, fija con claridad su pensamiento: "¿Al español en Cuba habremos de temer? ¿Al español llano que ama la libertad como nosotros y busca con nosotros una patria con la justicia, superior al apego de una patria incapaz e injusta; al español que padece junto a su mujer cubana?... Temer al español liberal y bueno: a mi padre valenciano, a mi fiador montañés, al gaditano que me velaba el sueño febril, al catalán que juraba y votaba porque no quería el criollo huir con sus vestidos; al malagueño que saca en sus espaldas al cubano enfermo; al gallego que muere en la nieve extranjera al volver de dejar el pan del mes en la casa del general en jefe de la guerra cubana..."

Martí y su rama de laurel y su voz se troncharon en Dos Ríos.

Hubo hasta hace poco dos versiones. Una dijo que por un retraso en la trasmisión de órdenes, las tropas peninsulares que debían haber parlamentado con él, al presentarse, lo abatieron de una descarga. Otra, nos asegura que perdió la vida en aquel combate de Dos Ríos, peleando con denuedo y en vanguardia. Insidias de algunos aludieron a que mientras él peroraba con

fervor teorizante, en el campo de batalla se moría de verdad.

Jinete mediocre, corazón inmenso, se arrojó a lo más crepitante de la lucha. Pudo demostrar cómo sabe morir un poeta con alma de periodista.

Después, en nuestra época, la semilla de hombres de tal temple no dejó de ser fecunda, y el periodismo se orientó hacia un sentido progresivo y dinámico, muy en consonancia con el verdadero signo americano. Signo y fisonomía a los que no será del todo ocioso dedicar aquí unas palabras que ayuden a comprender el gran incremento de la prensa latinoamericana. Es cierto que América no tiene catedrales góticas. Francia no tiene las ruinas helénicas ni Grecia restos de los templos faraónicos. Lo moderno y lo antiguo son conceptos que se trasladan y que no se refieren a nada durable. Tal vez las ruinas de los "buildings", rascacielos de Manhattan, podrán llegar a ser reliquias de antigüedad.

Con la proyección en el tiempo, con la observación más burda de la relatividad, el repertorio de lugares comunes se achica, y el catálogo de tópicos para los oradores — y los escritores — se desmocha y amengua.

Pero si se quiere situar las cosas en el tiempo de vigencia estricta y sólo computamos el que materialmente ha transcurrido, si se quiere tomar al pie de la letra, si no en lo moderno, en lo actual, la afirmación innegable de que en América no existen catedrales gó-

ticas, llegaremos a la conclusión de que los países americanos son, más que países de historia, países de porvenir.

Aferrarse a todo trance y extraer un signo de vida de una historia breve aunque con halo glorioso, vivir espiritualmente del pasado aunque sea singularmente emancipador y heroico, no es acertar del todo con la suma del destino de América.

En lo americano, a poca videncia, a poca facultad que se tenga de entrever, a poco que se afile la mirada por entre la maleza de síntomas del futuro, se percibe la desproporción entre el acervo de lo histórico y el tamaño grandioso de lo que se vislumbra. Porque la historia precolombina tiene todo aquello de entrañable y venerable que se necesita para recordar las primeras esencias, pero no es la historia de esta América de que hablamos. Nadie, equilibrado, en unos anales de los Estados Unidos, contaría los siglos y siglos que vivieron en la tierra desierta los padres de los pieles rojas.

La verdadera historia de las naciones americanas como tales principia con la emancipación, y su caudal cronológico es muy breve. Así los países tienen un basamento sobre qué sustentarse, poseen el cemento histórico indispensable, la levadura batallada, y firmes en esas raíces pequeñas pero suficientes, encaran con resolución el porvenir.

Y allí donde este impulso de futuro empuja con más vigor, el periodismo adquiere más volumen. La era de los grandes rotativos está en marcha, y diarios como "La Prensa", "La Nación", "El Mundo", "Crítica", "Noticias Gráficas", "La Razón", etc., de Buenos Aires; "El Nacional" y "Excelsior", de México; "El Mercurio", de Chile; "El Día" y "El País", de Montevideo, y otros muchos análogos, marcan la madurez de una prensa y abren siempre nuevos horizontes.

Num. 1.

Tom. 1.

Fol. 1.

SEMANARIO

DE

AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO

De hoy Miercoles 1º de Septiembre de 1802

AGRICULTURA (a).

LA agricultura bien ejercitada, es capaz por si sola de aumentar la opulencia de los Pueblos hasta un grado casi imposible de calcularse porque la riqueza de un País se halla necesariamente vinculada á la abundancia de los frutos mas proporcionados á su situacion, pues que de ello resulta una comun utilidad á sus individuos. Es escusado exponer la preeminencia moral, politica y física de la agricultura, sobre las demas profesiones hijas del lujo, y de la deprabacion de las Sociedades, pues nadie hasta

(a) Habriéndome propuesto hablar en el discurso de este Semanario de todas las materias que indica su prospecto, pero con especialidad de los tres ramos principales de Agricultura, Industria y Comercio; he creido conducente tratar cada una de ellas primero en general, para descender despues á su individualisacion particular, guardando en lo posible el orden de necesidad que tienen nuestras Provincias de tomar conocimientos en estos ramos.

Hipólito Vieytes, gran impulsor de la cultura hispanoamericana, fundó el "Semanario de Agricultura, Industria y Comercio", en 1802.

del día 9 de octubre de 1620 se distribuyeron cuatro números.

Los relatos — y ello es lo que importa para este capítulo — solían acompañarse de dibujos, grabados por el mismo Verhoeven. En un principio esto no ocurría en todos los números, pero pronto se hizo norma fija y no apareció ninguna vez sin que llevase un grabado por lo menos. En el número correspondiente al 30 de abril de 1627 se ven hasta siete ilustraciones.

El precio de aquella fantástica ilustración era de dos sueldos, es decir, unos tres o cuatro centavos de hoy.

El proceso del grabado toca muy de cerca a la historia del periodismo ilustrado, y la primera revolución en este orden empieza cuando el grabado en madera sustituye a la ilustración a mano, que era el único procedimiento.

En los últimos años del siglo XV los libros aparecen con enrevesadas o toscas ilustraciones, principalmente alegorías y motivos religiosos. Se prodigan también los temas históricos, los retratos, las filigranas, los temas de heráldica con profusas orlas de enramadas y flores. Uno de los libros que inauguraron las ediciones con abundante ilustración fué una relación de viajes por Turquía aparecido a fines del siglo XV y lleno de grabados mostrando gráficamente las "extrañas" costumbres del país. Poco después aparecían ornados tam-

bién la "Metamorfosis" de Ovidio y la desenfadada "Mandrágora" de Maquiavelo.

Forzosamente el grabado había de trasladarse al periódico, ya que éste como el libro eran consecuencias simultáneas del gran hallazgo que habían hecho los hombres para hacer infinito el mundo de sus ideas: El arte de imprimir.

El 10 de octubre de 1785 sale a la luz en París "Le Magazine des modes et nouvelles françaises et anglaises". Aparecen allí figurines en colores debidos a Defraime, artista de la época. El ejemplo es imitado por otro periódico cuyo nombre era en castellano "El Correo Moral y Político", publicado en Berna a principios de 1798. Los periódicos "con figuras", como se dijo, o "con santos", como se decía después en España, se multiplicaron rápidamente.

Sabidos estos antecedentes, echemos una mirada a la vida del periódico ilustrado o la prensa gráfica en un país europeo que puede ser España. Una de las primeras publicaciones de este género entre las que dejaron noticia era una revista de modas. Se presentó al público el 14 de noviembre de 1822. Esta revista, según expresión del propio fundador, servía a "las señoras elegantes españolas que para vestir bien necesitan de las costureras y modistas de Francia". Incluía "patrones y figurines, hechos en París sobre la última moda".

Durante el siglo XIX se señala el auge del perio-

dismo ilustrado en el ámbito español. Este auge comienza ya bien entrado el siglo, ya que no se puede llamar prensa ilustrada la que constituían desde 1660 publicaciones con algún grabado o viñeta de factura muy tosca intercalados de un modo ocasional. Entre estos, y en un período que va hasta 1799, se cuentan el "Mercurio Literario", "Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa", "Semanao de Agricultura y Artes", "Anales de Historia Natural".

En 1835 contemplan los madrileños el primer verdadero periódico ilustrado: "Semanao pintoresco español", fundado por Mesonero Romanos. Es verdad que los madrileños de aquella época no pudieron alabar en un principio la calidad de los grabados con que el "Pintoresco" se presentaba. Pero los fundadores y sostenedores del semanao acometieron la empresa de perfeccionar su estampación, y atendieron primeramente al propósito de reunir buenos grabadores en madera, que no faltaban en España. Buena prueba de ello han sido Vicente Castelló, Calixto Ortega, Bernardo Rico y Carlos Capuz.

La litografía se conoció en España en el año 1826 por obra del pintor José Madrazo, padre del célebre Federico Madrazo. El invento de Senefelder tuvo amplia utilización en los países más avanzados de Europa y en las manifestaciones gráficas del periodismo español.

Los grabadores en boj dieron cada vez mejores cali-

dades a los trabajos que ejecutaban, y hacia el año 1870 llegaron a ser las obras y las impresiones verdaderos alardes de perfección.

En Madrid el resultado de este perfeccionamiento tuvo su exponente en el taller de grabado establecido por la "Ilustración Española y Americana", que publicaba dobles páginas con grandes y limpias láminas difícilmente superadas después. Esta vez fué la invención de Niepce complemento del grabado xilográfico y burilado, ya que el arte de la ilustración llegaba a su mejor calidad aplicando directamente las pruebas fotográficas positivas. Las planchas, con tal aplicación directa, quedaban grabadas con una gran pureza de líneas.

Advino la cincografía. Se comenzó a realizar el dibujo sobre las planchas de aleación de cinc y se hizo operar los reactivos químicos a la manera de los ácidos en el arte del aguafuerte. En muchos casos la cincografía no lograba la nitidez y precisión del grabado en madera.

Pero también el grabado en madera fué envejeciendo hasta morir. La fotografía evolucionaba a paso de gigante y el fotograbado era un golpe mortal para el noble, sereno y concienzudo trabajo de xilógrafos y maestros del buril. El grabado, fotograbado, rotograbado, cuanto procedimiento ha hecho avanzar hasta nuestros días la ilustración, ha dado lugar a que todos los perió-

dicos se publiquen con más o menos fotografías y dibujos.

Al hablar en este capítulo de periódicos ilustrados nos referimos a los que en su época eran considerados como tales, a diferencia de los demás; los que constituyen la historia de la "revista", hoy tan caracterizada y diferenciada de la otra clase de prensa.

En España — y paralelamente en los demás países cultos — la multiplicación y perfección de las revistas no se detuvo un momento. Las principales aparecidas en el siglo pasado son: "La Revista Española", que nació en 1832, y en cuyas páginas se pudo leer la prosa memorable de Fígaro. El "Semanario Pintoresco Español", ya mentado, y donde Mesonero Romanos quiso imitar la factura de los "Penny Magazine" y "Magazine Pittoresque", contemplados por él en Londres y en París. "El Panorama", que vivió larga vida desde 1838. El célebre periódico romántico "No me olvides", donde colaboraron Zorrilla, Donoso Cortés y Campoamor. "El Museo Universal", "La Ilustración de Madrid" y "La Ilustración Española y Americana", publicaciones inspiradas todas en la que inició Mesonero Romanos.

En 1839 aparecen las revistas de espectáculos "El Entreacto" y la "Revista de Teatro", llenas de caricaturas y litografías y cuyos editores regalaban todos los meses con la suscripción un ejemplar de las comedias

más en boga de las representadas en los teatros madrileños.

Continuaba, mientras, manteniendo su primacía "La Ilustración Española y Americana", cada vez más perfecta en la presentación de sus láminas y más extendida la nómina de sus selectos colaboradores.

El único rival digno de este gran exponente de periódico gráfico era aquella "Ilustración de Madrid" que dirigía artísticamente don Bernardo Rico, uno de los más célebres grabadores de su tiempo. Era director literario Gustavo Adolfo Becquer, la resonancia de cuyas rimas había de conmover tantas generaciones. Entre la profusa belleza iconográfica asomábanse las firmas de quienes iban a perdurar con lo notable o lo ilustre de sus nombres: Pérez Galdós, Castelar, Echegaray, Amador de los Ríos, etc.

Las dos ilustraciones de que hemos venido hablando terminaron su leal y provechosa competencia, y celebraron sus bodas de fusión en 1872.

Siempre conviviendo con la revista resultante de la fusión mencionada se ve aparecer "La Ilustración Republicana Federal", adscrita a las ideas que reza el título y lanzada en 1871 por don Enrique Rodríguez Solís; "El Mundo Cómic", que hizo reír a nuestros abuelos desde 1872 a 1876; "El Periódico Para Todos", donde campeaban las plumas de los abundantes novelistas folletinescos Torcuato Tárrego, Ortega y Frías y Manuel

Fernández y González; la "Ilustración Universal", con una sección de música a cargo de Francisco Asenjo Barbieri; "El Globo", inspirado por don Emilio Castelar; "La Ilustración Católica", dedicada especialmente, excusado es decirlo, al culto y la religión; "La Ilustración Venatoria", con magníficas láminas referentes a la caza y la pesca; "Día de Moda", que en los primeros meses de su publicación estaba redactado sólo por una pluma: la de Eusebio Blasco; "La Ilustración Militar", iniciada en 1880, de tipografía muy esmerada; "Madrid Cómico", aparecido en 1881 y reaparecido en 1883, bajo la dirección del poeta y dramaturgo Sinesio Delgado, y muy bien aceptada por el favor público en gracia al gran plantel de sus colaboradores: Leopoldo Alas (Clarín), Taboada, Fiacro Irayzoz, Estremera, Jackson Veyan, Pérez Zúñiga, "Fray Candil", etc., en lo tocante al texto; Ramón Cilla, "Mecachis" y "Apeles Mestres", en lo concerniente a la caricatura y el dibujo.

Un buen alarde de litografía a todo color fué el semanario consagrado al espectáculo taurino, que en España es un aspecto de la atención nacional. Se llamaba "La Lidia" y se distinguió como publicación ilustrada por su doble página central de cromolitografía, que dibujaba casi siempre Daniel Perea, por orden del litógrafo don Juan Palacios.

Pasandó por "Las Ocurrencias", "Los Sucesos", "La Ilustración de España", "La Caricatura", "La Risa",

"Madrid Alegre", "El Pobrecito Hablador", de los hermanos Quintero, se llega a la aparición de "Blanco y Negro" en 1891. Esta revista significó un gran adelanto en el impulso que hubo de experimentar la prensa ilustrada española. Inauguró el empleo de la cromía y las cromotipias y el ejemplo de su bonísima acogida sirvió de estímulo para otras revistas que muestran el adelanto del periodismo gráfico, y que se pueden llamar contemporáneas. "Nuevo Mundo" se presentó en la villa y corte en 1894, fundado por don José del Perojo. "Mundo Gráfico", "La Esfera", con derroche de colores, formato y calidad de papel, y otras publicaciones todas de este siglo, de nuestros días, que corresponden al perfeccionamiento logrado por las artes gráficas en el mundo.

Como modelo universal de esta moderna clase de revistas podremos contemplar "L'Illustration Française", que ha recorrido el mundo entero, y cuyos números extraordinarios alcanzaron gráficamente las cimas de lo suntuoso.

Esta y sus semejantes son herederas o congéneres de las revistas, unas ilustradas y otras precursoras, en distintos países. La revista, técnica o informativa, siempre tuvo tendencia a que sus páginas ofrecieran ilustraciones que animasen el cuerpo del texto. Las viejas revistas de Europa tienen su principio en el "Gentleman's Magazine", inglés, de 1731; la "Eubauliche

Monantsunterre dungen", alemana, del poeta Juan Rist, de 1663; el "General Magazine", de Benjamín Franklin; la "Minerve Française" de 1818; el "Magazine Universal", parisiense, de 1833; la "History of Learning" y "Works of the Learned", inglesas, de 1691.

A principio de siglo en Alemania se publicó "Hoehland" y "Deutsche Kultur"; en Austria, "Oesterreichische Rundschau". El torrente de revistas de modas, principalmente francesas, repercutió en España con "La Moda Práctica", heredera de "La Moda Elegante Ilustrada" de 1840.

Si se quiere algún otro exponente de esta clase de periodismo, baste señalar la "Revue de Deux Mondes", francesa, y la catalana "D'Aci d'Allá", magnífico magazine de arte y cultura, de ilustración fastuosa aunque no de difusión popular.

Si deseamos citar un ejemplo de las modernas organizaciones que han constituido las editoriales de una serie de revistas, cabe elegir la correspondiente a la "Editorial Atlántida", en la capital federal argentina.

Vemos cómo desde la fundación, en 1918, de su primera revista ilustrada, por el admirable escritor Constancio C. Vigil, inspirada por su labor tenaz de alta cultura y pacifismo, se desarrolló la nave de su empresa. Cómo se dió vida a sus publicaciones "Atlántida", "Para Ti", "El Gráfico", "Billiken", "La Chacra", "El Golfer Argentino", a cuyo acierto se añadió una amplia y

bien orientada producción en la industria del libro. Todas estas publicaciones llegaron a ser verdaderos alardes del color, el arte y el adelanto gráfico en general en nuestro tiempo.

Una dotación perfecta de instrumental y maquinaria, siempre al día en los sistemas de impresión, se une a la organización ejemplar del personal y a su capacidad técnica y literaria para brindarnos un modelo del género de periodismo a que se refiere el presente capítulo.

LITERATURA PERIODISTICA

No es fácil establecer los justos límites de una clasificación del periodismo como género literario. La complejidad de un periódico moderno, la diferencia de calidad, densidad, forma y acento del material que publica, dificultan una delimitación, en este sentido, que abarque a todos los trabajos. En trance de calificar las características del género, empecemos por no confundir lo que físicamente aparece en una publicación periodística y lo que tiene el tono que convendremos en llamar periodístico. El hecho de que un trabajo, claramente dentro de otro género literario, aparezca en un periódico o revista no fuerza a que se le considere para este pleito de la clasificación. Y más aún, y recíprocamente — veremos el otro término de la reciprocidad, — el hecho de que unas páginas escritas con ese tono ágil y suelto que se ha caracterizado en los periódicos estén

materialmente en un libro no cambia su fisonomía literaria.

¿Pero cuál es verdaderamente esa fisonomía en uno y otro caso? Se puede hallar páginas literarias o poéticas en un periódico; se puede hallar páginas periodísticas en un libro. Luego, para llegar a esta apreciación, hay un matiz que diferencia.

Lógicamente, sólo hablamos aquí de los trabajos con estilo personal y no de los que con el modo de hacer un poco mecánico que impone la información completan el relleno de gran parte del periódico.

El tono o estilo periodístico propende a la síntesis, la agilidad, la amenidad, la emoción inmediata, la fuerza directa, y generalmente a la actualidad o actualización de los hechos. La frase rotunda, con toda la energía, la intención o el patetismo que se quiera, dentro de la mayor brevedad; la suma de los mayores elementos de interés en el más corto espacio posible; la calidad de cinta cinematográfica — acudiendo al símil más moderno — que hace desfilar con rapidez, pero nítidas, las imágenes sucesivas; la nerviosa búsqueda de lo que es palpitante, a través de cada párrafo, de cada línea, de cada oración... todo ello son cualidades del género periodístico.

No el descuido. No el desmedro, en gracia a la vivacidad, de la brillantez o de la perfección expresiva. Una y otra son perfectamente compatibles. Los ingre-

dientes legítimos de lo literario tienen cabida, y deben tenerla, en la literatura periodística. La imagen, el buen sonido, agudo, suave, bronco... como convenga al tema; el noble juego con los recursos flexibles hasta lo infinito que ofrece el idioma; la originalidad, el manejo de los efectos con diferencias de tono y audacias repentinas; la fuerza descriptiva... Ni uno solo de estos y otros ingredientes son ajenos a lo que escribe el periodista. Puede faltarle la gran serenidad, la amplitud calma que parece comunicar un valor de permanencia, un valor a veces ilustre, a otros tipos de literatura. El escritor sin ninguna supeditación a la síntesis comienza sus movimientos con pausada amplitud, como un nadador lento y firme a quien no se señalan limitaciones ni en cuanto a velocidad ni en la dirección o sentido de las parábolas que describe. La literatura así puede producir obras con la serenidad de un Partenón levantado o de las más insignes pinturas y estatuas. En el género periodístico no es esto posible. Pero es posible conseguir un documento en forma de relato o impresión, tan emocionante y vivo que acuse verdadero valor literario y maestría.

Muchos libros de reportajes, de biografías, de relatos novelados, escritos en los últimos tiempos, tienen el aire de la literatura periodística. Ocurre así con obras de Emil Ludwig, de Stephan Zweig, de Ilya Ehrenburg, de Paul Morand y de tantos otros. ¿Se escribe

un periódico con más ágil nerviosidad con que lo hace Ehrenburg en "Fábrica de Sueños"? ¿Las biografías noveladas, tan en boga, tendrían otro tono si fueran relatos publicados en la prensa? Casi todos los escritores y novelistas norteamericanos del día están en lo periodístico si nos atenemos a los deslindes que hemos logrado, afinando el oído y no sin esfuerzo.

Por otra parte, cuando Ortega o Unamuno publicaban trabajos en los periódicos, o cuando lo hacían otros escritores todavía más densos, no usaban el estilo periodístico.

¿Consecuencias a favor o en contra de los escritores en los periódicos? El escritor — una vez aceptada la diferencia de matiz — no tiene gran empleo, en opinión de algunos, en las redacciones. Su preocupación literaria — en opinión de algunos, decimos, — su sentido en la forma y el fondo, le aparta de la presteza, del golpe de vista indagatorio y audaz, de las rápidas cualidades con que llena cuartillas oportunas, veloces y precisas el periodista no literato. No parece el mejor este criterio. Los escritores, los más puros y preocupados, siempre tienen una aplicación en los periódicos. Sin una vocación y buen oficio literarios no hay buen periodista. Y sin duda lo más deseable será siempre el escritor periodista que haya domado sus posibilidades literarias y las haya encauzado por la síntesis y el sentido de la actualidad, del interés, de lo palpitante, de la hora.

La masa de lectores, y entre ellos los más indiferentes o de menos sensibilidad literaria, los más ignorantes, para decirlo por su nombre, perciben sin darse cuenta cuándo un periódico está mejor o peor escrito. Les suena bien en el caso positivo lo que están leyendo, y hasta lo que no comprenden del todo tiene una fuerza oculta que les seduce y les acerca a lo sustancial de lo escrito, y les estimula a pensar.

De todos modos, el periodismo como género literario, si se le contempla en los cauces de esta limitación señalada, tiene fisonomía y rango, dentro de las bellas letras, en cada época y en cada país.

Para algunos escritores, en todos los tiempos, el periodismo fué objeto de detracción, pues miraban con desconfianza y con mal ceño su abismo incansable y sus fauces nunca hartas dispuestas a devorar con la efímera vigencia de unos momentos la labor apresurada y agotadora. En general, los mismos que denostaban no desdenaron, llegada la ocasión, colaborar en la prensa.

Hombres como Balzac escribieron rudas diatribas contra el periodismo. "Si la prensa no existiera — dice rotundamente en un raptó de mal humor — habría que no inventarla".

Barbey d'Aurevilly pertenece al género de los escritores atados por mucho tiempo al banco de las galeras periodísticas, que luego se deshacen en lamentaciones por haber trabajado al descuido pretextando que así lo

exigía la naturaleza del vehículo en que escribían. "Quien se entrega al periodismo — clama — pierde en él su talento y coge sin sazonar el trigo de su gloria, si realmente era apto para recoger cosecha tan noble". No es seguro que nadie le obligase a escribir con desaliño o sin calidad las críticas literarias que hizo en los periódicos.

Mirabeau fulmina la literatura periodística, que considera contraria al arte y enemiga de ella. Dice que esta literatura es "hecha a la medida comercial del mostrador, arte rebajado hasta caer en el oficio más bajo, aspiraciones generosas ahogadas, incredulidades puestas de relieve, reclamos triunfantes pagados con dinero o con apretones de mano, con primacía sobre la verdad y amordazando a la franqueza..."

Contrariamente, son muchos, muchísimos, los hombres de gran talla que han hablado en elogio de la prensa. He aquí, culminante, un elogio de Bernard Shaw: "El periodismo es la más alta forma de la literatura".

Ocurre que muchos personajes de la vida política o artística, o de la vida en general, quedaron dolidos y rencorosos, maltratados por la crítica en los periódicos. Hay que interpretar la crítica en su verdadero valor. "Si la crítica es justa — ha dicho D'Alembert — y llena de miramientos, le debéis gratitud y deferencia; si

es justa sin miramientos, deferencia sin gratitud; si es ultrajante e injusta, el silencio y el olvido".

Y si se hace abstracción de lo escrito por error craso o motivos inconfesables, hemos de atenemos como regla general a lo expresado por José Martí: "Mejor sirve a la patria quien le dice la verdad, que quien exagera el mérito de sus hombres famosos"; es decir, la muestra de las lacras o heridas es más útil que el panegírico a toda orquesta como norma de comodidad.

Muchos han sido en su larga vida los defectos, yerros y pecados de la prensa, incluso en lo que atañe a vicios de expresión. Pero no hay obra de humanos que no tenga estas fallas. Sólo los sectarios "perfeccionistas" creyeron en la posibilidad de un mundo sin pecado, y parece que la creencia no tuvo muchos adeptos.

En resumen, y en todo caso, la literatura llamada periodística ha constituido un gran aporte al arte de expresar las ideas en general.

EL CONTENIDO HETEROGENEO

SON diversas y de contenido muy vario y sistemático las secciones que aparecen en un periódico y para las cuales se ha utilizado el heterogéneo original.

El "fondo" o "editorial" contiene la línea ideológica o de opinión en temas generales o particulares, y constituye en realidad el juicio subjetivo del periódico. Puede tratar los más vastos temas políticos o problemas del día de orden práctico, urbano, de conveniencia pública, etc. Es redactado por el director o por un editoralista, pero la dirección, empresa o entidad, se solidariza de antemano con el contenido. Su tono debe ser claro y rico de argumentos, con más concesión a la fuerza o eficacia polémicas que a la gracia literaria o periodística que reclaman otros trabajos. Un lenguaje depurado pero llano, sin muchas imágenes o artificios verbales, con el propósito predominante de persuadir o

convencer. Si el elemento polémico es negativo, el acierto reside en apurar las razones que demuestren el perjuicio o inconveniencia de la cosa combatida. Algunos grandes periódicos que llegaron a ser la voz autorizada en un país, y de una manera tradicional, alcanzaron resonancia nacional o mundial con sus editoriales. No pocos de esos fondos dieron la verdadera pauta de una opinión importante o decisiva en la marcha de los acontecimientos. Son un ejemplo los fondos del "Times", que influyeron decisivamente en Inglaterra sobre algunas decisiones nacionales.

Con la palabra "artículo" se ha designado ampliamente todo trabajo breve y sintético, con apreciaciones personales del autor. Pero se puede matizar lo suficiente para establecer las características de cada una de las maneras de estos trabajos. Queda así el artículo en sus verdaderos límites de versión personal — de más o menos originalidad — de un tema entre la variedad que ofrece la vida diversa. A condición de que se encare su aspecto y quede encerrado dentro de la síntesis, con cierta arquitectura de conjunto que tiene su principio y su fin en un sentido — por decirlo de algún modo — circular. El artículo debe tratar el tema del modo más concreto, y es preferible que el ángulo que se enfoca de la materia tratada sea reducido y apto así para ser expuesto o analizado en lo fundamental con la máxima precisión. La opción entre los motivos infi-

nitos, de que hemos hablado, no excluye esta cierta uniformidad de factura. Un ejemplo de las distantes clases posibles ofrécelo el viejo artículo de costumbres, tan del gusto de antaño, y en que se ejercitaron muchos de los famosos periodistas. Pinturas literarias en que lo emotivo de la expresión se combina con el *donnaire*, el garbo o la ironía. La arquitectura del artículo solía principiar por un título ingenioso o llamativo, a veces bajo un antetítulo de carácter general. Los artículos intencionados y costumbristas de Larra, "el pobrecito hablador", llenos de agudeza y espíritu sutil, pueden servir de ejemplo.

La crónica puede confundirse con el artículo, pero si realmente se matiza, observamos que tiene otro acento. Trata sobre todo de aspectos que se dan en las ocurrencias contemporáneas del que escribe, que se producen sobre la marcha. Forman un poco — si se van reuniendo — el inventario de las caras y facetas o interpretaciones de los días que se suceden. El comentario sobre lo actual es el objeto más típico de la crónica. Secciones como "Le match de la vie", que publicaba últimamente la revista parisiense "Match", dan buena idea de este género.

El reportaje, muy en boga sobre todo en el periodismo francés, participa de las calidades del artículo, la crónica, el relato, la información... Es una manera periodística y hábil de presentar con todo su colorido

trozos de vida y de ambiente. Desde un "Cómo se vive entre los penados de Cayena" o "Entre los buscadores de oro" hasta "Una jornada del Jefe del Estado", el reportaje puede versar sobre infinitas variaciones.

Los reportajes sensacionalistas del tipo de los publicados por Jack London tienen el sello de esta modalidad muy definida en los tiempos modernos. Sin que tales sensacionalismo y pintoresquismo sean el único tono ni excluyan el reportaje de serias y útiles finalidades. Los primeros reportajes — inauguración del género — aparecidos en el "Pall Mall Gazette", y debidos a Stead, sobre la trata de blancas en Londres, causaron escándalo y sensación, pero hicieron escuela.

La información por antonomasia, la información escueta, constituye hoy el servicio cablegráfico o de recepción de noticias por los más modernos medios de comunicaciones. Se publican estas noticias con una redacción clara y concisa con el texto suministrado por las agencias o con el giro con que las redactan los encargados de este trabajo, importantísimo y fundamental en el periódico de nuestros días. Estos cumplen también la tarea de titular. En un momento dado un buen título en la cabeza del periódico puede ser un éxito inapreciable en la edición. Las noticias suelen clasificarse de una manera simple en: locales, de la ciudad donde se publica el órgano; interiores, del resto del país, y extranjeras, de todo el mundo. En este terreno,

el éxito consiste en lograr que una noticia de interés aparezca con antelación a los demás periódicos o con mayor prolijidad de detalles en alguna de las ediciones. Es esta una de las secciones dentro del periodismo que más ha evolucionado con el transcurso del tiempo, ya que ha dependido de los medios técnicos en constante progreso, en incesante y casi diaria evolución.

Uno de los modos del periodismo, especialmente del periodismo moderno, es la entrevista personal, la "Interviú" o "Interview". Tanto que con el barbarismo se ha hecho en castellano el verbo interviuar. El periodista entrevístase con el personaje de relieve o con la persona que tiene interés para la curiosidad pública por no importa qué circunstancia. Un presidente de república, un sabio, un campeón deportivo, un gran músico, una bailarina célebre, un magnicida, un artista laureado, un delincuente famoso... El juego de preguntas y respuestas en cada una de las conversaciones con las personas de notoriedad ha de tener interés, amenidad, intención u hondura humana para ser una buena entrevista. La calidad de quien "interviua" — valga la palabra — se patentiza si uniendo a sus interrogaciones, a su agudeza al formularlas, la agilidad de su interpretación personal, y la simultánea evocación del marco y clima de la charla, consigue una pieza de buen periodismo. Casi siempre, cuando la personalidad del entrevistado no hace imprescindible la transcripción textual de las

respuestas, el periodista las amaña — en cuanto a la expresión — y les da forma. No tratándose de entrevistas sobre especialidades que reclaman palabras literales, se suele recoger sólo el espíritu de las contestaciones. Nada hay que decir de las muchas formas de declaración obtenidas de aquellos cuya cultura es inferior a la del periodista. Con frecuencia éste pone en sus labios frases que el interesado no hubiera podido hilvanar. Muchas veces ciertas personas de algún viso deben al que escribe sus más brillantes declaraciones.

Las modernas conversaciones de escritores-periodistas como Emil Ludwig presentan todos los caracteres de este modo. En ellas, y en otras de autores aún de más talla, el nombre del que entrevista atrae la atención del público casi en la misma proporción que el entrevistado.

La nomenclatura que empleamos se expresa en palabras castellanas, pero tienen correspondencia, aunque a veces no sea literal, en los principales idiomas.

Existe otra calificación, la "nota", que tiene algo del reportaje y de los otros trabajos de carácter subjetivamente personal de que hemos hablado. En algunos medios periodísticos americanos se hacen sinónimos el reportaje y la entrevista. Al "reportero" en algunos medios no se le concede el rango de primera importancia que tiene en el acervo del periódico.

La crítica también reclama su sitio en los grandes

diarios. Crítica teatral, bibliográfica, artística, cinematográfica, etc. En las redacciones bien dotadas hay un crítico especializado para cada una de las materias. La crítica debe ser una verdadera orientación para el lector, sin parcialidades ni apasionamientos. Cuanto mayor sea la solvencia, los conocimientos del crítico en la materia de su jurisdicción, más prestigio tendrá la pequeña zona del diario que se le reserva. No es verdad en este caso — ni en ninguno — que el periodista haya de fiar el acierto sólo a una como intuición u olfato profesional, sin que necesite mayor cultura. Aun fuera de estos aspectos tratados por especialistas, un buen bagaje intelectual es el que mejor conviene a quienes redactan la prensa. Obra de crítica bibliográfica como las célebres notas de "La vida literaria" de Anatole France en "Le Temps" nos muestran la buena calidad periodística del género. El craso error de France en cuanto a Zola no anula el excelente tono general de estas críticas. La crítica teatral de Enrique de Mesa, en Madrid, puede citarse entre un gran número de ejemplos.

Los corresponsales en el exterior y los corresponsales viajeros llenan otro de los cometidos del diario, ya que aportan a su conjunto la actualidad de lo sucedido fuera de la localidad donde el diario se publica, con una manera de expresión personal y con el valor que da a las informaciones haber conocido por presencia los hechos.

Los corresponsales fijos recogen a diario lo más saliente de cuanto ocurre en el lugar donde actúan. Los corresponsales viajeros pueden alcanzar la importancia de los grandes reportajes en países o regiones lejanos o en sitios en que las guerras, las catástrofes, los descubrimientos, los acontecimientos de gran magnitud brinden ocasión para la alta reseña de los hechos. Algunas de esta clase de corresponsalías, continuadas y sobre el mismo motivo, suceso o ambiente, han sido verdaderos modelos de literatura documental. Muchas empresas que se hicieron famosas en el mundo por sus peligros o sus resultados llevaban en su equipo el "enviado especial" de un diario que ayudó a darla a conocer y a que tuviera el rango que le correspondía.

En periodismo, la "campana" es una serie sistemática de publicaciones que versan sobre el mismo tema y que tiene por objeto el logro positivo o negativo de un propósito; es decir, propugnar o defender algo para que llegue a ser realidad o para que deje de tener vigencia o efecto. Una serie de trabajos con unidad temática no reciben el nombre de "campana" si no tienen ese tono combativo. Son memorables las campañas sostenidas por periódicos de todos los tiempos en todos los países y sus logros de diversa índole conseguidos: gobiernos derribados, nombradías artísticas levantadas, reformas sociales logradas, instituciones socavadas... y también, es verdad, reputaciones o entidades

abatidas sin merecerlo. Ello entra en el juego de las vicisitudes y las pasiones donde los hombres no siempre son justos ni completamente honestos — y mucho menos ecuanimes, — ni en el periodismo ni en ninguna manifestación.

En ciertos periódicos de rango — siempre hablamos con terminología española, o por lo menos castellana — se han incluido, aunque no diariamente, trabajos de colaboradores prestigiosos más extensos que el artículo ordinario, como pequeñas monografías sobre asuntos generalmente fuera de lo periodístico en el sentido de actual. Esto era el "folletón" y se destinaba a lectores que no se contentan con las noticias y la ojeada superficial o los comentarios. Filósofos, filólogos, historiadores han colaborado a veces en la prensa diaria en esta zona o rincón que les reservó.

El folletín es una institución muy vieja en los periódicos, que todavía subsiste en muchos. Es simplemente una novela que se publica a trozos diarios con una disposición tipográfica siempre idéntica dentro de la estructura de las planas. Con el infaltable "continuará" se buscaba un incentivo que atrajese al lector curioso para seguir la lectura. Se utilizaron en general novelas de mucha acción y movimiento de episodios. Novelas que se han hecho famosas en el mundo entero fueron publicadas primeramente en folletín: así ocurrió con la célebre "Sin novedad en el frente", de Remarque.

Muy en boga en los periódicos de principio de siglo y todavía conservada es la sección de Variedades o "Mesa revuelta", que con este mismo título u otro análogo — "Cajón de sastre" fué celebrado como un hallazgo — incluyen una mezcla de anécdotas, curiosidades, historietas, chascarrillos o notas humorísticas... La sección fué evolucionando y perdiendo el tono que en nuestros días se nos antoja pueril, pero subsiste adoptando diversas formas en los grandes rotativos de hoy.

La efemérides figuró en muchos diarios como una publicación breve y a menudo diaria, evocando por coincidencia de fecha episodios históricos. En algunos diarios que se jactaban de su antigüedad, la sección del tipo: "Hoy hace cincuenta años" insertaba una ojeada retrospectiva a la historia, día por día.

Las llamadas "firmas" o secciones fijas debidas al mismo autor llevan un título general e inmutable y con el área temática que impone ese título escriben los autores diariamente en ellas, sin perder su estilo y enfoque peculiar, sus comentarios. Ha sucedido el caso de cimentar todo un periódico su fama y favor en la "firma" acreditada y buscada de un periodista. Pueden servir de ejemplo, por lo muy leídos y celebrados, algunos de estos comentarios fijos en el periodismo español: "los Paliques" de Leopoldo Alas (Clarín), el "Plato del día" de Mariano de Cavia, y, más cerca de nosotros, las "Charlas al sol" de Félix Lorenzo (Heliófilo).

Se ha venido llamando "manchette" a una frase u observación breve, muy intencionada, compuesta con gruesa tipografía y publicada junto al título del diario, de manera que se lea sin hojear ni siquiera desdoblar el periódico. No tiene nada que ver con los titulares y es casi exclusiva de las publicaciones políticas o de las que perteneciendo a la gran prensa se hallan enroladas momentáneamente en un propósito político.

Otras muchas secciones constituyen el cuerpo completo de un gran diario. Páginas con informaciones "comerciales", "financieras", "marítimas", de "culto religioso", "meteorológicas", "universitarias", "sociales", de "movimiento obrero", etc., algunas de ellas supeditadas al tono del diario en los últimos tiempos de polarización ideológica.

La llamada "crónica social" era infaltable en los periódicos y revistas en los años próximamente anteriores a los nuestros, y hoy suele verse más reducida de espacio por la amplitud de las informaciones y acontecimientos generales. En los órganos de prensa regional o provinciana estos ecos han solido reclamar mayor atención, a fin de que ese detalle local que no se puede encontrar en el gran rotativo compense la inferioridad informativa. Fueron una muestra de esta sección los ecos de sociedad que redactaba en Madrid, Gil de Escalante, con el peculiar tono almibarado y convencional de este tipo de gacetillas.

El incremento y gran popularidad que han alcan-

zado los deportes impuso en los diarios secciones deportivas con páginas enteras para las noticias, reseñas y comentarios, y frondosas redacciones con personal especializado. Los cronistas y críticos de los deportes más en boga suelen tener un gran sector de lectores en su masa total.

El fútbol, las competiciones hípcas, el boxeo, el automovilismo y otras pruebas o reuniones deportivas que atraen multitudes de espectadores son objeto del periodismo deportivo. Sus redactores mantienen al día la actualidad referente a los diferentes géneros de "sport" como el tennis, la natación, el basquet ball, el polo, el golf, el ciclismo, el rugby, etc. En países como Norteamérica, donde casi todos los deportes tienen grandes masas de adeptos que llenan campos y estadios, la preocupación e información que corresponde a cada una de las variedades tiene más interés.

Si se exceptúan deportes como el fútbol, que en todas partes atrae multitudes de aficionados, las distintas variedades suelen gozar de más auge en tal o cual país. El ciclismo, por ejemplo, tuvo más importancia en Europa, y sobre todo en la afición deportiva francesa; los deportes de hielo y nieve, en las regiones físicamente aptas para su ejercicio. En España floreció un tipo de deporte, fiesta o espectáculo de características muy arriesgadas y especiales: la tauromaquia o corridas de

toros. Los comentaristas se llaman "revisteros", y fueron muy celebrados: "Dulzuras", "Uno al sesgo", "El barquero", "Sobaquillo", "Don Pío", "Don Modesto", etc.

También en la modalidad deportiva los cronistas con personalidad consiguieron un tipo de comentario ameno y ágil, jugoso y agradable de leer. Escritores de altura no desdénaron escribir reseñas deportivas e incluso taurinas, como ocurrió con Mariano de Cavia, en Madrid.

Diversos diarios, en los países de prensa evolucionada, publican con cierta periodicidad hojas anejas a la publicación, que constituyen los "suplementos". El más extendido es el suplemento literario, donde es costumbre que colaboren escritores ajenos a la casa o redactores con probadas aptitudes literarias fuera de lo estrictamente periodístico o actual. Los suplementos literarios deben huir de la actualidad "sensacional" y tratar aspectos de valor permanente, en contraste con el espíritu que informa el resto del periódico. Temas artísticos, históricos, literarios, narraciones, poesía...

En publicaciones periódicas de carácter definido las secciones incluidas pueden ser otras, pero estas son fundamentalmente las que integran el periódico ordinario.

XIV

OPINIONES Y JUICIOS

SOBRE el periodismo, su estructura, función y modo de expresión, han opinado muchos escritores y hombres eminentes. Bueno será incluir algunos retazos de sus modos de ver que hagan más completa esta ojeada a la vida y milagros del periodismo.

Don José Echegaray, el dramaturgo español, escribe así, refiriéndose al periódico: "El periodismo, en la trama de las sociedades, es como el sistema nervioso por donde circulan las ideas, así como las vías férreas son los canales por donde circula la sangre de la producción, como el telégrafo es otra red nerviosa del gran organismo, pero menos espiritual que la hoja impresa que la rotativa lanza por miles de millares en todas direcciones.

"Ved en los comienzos de la vida del protoplasma: sólo es aglomerado de moléculas vivientes, pero sin unidad ni concentración: la vida difusa, la vida frac-

cionada en pequeños núcleos. Y ved cómo a medida que el ser se perfecciona va brotando algo así como una tenue red de líneas de comunicación entre unos y otros de los pequeños centros: esfuerzos de la vida para concentrarse y subir a su unidad. Romper estas tramas nerviosas, que cada vez son más ricas y más perfectas, sería retroceder por toda la escala, desde el vertebrado hacia abajo, hasta caer de nuevo en el primitivo protoplasma.

"El periodismo recoge ideas, sentimientos, pasiones, crímenes o virtudes, en suma, esos mil hechos dispersos, esos mil latidos de cuyo conjunto brota lo que se llama la opinión pública; y de una manera más o menos perfecta, fundidos todos ellos en las letras de molde, les da salida para que vayan a todas partes y por todas partes se extiendan. Cada hoja de cada periódico es como la molécula circulante de la gran corriente nerviosa a que antes me refería: sistemas de corrientes que de este modo ponen en comunicación todos o casi todos los individuos de un país, como se ponían en comunicación cada dos granillos de protoplasma al convertirse la vida difusa en vida centralizada".

El gran estilista de la novela española, don Juan Valera, habla de este modo de la expresión periodística: "Es evidente asimismo que el periodista debe de ser literato, un literato de cierta y determinada clase. Pero, ¿se infiere de aquí que haya un género de literatura,

distinto de los otros, que pueda y deba llamarse género periodístico? Sobre esto es sobre lo que yo no estoy muy seguro, aunque si me inclino algo es a negar que haya tal género. Lo que distingue al periodista de otro cualquier escritor poco o nada tiene que ver con la literatura. La distinción que le da carácter propio es independiente de ella. Se llama periodista al literato que escribe con frecuencia o casi de diario en un pliego o grande hoja volante que se stampa periódicamente y se difunde entre el público, y a veces por centenares de miles de ejemplares. Cuando se logra que estos centenares de miles de ejemplares sean comprados y leídos, el periodista que dispone de ellos y escribe, dicta o inspira su contenido, no puede negarse que posee un instrumento poderosísimo para influir en la opinión, para modificarla.

“El libro es un medio de publicidad y el periódico es otro. De ambos medios se vale o puede valerse el escritor, pero no hay, en realidad, diferencia literaria entre ambos medios. De una serie de artículos se forma a menudo un libro, y de fragmentos o pedazos de un libro se hacen a menudo también no pocos artículos de periódicos.

“Tan cierto es lo dicho que no hay arte de escribir y de hablar donde, entre los diversos géneros de discursos escritos o hablados, se califique al periódico como género aparte. Hay poesía y prosa. La poesía es o puede

ser lírica, épica y dramática, con no pocas subdivisiones o especies híbridas, como elegías, sátiras, epístolas y fábulas. La prosa puede ser didáctica, o no didáctica, dirigirse a enseñar, a deleitar, o a ambos fines; puede ser narración verdadera o fingida, y llamarse historia, novela o cuento. En suma, y para no fatigar a nadie, ¿quién desconoce e ignora los diferentes géneros en que pueden dividirse los escritos, ya por los asuntos de que se trata, ya por la manera con que son tratados los asuntos? ¿Hay entre estos géneros modo de calificar, distinguir y separar de los otros, y determinar un género especial que llamamos periódico? Yo creo que no lo hay. ¿Cuántos son los tonos, géneros y maneras de escribir que caben en el periodismo? Y nada hay que no pueda insertarse con éxito en los periódicos, cuando la inserción es oportuna y atinada. La cuestión está en que venga a cuento o a pelo lo que se inserta, presuponiendo que no es malo o tonto, sino que es ameno o instructivo”.

Balmes, historiador de la Filosofía, alude al periodismo en su obra famosa “El Criterio”: “El temor de ser denunciados, el indisponerse con determinadas personas, el respeto debido a la vida privada, el decoro propio y otros motivos semejantes impide a menudo a los periódicos el descender a ciertos pormenores y referir anécdotas que retratan al vivo el personaje a quien atacan, sucediendo a veces que, con la misma exagera-

ción de los cargos, la destemplanza de las invectivas y la crueldad de las sátiras no le hacen, ni con mucho, el daño que se le podía hacer con la sencilla y sosegada exposición de algunos hechos particulares.

“Los escritores distinguen, casi siempre, entre el hombre privado y el hombre público; éste es muy bueno en la mayor parte de los casos, porque de otra suerte la polémica periodística, ya demasiado agria y descompuesta, se convertiría bien pronto en un lodazal donde se revolverían inmundicias intolerables; pero esto no quita que la vida privada de un hombre sirva para conjeturas sobre su conducta en los destinos públicos. Quien en el trato ordinario no respeta la hacienda ajena, ¿creéis que procederá con pureza cuando maneje el erario de la nación? El hombre de mala fe, sin convicciones de ninguna clase, sin religión, sin moral, ¿creéis que será consecuente en los principios políticos que aparenta profesar y que en sus palabras y promesas pueda descansar tranquilo el Gobierno que se vale de sus servicios? El epicúreo por sistema, que en su pueblo insultaba sin pudor el decoro público, siendo mal marido y mal padre, ¿creéis que renunciará a su libertinaje cuando se vea elevado a la magistratura y que de su corrupción y precocidad nada tendrán que temer la inocencia y la fortuna de los buenos, nada que esperar la insolencia y la injusticia de los malos? Y nada de esto dicen los periódicos, nada pueden decir,

aunque les conste a los escritores, sin ningún género de duda.

“Hasta en política no es verdad que los periódicos lo digan todo. ¿Quién ignora cuánto distan por lo común las opiniones que se manifiestan en amistosa conversación de lo que se expresa por escrito? Cuando se escribe en público hay siempre algunas formalidades que cubrir y muchas consideraciones que guardar: no pocos dicen lo contrario de lo que piensan, y hasta los más rígidos en materia de veracidad se hallan a veces precisados, ya que no a decir lo que no piensan, al menos a decir mucho menos de lo que piensan”.

El autor de un estudio bastante completo sobre la historia y función de la prensa, Georges Weill, de la Universidad de Caen, expresa lo que sigue a propósito de los periódicos: “Estas publicaciones efímeras, destinadas a desaparecer después de una rápida lectura, no inspiraban sino desdén a los escritores y a los sabios que hubieran podido ocuparse de ellas. Nadie pensaba en recoger, en conservar esas hojas frágiles, que tan fácilmente se deshacían, y de ahí que muchas hayan desaparecido. El gusto creciente por el documento, fenómeno del siglo XIX, cambió esta disposición de los letrados. Sainte-Beuve, uno de los primeros, con su curiosidad siempre alerta, escribía en 1839: “Está por hacer una historia de los periódicos... ¿Pero se hará algún día la empresa que yo propongo y supongo en

este momento, esta especie de "cuento de la lechera" que estoy terminando ante mi escritorio, esta historia de los periódicos, incluso con su manquedad y su inevitable inexactitud? Lo dudo un poco". Estos temores eran injustificados porque Hatin en Francia y Prutz en Alemania estaban, precisamente, comenzando sus estudios sobre la prensa. Verdad es que tuvo que correr algún tiempo antes de que todos los historiadores comprendieran la importancia de los periódicos. Ahora se busca en esas hojas, bien los hechos nuevos, bien la impresión que los hechos conocidos dejaban en sus contemporáneos. Más recientemente hemos visto nacer, en Alemania sobre todo, la "ciencia del periódico" (Zitun gswissenschaft), que tiene por base su investigación histórica.

"La historia del periódico es compleja y difícil porque no puede aislarse de la historia general de la civilización. Todas las grandes novedades políticas, intelectuales, económicas, técnicas, han tenido su acción sobre la prensa periódica. Consideremos, por ejemplo, sus principios. El espíritu del Renacimiento despertó el interés del hombre por todas las cosas humanas. Los grandes descubrimientos marítimos extienden esta curiosidad a los países lejanos. Las guerras del siglo XVI, sobre todo las guerras turcas, suscitan atención e inquietud. Si la imprenta proporcionaba el instrumento necesario para distribuir las noticias, la organización de

la posta con sus correos semanales creó las gacetas hebdomadarias. A la prensa y a los ferrocarriles de vapor se debe, en el siglo XIX, la facilidad de difusión de los diarios".

La obra de Weil está al alcance de los lectores de habla castellana merced al gran escritor y periodista español Paulino Massip.

En cuanto a cualidades negativas atribuidas a la prensa, como el descuido de la expresión y fomento de indiferencia por otras lecturas, escribía así el citado don José de Echegaray: "En toda labor humana la división del trabajo es ley suprema, y en la elaboración del lenguaje, si hay quien tiene la misión de velar por su pureza, hay quien tiene la misión de darle movimiento y vida y fluidez para que circule libremente. El transatlántico sin timón marcha mal, pero sin hélice no marcha. El idioma popular ha sido siempre el gran criadero de la pedrería lingüística, si se me permite la imagen; el idioma sabio y erudito ha sido, en cambio, y es, el que pule, abrillanta, borra manchas y saca facetas. Pues bien; el periodismo forma parte de la masa popular, de suerte que su influencia es indiscutible, pero al procurar que sea bueno no se le ha de privar de su carácter propio.

"Con gran frecuencia la musa pulcra y erudita crea hermosísimos monumentos; pero como monumentos que son, petrificados se quedan; de donde se construyan no

se moverán. Si la Naturaleza no tuviera más que montañas de jaspe, el planeta sería un prodigioso monolito de prodigiosa hermosura, pero muerto. Porque hubo lluvias que azotaron y barrieron; porque soplaron vientos; porque la piedra se desgranó y la arrastraron las aguas deshecha en tierra, por eso se formó la tierra vegetal; y por eso hay valles y arboledas y flores. El mármol inmóvil, para la historia o para las tumbas; la corriente que circula, para la vida”.

Y don Juan Valera decía: “No es cierto, como afirman, que el periódico satisface la curiosidad y el deseo de saber de no pocas personas, que consumen todo el tiempo que dedican a la lectura, resultando de aquí que quita al libro lectores y compradores. Lo contrario es lo que sucede. El que no lee más que periódicos, si no hubiera periódicos no leería nada. Y tal vez no pocos sujetos al leer los periódicos se sienten estimulados y deseosos de conocer mejor los asuntos que ligeramente se tocan en ellos. En la mente de estos lectores se despierta o se aviva el apetito de leer, y por haber leído periódicos acaban por buscar libros y por leerlos. Para estas personas los periódicos vienen a ser, y permítaseme la comparación gastronómica, algo semejante a lo que llaman sakuska en los banquetes rusos. En la antesala o sala que precede al comedor hay en una mesa multitud de entremeses picantes, como anchoas, caviar, salchichón y encurtidos, y hay, además, varios excelen-

tes licores, entre los que descuella el famoso kúmel de Riga. Los convidados, permaneciendo de pie, comen de aquellos manjares y beben una, dos y hasta tres copas, con lo cual, en vez de satisfacer o matar el apetito, lo espolean y lo aguzan. Así apercebidos y predispuestos, entran en el comedor, se sientan a la mesa, y ya con las fuerzas digestivas en plena actividad y con la calma y el reposo convenientes, toman la sopa y los exquisitos, sólidos y succulentos manjares que allí les sirven. Pues bien: *mutatis mutandis*, el que tiene salud y bríos mentales lee excelentes libros y digiere bien su contenido, ya que los periódicos han sido para su espíritu algo a modo de sakuska.”

Montesquieu en las Cartas Persas dice: “A fuerza de cuántas amarguras, de cuántos estériles tanteos y de cuántas renunciaciones ignoradas se ha ido labrando esta profesión que no tiene otra finalidad que la de desvivirse a toda hora y en toda circunstancia para saciar la inextinguible y muy justa curiosidad del público. Este suele ver solamente, y hasta envidiar también, el falso relumbrón exterior, que no es sino el reflejo momentáneo de un espejismo, al acudir el profesional, por obligación forzosa, a los lugares que son los focos mismos en que brota la luz, que ha de ir señalando los caminos de la vida en sus diferentes planos”.

Oigamos al agudo Larra, prototipo del gacetero escritor: “Un periodista es un ser bien criado, si se

atiende a que no tiene voluntad propia; pues sobre ser bien criado, debe participar también de cualidades de los más de los seres existentes: ha menester, si ha de ser bueno y de duración, la pasta del asno y su seguridad en el pisar para caminar sin caer en un sendero estrecho, y agachar, como él, las orejas cuando zumba en derredor de ellas el garrote. Necesita saberse pasar sin alimento semanas enteras como el camello y caminar con la frente erguida por medio del desierto. Ha de tener la velocidad del gamo en el huir para un apuro, para un día que Dios disponga lo que él no haya puesto. Ha de tener del perro el olfato para oler con tiempo dónde está la fiera y ladrar a los pobres, ha de saber dónde hacer presa y dónde quiere Dios que hincue el diente. Le es indispensable la vista perspicaz del lince para conocer en la cara del que ha de disponer lo que él debe poseer; el oído del jabalí para barruntar el run-run de la sonada; se ha de hacer, como el topo, el mortecino mientras pasa la tormenta; ha de saber andar, cuando va delante, con el paso de la tortuga, tan menudo y lento que nadie se lo note, que no hay cosa que más espante que el ver andar al periodista; ha de saber, como el cangrejo, desandar lo andado cuando lo ha andado de más, y cómo de esas veces ha de irse sesgando por entre las matas a guisa de serpiente; ha de mudar de camisa con tiempo y lugar como la culebra; ha de tener cabeza fuerte como el buey

y cierta amable inconsecuencia como la mujer; ha de estar en continua atalaya como el ciervo y dispuesto como la sanguijuela a recibir el tijeretazo del mismo a quien salva la vida; ha de ser como el músico, inteligente en las fugas, y no ha de cantarla contralto sino que escriba con trabajo; y a todo, en fin, ha de poner cara de risa como la mona. Esto con respecto al reino animal..."

Burla burlando, en esta glosa se ve cómo con el propio tema del oficio desenvuelve su caudal de escritor el articulista de periódico.

José Martí, verbo cubano, poetizaba: "El periódico ha de estar siempre como los correos antiguos, con el caballo enjaezado, la fusta en la mano y la espuela en el tacón. Al menor accidente, debe saltar sobre la silla, sacudir la fusta y echar a escape el caballo para salir pronto y para que nadie llegue antes que él. Debe, extractando en libro, facilitar su lectura a los pobres de tiempo, o de voluntad o de dinero. Hacer asistir a los teatros, como sentados en cómoda butaca, que este efecto hace una alineada y juiciosa revista, a los pobres y a los perezosos. Debe desobedecer los apetitos del bien personal y atender imparcialmente al bien público. Debe ser coqueta para seducir, catedrático para explicar, filósofo para mejorar, pilluelo para penetrar, guerrero para combatir. Debe ser útil, sano, elegante, oportuno, valiente. En cada artículo debe verse la mano enguan-

tada que lo escribe, y los labios sin mancha que lo dictan. No hay cetro mejor que un buen periódico”.

Y para terminar esta galería de juicios ajenos que refuercen cualquier interpretación propia, incluyamos estas palabras de Weill sobre el posible porvenir de la prensa: “Así, pues, el periódico goza de una popularidad universal, lo mismo en las clases superiores que en las masas populares. ¿Qué le reserva el porvenir? ¿Conservará la libertad que ha conquistado en gran parte del mundo? ¿O se convertirá en un servicio público bajo la autoridad del Estado como en Italia y en la Unión Soviética? ¿Será un simple centón de noticias volviendo, de esta manera, a la idea de Théophraste Renaudot, o seguirá siendo un órgano de propaganda y de discusión? ¿Será ahogado completamente su carácter político por su carácter comercial, o bien continuarán coexistiendo editoriales y anuncios? ¿Hay que creer, como algunos lo afirman, que la abundancia, a veces excesiva, de las informaciones, devolverá su crédito y su vitalidad a la prensa de opinión? Por otra parte, ¿encontrará el periódico nuevos competidores? Desde hace cien años ha sabido beneficiarse de los ferrocarriles, el telégrafo, el teléfono, la T. S. H. y empieza a utilizar el avión. ¿Conseguirá hacer lo mismo con los inventos más recientes? Desde hace poco los progresos de la radio han dado nacimiento al periódico hablado, luego hemos visto la aparición del periódico cinematográ-

fico. ¿No acabarán resintiéndose los periódicos impresos? He aquí otras tantas cuestiones que nos limitamos a plantear sin buscar, por adelantado, las respuestas que les dará el porvenir”.

GRANDES FIGURAS

Los hombres famosos que se han hecho periodistas y los periodistas que se han hecho famosos son incontables. Tanto los que escribieron la literatura periodística como los grandes fundadores y hacedores de la prensa.

Entre los primeros, baste recordar que Defoe, Addison y Swift se volcaron en las campañas periodísticas; que Prevost dirigió el "Journal étranger"; que Dickens fundó el "Daily News"; que Chateaubriand fundó el "Conservateur", y que casi todos los enciclopedistas escribieron en los papeles de vida periódica y volandera.

Grandes hombres de empresa, de energía fundadora fueron los que tuvieron las cualidades de Lord Northcliffe, que inicia con su esfuerzo la prensa popular en Europa; Pulitzer y Williams Randolph Hearts, que con Gordon Bennet crearon el colosal y sensacionalista pe-

riodismo norteamericano; o de Mitre y Martí, que en Hispanoamérica elevaron el periodismo a las cimas con su pluma o con su tesón. En España Alcalá Galiano o Larra son prototipos de una y otra en su señera actividad.

Campeones del reporterismo y el periodismo que podemos llamar militante son W. H. Russel, corresponsal de "The Times", o Crawford, del "Daily News". El atlético Forbes, que fué enviado a la guerra turcorrusa y reventó un caballo para cabalgar 200 millas hasta una oficina de telégrafos. Bas y Harding Davis, que pelearon cuerpo a cuerpo por una noticia. Paul Seguin, que fué asesinado durante sus labores reporteriles en un turbio café de Túnez. Olivier Pain, tumbado a tiros cuando iba a entrevistar al "mahdi" de Egipto. Fillion, que permaneció en el frente a lo largo de toda la campaña de Tokio y guerrilleaba con la célebre columna que tomó preso a Bac Ninh. Pognon, que abandonó el lecho gravemente enfermo para asistir a la toma de Plewna. J. Smith, a quien llamaron sus colegas "el rey del reportaje" y que hacía informaciones difíciles descolgándose por el interior de las chimeneas. Karl Deker, del "New York Journal", que logró libertar en la Habana a Evangelina Cisneros después de una peripecia de película con barrotes limados y persecuciones de novelón...

De todos los grandes reporteros, Juan Rowland, lla-

mado Stanley por su padre de adopción, es el prototipo de quien nos parece obligado hablar, como pauta de una actividad, en capítulo aparte.

EL EJEMPLO HEROICO

MERECER Stanley, ejemplo de todos los reporteros y periodistas, una breve reseña de sus hazañas y su figura.

Hallándose en Madrid, en 1869, en funciones de enviado para informar sobre los revueltos sucesos españoles, recibe un telegrama urgente del director de su periódico, el "New York Herald". Es una orden o indicación lacónica para que tome el primer expreso y vaya a París a entrevistarse con él.

A Stanley no le toman de sorpresa estos cortes bruscos de decorado. Termina con un par de frases su última crónica sobre el ambiente español, y recoge sus pocos bártulos de trashumante. Sus libros promiscuando con la ropa y algún pequeño objeto artístico. Se despide de unos amigos, corresponsales de diarios londinenses, que habitan en la calle de Goya, de algunos otros en la

legación norteamericana, y se va a la estación del Norte a esperar la salida del expreso.

El periodista viajero no puede vacilar. El mismo define esta tiranía: "Un repórter ambulante debe saber sufrir. Como el gladiador en la arena, tiene que estar presto al combate; un momento de vacilación o de duda y está perdido. El gladiador va al encuentro del hierro que está dirigido contra su pecho; el repórter corre al encuentro de la orden que puede conducirle a la muerte. Festín o batalla, siempre es la misma fórmula: prepárese y salga".

En París encuentra a James Gordon Bennet, el director del "Herald", en su cuarto de un lujoso hotel. Le recibe mientras se levanta confianzudamente.

—Hay un trabajo muy importante para usted.

—Siempre me tiene listo.

—Somos varios los que creemos que no ha muerto Livingstone.

—Livingstone... El viejo explorador ha demostrado que sabe en Africa el terreno que pisa, pero puede haber sucumbido.

—Yo creo que no, y en todo caso, hay que averiguarlo. Usted va a encontrar a Livingstone si está vivo.

—Pero esa es una aventura novelesca y costosísima.

—Eso es una misión del mejor enviado del "Herald", que, tengo la certeza, no la ha de rechazar.

—Se trata de un viaje al centro de Africa... donde,

por otra parte, pueden vivir seres humanos. Bien; deme sus instrucciones, y partiré cuando usted quiera.

Pero el viaje de Stanley ha de aprovecharse con brillantes cometidos reporteriles en exóticos lugares visitados antes de internarse en Africa y que ofrecen vasto panorama para un cronista.

Poco tiempo después de tal entrevista — y siguiendo el itinerario marcado por Bennet — el periodista asiste a la inauguración del canal de Suez. Luego remonta el curso del Nilo y se entrevista con Higgibonthem, jefe de mecánicos de la expedición Baker hacia el alto Egipto. Llega a Jerusalén y conversa con el capitán Werren a propósito de sus trabajos arqueológicos. Allí tiene ocasión de contemplar, en el fondo de una de las excavaciones, las huellas de los obreros de Tiro en los cimientos del templo de Salomón.

En Jerusalén, la ciudad bíblica y batallada, llega a conocimiento y amistad con un joven árabe cristiano llamado Selim, a quien contrata para servicios de intérprete y que le servirá luego, a lo largo de su gran odisea africana, de acompañante adicto e incondicional. Una mezcla de servidor respetuoso y amigo de confianza de los que andando por los caminos de la aventura tienen la mayor eficacia y la utilidad menos sustituible.

Se le ve luego en las mezquitas de Stambul, y poco más tarde recorriendo Crimea en medio de las batallas que allí ahora tienen lugar. Visita en Tiflis al barón Ni-

colay, gobernador general del Cáucaso, y al embajador de Rusia en Teherán; cruza Persia, escribe su nombre en uno de los ilustres monumentos de Persépolis y llega después a la India.

Todo este desfile de paisajes y colores, de cambios de arquitecturas y de gentes, paraíso fantasmagórico del periodista y del observador, impresiona como una cinta mágica su retina, y le da un material para redactar correspondencias de interés vivo y cambiante color.

12 de octubre de 1870. Embarca en Bombay hacia la isla que ha de servirle de última etapa de tránsito, hasta Zanzibar, verdadero arranque de su hazaña. El viaje a bordo del "Polly", lentísima y mediocre embarcación, se prolonga mucho más de lo previsto, y sólo el 6 de enero de 1871 se encuentra al fin en Zanzibar, con un ayudante, Farkuar, y Selim, el joven árabe bautizado.

He aquí que los pies están en el verdadero punto de partida. Livingstone los puso en el mismo sitio y desde esta misma tierra partió su gloriosa aventura de abnegado y de sabio, hasta las fauces negras de las extensiones africanas que se cerraron con hosquedad sobre el misterio de su suerte.

Una vez en el corazón de Africa, a través de los caminos angustiosos y heroicos, soberbios de decoración, largos como la desventura, los episodios que ponen en peligro las vidas y que matizan de capítulo de gran empresa el viaje son tan numerosos y varios que narrarlos todos

constituiría un cronicón de temibles proporciones. Muchos son semejantes y en la narración adolecerían de aire monótono. Situaciones, observaciones y trances alegres o dramáticos que jalonan la audaz aventura.

La gran mayoría de los trayectos son penosísimos de recorrer. Si se trata de una colina sembrada de arbus-tos espinosos que desgarran las ropas y las carnes, esta dificultad suele estar aumentada por los grandes desprendimientos de macizos terrosos que arrastran a quien se ha hecho firme sobre ellos. El paso de los ríos que arrastran aluviones de maderos como enormes sarcófagos rodeados de espuma espesa agota el esfuerzo para varias jornadas. El tendido de un puente, por donde sólo acróbatas europeos se atreverían a pasar, pone a contribución las máximas energías. Las grandes extensiones de caminar anfibio son otras de las grandes penalidades. Un bosque puede sostenerse lo mismo sobre tierra firme que sobre lagunas donde el agua, a través de muchos kilómetros, da por las rodillas o por la cintura. Los guías y expertos que conocen algo del país señalan los lugares donde se recuerda cómo una caravana de tratantes de marfil o esclavos desapareció con treinta o cuarenta hombres, y otras tantas acémilas, sin que la tumba de lodo cerrada sobre ellos se abriese jamás.

Sólo las llanuras de los valles amenos cubiertos de yerba fresca y verde, abundante de animales que re-

tozan en manadas, son un alivio y un gozo de la vista y los pulmones para caminar.

Caminar, avanzar. He aquí los verbos que Stanley se ha propuesto, mientras el alma tenga un soplo de aliento en su cuerpo, seguir conjugando. La marcha, a despecho del que sucumba, es implacable.

Por fin encuentra al viejo e ilustre sabio que busca. La escena es sobria y emocionante.

Stanley hace un esfuerzo para tener firme la palabra. Gentes de otras razas le contemplan. Alza el sombrero.

—¿El doctor Livingstone?

Sonríe éste y se quita a su vez la gorra.

—Sí, yo soy.

Se aprietan las manos.

—Doy gracias al cielo porque me ha permitido que os encuentre.

—Muy contento yo de hallarme aquí para recibiros.

Y la pregunta con derecho a prioridad tiene que ser la del hombre desterrado en la selva:

—¿Qué pasa en el mundo?

Radiante el periodista por servir en algo al explorador desde el primer momento, le ofrece a la memoria una síntesis de los principales acontecimientos que el viejo sabio ignora: apertura del canal de Suez, terminación del ferrocarril del Pacífico, presidencia de Grant en los Estados Unidos, expulsión de Isabel del trono,

asesinato de Prim, libertad de cultos en España, desmembración de Dinamarca, entrada del ejército prusiano en París, derrota de Francia...

Cumplida su misión y después de la célebre polémica con los sedentarios miembros de la Sociedad Geográfica que le acusaban de impostura, en Inglaterra, en Norteamérica y en todo el mundo civilizado el nombre de Henry Stanley se hace de pronto famoso. Todos los periodistas del universo se ponen unos días al servicio del periodista. Ninguna publicación ve la luz sin sus aventuras, su éxito, sus penalidades y su nombre.

Un extraño fenómeno se opera luego en su ánimo. Poco a poco, como un líquido que fuera ganándole las venas, le invade la nostalgia de Africa. Comienzan a alejarse de su memoria los sufrimientos, los peligros, los sinsabores. Sólo queda con suntuoso y magnífico recuerdo la grandeza de la evocación. Sólo el recuerdo de las fortísimas impresiones, de los grandes paisajes, de los pormenores de hondo interés. Las llanuras como esperanzas infinitas, inmensas de cielo incomparable. Los bosques de cerrazón terrible. Los árboles ciclópeos, de vejez ilustrísima. Las aves atronadoras y fastuosas de color sobre el cristal impoluto de las lagunas. La flora de riqueza anonadante. La imponente naturaleza que hace sentir el poderío incontaminado de la creación, la pequeñez del propio ser. El diluirse extático ante un

río indomable o una puesta de sol. El paso y el ruido fosco de la fauna.

Muere en 1903 a los 62 años. Domador de vicisitudes, de dificultades; dominador de la naturaleza y sus más hoscos misterios, triunfa sobre las ingratitudes y las incomprendiones humanas, dejando el rastro fecundo de su obra.

Mecido por la memoria de los grandes lagos, su espíritu abandona la áspera tierra de los civilizados y los salvajes, donde los hombres no tienen el alma con la tersura de aquellas aguas transparentes en el augusto silencio.

Su tumba debería haber sido — pocos tienen la tumba que les corresponde — la maleza brava al pie de un gigantesco baobab; o una piragua cavada en un tronco de árbol y balanceándose por siempre en el curso del río africano más lento y más majestuoso.

La sociedad no le ha tratado bien en la vida, pero la naturaleza grande sí. Con ella, a pesar de sus zarpazos, se confesó en la quietud gigantesca de los paisajes.

Muchos años después de haber dejado el gran explorador de existir se le reconocerán méritos bastantes para que recibiese ese espaldarazo a la muerte de calidad que consiste en alojar en la Abadía de Westminster un difunto.

Pero ya será tarde, y el hecho no perjudicará nada a los huesos y el polvo del repórter heroico que repo-

sarán más tranquilos, más recoletos y apartados, en Surrey, donde ha de verse la placa modesta con la inscripción funeraria:

Henry Morton Stanley

1841-1903

Bula Matari

Africa

Africa. Palabra misteriosa y rotunda. Un hombre ha ido a la madriguera indomable de sus secretos para arrancarle los más valiosos. Sus pasos se han borrado en la espesura que borra también la brecha poderosa de los elefantes. Pero estarán siempre vivos en la historia de los sacrificios fecundos. Su historia es la historia de un hombre: un hospiciano, un fugitivo, un grumete, un explorador, un periodista.

XVII

ANECDOTARIO

Si el periodismo, a lo largo de su vida ya secular, fué abundante en hombres famosos y hasta mártires, no lo es menos en anécdotas y curiosidades, unas dramáticas, otras peregrinas y otras de gran comicidad, hijas sobre todo de la precipitación al imprimir.

Al azar, espigando muy brevemente en campos diversos, enumeremos algunas que sirvan de muestra a la extensísima variedad de las restantes.

*

La hija de Felipe II, mientras leía a su padre una hoja de los primitivos "avisos" se enteró, con asombro, de su boda con el Gran Duque de Toscana.

*

Una de las primeras voces serias que se alzaron con-

tra la censura en los periódicos fué la de Milton, que impugnó por este motivo al Parlamento inglés.

*

En 1665, Carlos II de Inglaterra prohibió la entrada en Oxford de los periódicos londinenses por temor al contagio de una epidemia.

*

En tiempo de Napoleón, Savary, el ministro de Policía, organizó para distraer a los discutidores políticos una polémica periodística entre dos clases de partidarios: los de la música italiana y los de la música francesa.

*

En un periódico fundado por Canosa, ministro del duque de Módena, se atribuyó a los liberales italianos la organización de un temblor de tierra.

*

El periodista Jules Janin describía a Carlomagno dirigiéndose a las Cruzadas, y habló de Abelardo huyendo de Luis XI. Se refirió a la "isla" de Smyrna y dijo que el Ródano cruzaba por Marsella.

*

El enviado en París de "Kolinsche Zeitung" en 1888 describe los funerales de un miembro de la Comuna

y cuenta la llegada de "Ataúd", creyendo que era un personaje.

*

En España, el conde de Romanones adquirió el diario "El Globo" y el corresponsal de un periódico de Zamora telegrafió: "Romanones comprado Globo. Dirigiralo Francos Rodríguez". La noticia se publicó así: "El ex alcalde de Madrid señor conde de Romanones ha adquirido un magnífico globo, que dirigirá el conocido aeronauta capitán Francos Rodríguez".

*

Encontrándose gravemente enfermo un hombre público en Madrid, se publicaban noticia tras noticia de este tono: "Hoy experimentó el Sr. Z una ligera mejoría". "El estado del Sr. Z es desesperado". Así en continua alternativa. Cuando murió, la "Correspondencia de España" empezaba de este modo la gaceta: "Por fin ha fallecido el señor Z..."

*

En "El Correo" el periodista Farreras escribió un día: "Digan lo que quieran los termómetros hoy ha hecho mucho frío en Madrid".

*

Es proverbial lo publicado en "El Diario de Barcelo-

na" al noticiar un descarrilamiento: "Afortunadamente casi todas las víctimas eran de tercera clase..."

*

Se editaban en una misma imprenta varios periódicos de los más diversos matices. Los redactores de los distintos elencos se atropellaban entre sí, y había un trasiego en que los moldes de plomo iban y venían en manos de los operarios. Un día, en la confusión, encajaron el artículo editorial de un periódico anarquista en otro que era órgano de la Cámara de Propietarios. El artículo se publicó y se titulaba: "La propiedad es un robo".

*

Desde el episodio que marca una nueva etapa en el periodismo, pasando por el trágico o el divertido, todos contribuyen a un anecdotario en pocas actividades tan extenso como en ésta.

Junto a los aciertos, los errores y las "monstruosidades" son infinitamente numerosos y no es raro si se tiene en cuenta la cantidad de periódicos que se publican y su extraordinaria diversidad, ya que al lado de los órganos corrientes de información y opinión se publicaron siempre infinidad de ellos de tipo especial: de deportes, de filatelia, de agricultura, de ajedrez, de emigrados políticos, de colonias extranjeras dentro de cada país, de negros, de sectas, de grupos confesionales,

de los frentes de batalla en las guerras, de toda entidad, núcleo o manifestación que se ha asomado a la lucha o simplemente a la vida — puede decirse — sobre la faz del mundo.

VIBRACION CONJUNTA DE UN DIARIO

VEAMOS cómo reacciona y pone en movimiento y tensión todos sus órganos la gran máquina en un día de intensa actividad. Un día en que la noticia sensacional conmueve hasta el último nervio del periódico. Es una de esas noticias que señalan un acontecimiento de índole internacional capaz de producir no sólo sensación sino cambios o vuelcos en la política o en la marcha de países enteros, de una parte del mundo o de la marcha de éste. La noticia ha llegado cuando nadie la esperaba, o cuando ya se olvidó su posibilidad.

Antes contemplemos la génesis de la noticia misma. Supongamos que se trata de un magnicidio, el asesinato de un monarca o de un jefe de Estado cuya muerte debe traer consigo una vasta complicación o una gran trascendencia de orden internacional. Algunos periodistas — enviados especiales — acompañaban al séquito.

El atentado se consumó en plena carretera tiroteando audazmente al automóvil. Entre el humo, el revuelo, la agitación, junto al muerto que cierra los ojos, se halla el periodista. Corre a la oficina de Telégrafos o Teléfonos en un automóvil con el cuentakilómetros cerca de estallar. Consigue pasar el lacónico pero enjundioso despacho con destino a la Agencia en que trabaja. Trasladémonos al diario: en las mesas de los redactores cableros suena el teléfono como tantas y tantas veces. Perezosamente, por la rutina del oficio, el jefe de cables toma el aparato. De pronto su rostro un poco abúlico se transfigura por la sorpresa. La emoción del oficio aflora en el brillo de los ojos y en la expresión indefinible.

—Diga, diga... ¿Es posible? No, no puede ser. Pero, ¿hay confirmación? ¿Van a enviar el cable? ¿Que está en camino?

La agencia, primer receptáculo de la noticia, ha recibido el cable o el radiograma. Los traductores se han apresurado a verterlo del idioma original, si no es el del país en que trabajan. Ante lo trascendental de su breve texto han reconcentrado los cinco sentidos de su atención para que no sea mal interpretada ni una sola de las palabras...

En el diario, el jefe de cables, personalmente esta vez, y seguido de una estela de interrogación de los redactores desde sus escritorios, va hacia el despacho del

redactor jefe. Ambos en seguida se trasladan a la Dirección. Una vez allí, el director traza el rapidísimo plan y comienza el zafarrancho de combate.

Trajín de ascensores. Voces de impaciencia. Hasta el último mozo del "buffet" y el último ascensorista han notado un clima de nerviosismo informativo. El director imparte las órdenes a los secretarios de redacción y se planea lo fundamental en tomo a la noticia: la orientación pertinente a los comentarios según la que rige en el periódico, las circunstancias del país, el juego de las tendencias... Es difícil que una noticia así pueda revestirse de un carácter exclusivamente informativo y no tenga una repercusión en la línea más o menos tradicional, más o menos política del diario. Nosotros hemos de suponer para una visión abstracta que las posibilidades del periódico se aplican sólo a la tarea objetivamente informativa.

El cable ha llegado y confirma plenamente la noticia. En otros diarios, en otros círculos, se tiene la información, el atisbo o el olfato del acontecimiento. Los timbres de los teléfonos percuten simultáneos con su estridor. Algunos de una mesa olvidada insisten y ensordecen con su tenacidad. El redactor jefe o secretario general dispone en una hoja como un plano de operaciones una rápida síntesis con los elementos que han de integrar la edición extraordinaria. Esta vez no importa acumular material cuyo sobrante sea utilizado en

sucesivas ediciones. Los ayudantes del secretario, los que han de armar el periódico, rodean a este atareado jefe de Estado Mayor. El cual encarga artículos, glosas, y ojeadas retrospectivas, a los redactores calificados para tal cometido. Veloz y nerviosamente, pero con precisión y acierto, con vibración periodística, tienen que ser redactadas estas notas que los talleres reclaman y que son arrebatadas de las manos de quien las escribe. Es uno de los casos en que se pone a prueba las disposiciones del periodista. El escritor-periodista suele también construir sobre la marcha alguno de estos artículos a veces extensos, aunque preferentemente recibiera la orden de redactar trabajos sobre el mismo tema, con cierto margen de tiempo y minuciosidad, los cuales no hayan de ser devorados tan inmediatamente por la edición que dentro de unas horas ha de saltar a la calle. A veces la previsión de los secretarios ha hecho redactar y hasta componer con anterioridad trabajos en torno a la índole de la noticia que se perfilaba posible en el horizonte. Si la nueva no responde a lo previsible, lógicamente no se ha podido utilizar este recurso.

El archivo, que no es sólo almacén de las reiteraciones sobre el mismo tema, desempeña un papel eficaz en estos casos. Si tiene buena organización, en un instante abrirá sus clasificadores y carpetas con valiosos y bien seleccionados antecedentes sobre el tema o la persona o per-

sonas a que corresponde la noticia. Aparece una gran baraja de datos y grabados donde está inventariada la vida o referencia de las figuras en cuestión. Las mesas de los secretarios y de los redactores se llenan de abanicos desplegados con las efigies, en todas las actitudes, en cien trances y momentos, de quienes llenan la actualidad. Todo se ha poblado de esas figuras, sólo suenan sus nombres y la ortografía de éstos se repite en voces de una mesa a otra, de una dependencia a otra, en órdenes y contraórdenes como en un gran barco en que se maniobraba un día muy crítico con palabras fijas de una consigna.

El jefe de la sección de dibujo ha sido llamado también, y el grupo de dibujantes, retratistas, retocadores, caricaturistas, espera indicaciones y encargos. Se trata de una composición alegórica, o de las cabezas de los títulos "sensacionales", o de mapas o gráficos, que ha de resolver quien se halle dentro de la especialidad. Dominadores del lápiz, del tipo de Pedro Rojas, popularizado en el vespertino "Crítica" de Buenos Aires, se encargan de reconstrucciones a pluma donde el trazo que marca el pulso sin vacilaciones no puede ser rectificado.

El tecleo de las máquinas de escribir arrecia como un granizo furioso. Se envía la concisión de la noticia a las pizarras, que existen en el frente del edificio. Pronto se nutrirá la media luna de público ansioso de

detalles ante la pizarra y no faltarán los aspavientos de los polemistas.

Los primeros artículos, las primeras informaciones y referencias, están listos. Actúan los tituleros, los cuales han de dar la sensación y la fisonomía a las páginas del periódico. En muchos órganos de la prensa moderna los títulos han de tener justamente el número de letras que corresponde a un espacio a llenar y a las proporciones de los caracteres. Elegir el titular sujetándose a esta medida y con el máximo interés para que su síntesis clara sea un grito eficaz para la atención del lector es un arte que tiene sus secretos.

Quedan elegidos los tamaños y nombres de los tipos para los titulares y esta vez por el gran acontecimiento suele hacerse uso, sobre todo en los vespertinos, más sensacionalistas, de caracteres muy por encima del tamaño ordinario. Los tipos pueden elegirse con arreglo a una nomenclatura muy frondosa que pertenece a la terminología de artes gráficas, pero casi siempre, cuando no se indican de memoria, tiénese a mano un catálogo con los números correspondientes a cada familia de letras y a cada tipo. Basta señalar el número simplemente.

Los "reporters" o reporteros han salido ya a la búsqueda de referencias y entrevistas que tengan conexión con el acontecimiento. Una interviú oportuna, todo lo ligada que sea posible al hecho, puede ser un éxito del plan general.

Con los reporteros hay despliegue de fotógrafos que también van a tratar de sorprender aspectos de estas conexiones. Una buena nota gráfica, conseguida a costa de vicisitudes y a veces con penalidades y ruegos, es el complemento más preciado de la información.

El original, por los tubos automáticos y a paso de carga de ordenanzas, sube al taller. El gran laboratorio de la imprenta principia su múltiple dinamismo. Los tipógrafos están atrincherados cada uno en su puesto. Arremangados o con hombros y brazos desnudos, ágiles en el traje de faena, cubren las filas de su turno. El regente de imprenta ayudado por el subregente se halla en el puesto de mando. Va el original a las linotipias, y al conjuro de las teclas oprimidas la trabazón de largos miembros distienden sus movimientos precisos, manejan como grandes pinzas de insectos fabulosos el plomo brillante, los tipos, los renglones... Las galeradas de plomo caliente aprietan sus formaciones rectangulares, los ladrillos limitados por limpias aristas que ofrecen a un tiempo la solidez y la fragilidad, y que cualquier movimiento de manos no tan avezadas descompondría como un castillo de arena. De esa calidad temblorosa y concertada al mismo tiempo nace el expresivo verbo "empastelar", que se aplica al hecho de descomponer tal armonía. Se ha ordenado primero la composición, y ahora los galerones ofrecen las pruebas. Las tiras rezumantes de tinta con olor fresco donde la composición

se puede leer, no con mucha más claridad que los veteranos del taller leen la inversión en el campo visual que ofrecen las líneas en el plomo.

La corrección, el cuerpo de correctores, entra en actividad. Las galeradas pueblan sus márgenes de signos cabalísticos que rectifican los errores de la linotipia. Los buenos correctores no rectifican solamente estos yerrores, sino los que constituyen deslices en el idioma, en la ortografía o en lo lógico de la redacción aunque provengan del propio original escrito con la rapidez obligada que sabemos.

Los obreros tituleros componen los titulares con tipos de caja que se funden después de esta operación. Se pone en actividad toda la colmena de la imprenta. Un día así es fácil que el redactor jefe y hasta el propio director o subdirector vayan al taller e influyen con decisiones directas y de momento en la labor.

Armadores, aviseros, intercaladores, matriceros, maquinistas, peones de máquina, fundidores, están manos a la obra o esperan a su vez.

El taller de grabado asimismo ha colaborado a toda prisa en la obra total y ha despachado los pedidos señalados a tantas o cuantas columnas como destino a dar vida e imagen al prieto mosaico de letras que se hacinan en cada plana.

Los redactores que tienen que armarlas disponen y combinan como los azulejos de un paisaje complicado

las columnas, recuadros, corridos, pedazos de columnas, que se descuartizan y se repliegan hacia páginas posteriores. El conjunto ha de cohonestar las necesidades y prioridades de cada información y la cara del periódico con arreglo a una estética especial. Esta preocupación se acentúa tratándose de la primera página y también de la última. En los periódicos de composición movida, en los modernos rotativos de sensación, esta "primera" ha de hablar y cantar: ha de llenar la calle al desplegarse; ha de asir al público callejero por las solapas y sacudirlo y atraerlo. Ha de tener una armonía singular aunque parezca para alguien la armonía de lo disparatado. En los grandes órganos cuya cara tipográfica, casi inalterable, es una tradición, apenas existen estos problemas.

Abreviemos, porque la edición se consume en prisas por salir. Como formas mágicas de una maravillosa alfarería, las planas armadas caminan sobre las mesas rotantes. La rotativa ha distendido sus músculos y mandíbulas poderosos y entra con fragor en plenas funciones. Como un terrible animal poderoso sacude sus cartílagos, sus planchas y sus dentaduras. Toda la pujanza de su canción de acero entrechoca las sílabas de sus monótonos estribillos. Las hojas y las hojas y las hojas son escupidas por la regularidad incansable de su resuello. Se puede cazar en el torrente una de ellas, y ver húmeda y palpitante como un corazón caliente la

obra acabada. El personal de máquinas, brigada de la máxima importancia, cumple su cometido.

El periódico está hecho y va a los veloces tramos de la expedición. De los empaquetadores al dominio erizado de dedos de la venta o reventa. Los capataces y encargados de recorridos prodigan las últimas órdenes antes de quedar lanzada la edición al piélagos encrespado de la calle.

Cada recorrido fijo tiene su encargado y su línea está jalonada por los vendedores que ocupan sus puestos de las esquinas estratégicas, y aguardan con exactitud inalterada que pasen los veloces camiones donde se les lleva su ración. Su ración es el número de ejemplares que de ordinario reciben y venden.

En una ciudad grande, en una capital de primer orden, toda esta operación, hecha metódicamente pero salpicada de gritos y golpes de "claxon", queda realizada a todo tirar en media hora.

El vendedor, "diariero" en algunos países de habla castellana, "canillita" en otros, como la Argentina; "periodista" en México, es designado en distintos idiomas con nombres de argot familiar. Suele adquirir los diarios, en cada recorrido, por poco más de la mitad de su precio de venta; es decir, seis centavos o centésimos, si es de 10 centavos o centésimos el costo para el público. Devuelve los ejemplares que no ha podido vender,

con lo cual eliminan el albur de un riesgo que pudiera ser fatal en su pequeña economía.

En muchos grandes diarios hay un revendedor general o contratista de toda la reventa.

Algunos de los diarieros venden su sobrante a quien se ocupa de ir comprándoselos por sus esquinas y sitios habituales, que desempeña esta ocupación ateniéndose a un pequeño margen de ganancia.

En el gran enjambre de los canillitas — digámoslo con este término argentino — tienen cabida ocasional todos cuantos lo deseen. Puede acercarse por su manejo de diarios, el sin trabajo, el desocupado a ciertas horas o todo el día, el hombre joven, el anciano, la mujer, el mozalbete, el niño...

Sólo este vendedor ocasional ha de respetar el tácito privilegio concedido por el uso a los que ocupan de antiguo sus puestos y esquinas. La antigüedad les tiene asignados tales puestos, tan legítimamente como los que ordenara el Alto Mando en un navío o en un sistema de trincheras.

Estos vendedores despliegan en todas direcciones su ejército atronador. Ya vibra en la calle y vocifera y llena el pulso de la ciudad la noticia. El ejército, la horda casi de los voceadores, invade toda la población. Como curiosas aves corredoras, renqueando por el lado de la carga y batiendo un ala solamente, ofrecen a garganta hinchada su mercancía. Horadan la muchedum-

CLEMENTE CIMORRA

bre, asaltan los vehículos, están en todas partes, y como su figura anónima parece repetida, se nos antojan una garganta y una mano con el don de la ubicuidad.

De pronto, como una nevada de copos raleados, los ejemplares idénticos se ven en toda la ciudad. El periódico ha llegado a su destino. Miles de ojos y de mentes, de un modo simultáneo, sacian su avidez. El diario vive con pasión vehemente su efímera vida. Unas horas antes estaba en el limbo de la nada. Unas horas más tarde se le mirará como un pasado caduco. Y mañana, de un modo puntual, recobrará su vigor y su existencia.

PERIODISMO ARGENTINO

Por Pablo Rojas Paz

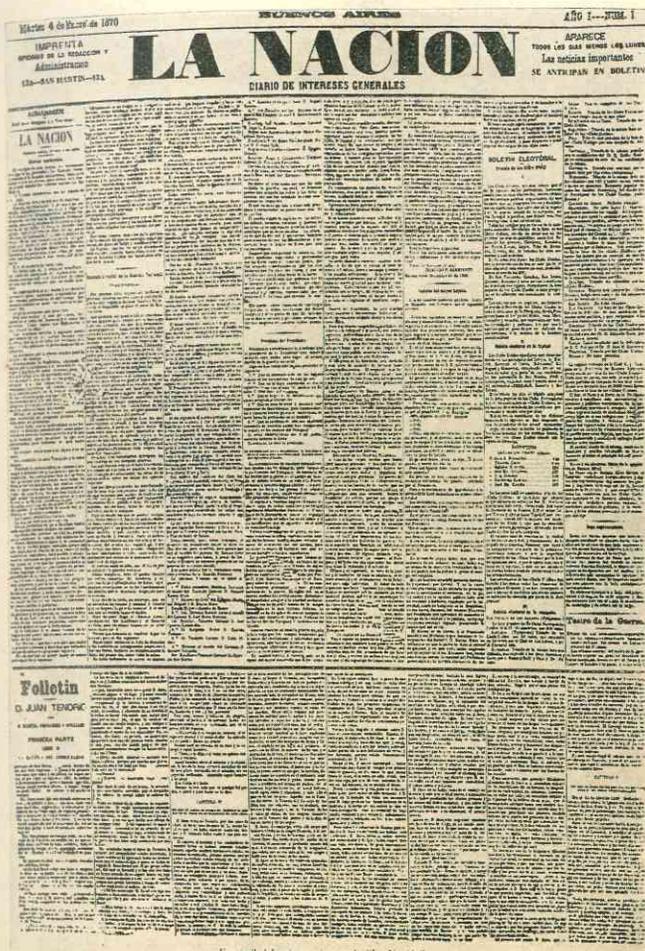
Lo primero que llama la atención en el centro de Buenos Aires, en las esquinas de la gran metrópoli, son los puestos de flores y los de diarios y revistas. Quien por curiosidad se detenga ante un puesto de periódicos, se quedará abismado ante la diversa índole de las publicaciones allí ofrecidas. Hay para todos los gustos, para todas las edades, para todos los oficios, para todas las actividades; se pueden así ver revistas de modas, de deportes, de economía política, de electrotecnia, de jardinería, de agronomía, de ciencias, de artes, de letras. Y allí también están los cuadernos de historietas que tan viva curiosidad despiertan en los niños. No queda ninguna actividad que no esté representada por su periódico, por su revista, cuando no por su diario. Los cotidianos y semanarios en español, francés, inglés, italiano, alemán, idish, griego, árabe y hasta en guaraní, dicen muy a las claras de ese afán de alimentarse de noticias que hay en todo argentino o residente en la república. Los diarios matutinos deben nutrir al lector, saciarle el hambre de novedades. La curiosidad del lector medio de Buenos Aires no se satisface con poco;

quiere muchas noticias. De las veinte páginas de un cotidiano de cualquier día de la semana, cuatro estuvieron en la época del conflicto dedicadas pura y exclusivamente a la guerra mundial con una singular profusión de mapas, retratos y fotografías de episodios. Como si eso no bastara, la redacción de cada diario pone de su propia cosecha notas aclaratorias a las noticias que llegan de lejos y que sirven para apuntalar la cultura geográfica, literaria, política del lector. Si se está librando una batalla en Lyon, por ejemplo, los diarios darán — además de un mapa — una ligera reseña geográfica del lugar. Alguien ha dicho que los diarios argentinos son verdaderos libros; hay tanto en ellos y es tan variada y rica la enseñanza que ofrecen a los lectores que en realidad necesitan por lo menos tres horas diarias para leer íntegramente un diario. La abundancia de texto y la perfección técnica suele ser mayor en los números dominicales. De ellos se puede decir que pesan más de lo que valen. Un diario en un número dominical cuesta más en papel de lo que paga el lector. Vendiendo al peso esos diarios se gana dinero.

Los tranvías por la mañana parecen salones ambulantes de lectura. Todo el mundo lleva su diario bien abierto. Un detalle característico de la ciudad es el "lector de ojito", como se llama de un modo popular al que lee el diario del vecino por encima del hombro de éste.

Los diarios y revistas tienen sus oficinas y talleres en verdaderos palacios, dentro de los cuales toda una vasta organización, movida por una intensa actividad, puede atender los diversos servicios que prestan los periódicos bonaerenses, que se cuentan entre los mejor informados del mundo. La visita a los diarios forma parte principal e importante en el programa de paseos de los extranjeros que llegan a Buenos Aires. Con frecuencia delegaciones de estudiantes encabezados por sus profesores llegan a los locales de los diarios en solicitud de permiso para visitarlo. La dirección del periódico pone al servicio de los visitantes un experto que sabe explicar desde la forma en que se reciben las noticias hasta la manera en que se matrizan las páginas para hacer de ellas los moldes para cada hoja. Todos los diarios tienen en el frente de sus locales, tras de grandes ventanales, unos pizarrones en que se ponen y se sacan continuamente las noticias a medida que van llegando. Las más importantes y nuevas reemplazan a las que ya han perdido actualidad o han sido eclipsadas en su sensacionalismo por las posteriores. Junto a las pizarras de los diarios se reúne gran cantidad de gente que discute, conversa, opina acerca de los acontecimientos del día. En ocasiones los debates se enardecen; pero nunca la sangre llega al río. Se agregan a veces fotografías recién llegadas del frente, si es en tiempo de guerra, o de asuntos locales. Y de este modo casi podemos decir que

Buenos Aires puede leer gratis su diario. En general se ha difundido la modalidad de que todos los diarios dispongan asimismo de una estación radiotelefónica que sistemáticamente y a distintas horas del día pasa información a sus escuchas. Ya no se limitan, pues, los diarios a la información impresa sino también emplean la radial. Es digno de hacer notar la diferencia de tono, de estilo, de sentido que existe entre los diarios de la mañana y los de la tarde, entre los matutinos y los vespertinos. Los de la mañana son de una seriedad impresionante y cuidan de que la veracidad de su información no caiga en hipérbole sensacionalista nunca porque ello sería un demérito para la fama del diario. Y con referencia a este particular se cuentan curiosas anécdotas que, por supuesto, en su mayor parte son inventadas. Nunca se puede saber cuál es el origen de una falsa noticia, de una información errónea. Un día aparece en un diario de la mañana la información del fallecimiento de una persona. La interfecta se presenta al día siguiente en una redacción a protestar porque, como puede comprobarse, ella no ha muerto. "No podemos desdecernos; lo que podemos hacer es dar noticia de su nacimiento", le responden. En los vespertinos campea la imaginación tendiendo hacia lo sensacionalista. Los diarios matutinos de Buenos Aires dicen: es noticia; los de la tarde exclaman alborozados cuando se encuentran



Facsimil del primer número de "La Nación".

Primer número del diario "La Nación", de Buenos Aires, que en 1870 comenzó su ininterrumpida y prestigiosa existencia.

CARAS Y CARETAS

EUSTAGIO PELLICER
DIRECTOR

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDAD

JOSÉ B. ALVAREZ
DIRECTOR

MANUEL MAYOL
DIBUJANTE

AÑO 1.º

BUENOS AIRES, 2 OCTUBRE 1896

N.º 1.º

EL ARBITRAJE



Aunque las líneas ha echado,
enredadas en el fondo,
no ha de quedar sin pescado,
porque es hombre acostumbrado
a pescar por lo más hondo.

Así apareció el primer número de la revista porteña "Caras y Caretas", vastamente conocida en América y Europa durante el tiempo de su publicación.

PERIODISMO ARGENTINO

con una bella cosa: ¡Es nota! Es decir, es reportaje, es comentario sensacional.

Lo que dice Rodin del arte — que nace de la tierra y vuelve a ella — podemos parafrasearlo y referirlo al periodismo diciendo que nace del pueblo y vuelve a él. El periodismo comenzó en la República Argentina con Vieytes y Moreno, siendo el receptor y vehículo de las inquietudes, el vocero de los problemas económicos. Es curioso destacar así que los primeros periódicos netamente argentinos fueron esencialmente de prédica económica. Pasando por esa especie de tierra de nadie que fué la tiranía y el período de la anarquía, viene la época de la organización en que una minoría ilustrada gobierna el país apartándose paulatina e insensiblemente del pueblo. El periodismo se convierte así en un debate político entre las diversas facciones. El pueblo asistía como espectador a ese pintoresco lance de dichos punzantes, apodos hirientes, caricaturas. Pero por fin el periodismo fué como un río que volviera a su cauce. Y comenzó paulatinamente a aparecer el gran periodismo argentino en las grandes líneas que tiene en la actualidad. Ese periodismo, paso a paso, fué hacia el pueblo; fué buscando al pueblo hasta lograr una íntima conexión con él. Ya no eran los voceros los paladines sólo de una determinada fracción política, sino que atendían a los intereses del pueblo. Y así poco a poco el periodismo combativo, peleador, se

convirtió en una norma técnica y ética de la democracia, en un atento vigía de lo actual. Se hizo, pues, periodismo del pueblo y para el pueblo, y los diarios se convirtieron en parte principal e importante del espíritu nacional. Este vuelco no es precisamente un resultado de las circunstancias, sino de las altas miras de los hombres. La Argentina había evolucionado; debía también evolucionar su periodismo. El ejemplo es ilustrativo. El 4 de enero de 1870 aparecía el primer número de "La Nación", el diario del general Bartolomé Mitre. Primitivamente el diario se había llamado "Argentina". Pero bajo la aparente sencillez del cambio de nombre existían propósitos firmes, tendencias definidas. Han de pertenecer, sin duda, al propio General Mitre las primeras palabras que aparecen en el editorial del día 4 de enero de 1870. "El nombre de este diario en substitución del que le ha precedido: "La Nación", reemplazando a "Nación Argentina", basta para marcar una nueva transición, para cerrar una época y para señalar nuevos horizontes al futuro.

La Nación Argentina era un puesto de combate.

La Nación será una tribuna de doctrina.

La Nación Argentina fué una lucha.

La Nación será una propaganda".

Es característica argentina bien acentuada una tendencia directa al mejoramiento, como base esencial de su progreso. Del localismo de la pasión política y del

debate de los problemas atinentes a la situación argentina en sí se pasó, en el periodismo, a una profunda y alta universalidad.

"El periodismo — decía "La Prensa" de febrero del año 1944 — es una profesión para quien se consagra a él de manera pública y continua, pero no tiene vínculos ni semejanza con ningún otro empleo u oficio de índole material, mecánica o rutinera. Como actividad de la inteligencia requiere dones especiales, muchos de ellos innatos, y atributos de naturaleza moral no siempre necesarios o exigibles en otros oficios. No concebimos de distinta manera a un periodista de buen linaje, y no lo reconocemos como tal sin amor acendrado y manifiesto por la misión, a la que le damos carácter de magistratura, de enseñar y orientar al servicio de ideales patrióticos y humanos. La calidad de periodistas, según esto, ha de fluir siempre de su conducta individual y de la finalidad de su doctrina. Para nosotros, dentro de las normas trazadas por el fundador de "La Prensa" y fielmente seguidas en el largo espacio de nuestra existencia, no se ha de escribir en un diario para vivir o ayudarse a vivir, sino que se ha de vivir para defender un ideal de justicia. He aquí el blasón del periodista, el requisito primario para que sea respetado, el móvil que ha de buscar en sus escritos. Repudiamos cualquier concepto que no coincida con la misión de bien público y todo intento que signifique mudarle al diario su fisonomía de

tribuna para asignarle la de empresa. Bien sabemos que no todos piensan de esta suerte”.

Después de los diarios, tienen gran predicamento las revistas, cuya periodicidad de aparición es variable. El año 1880 ha sido crucial para la evolución de la cultura argentina; erigida Buenos Aires en capital de la República, anuladas todas las disensiones producidas entre las diversas provincias, el país se encarriló en un fantástico progreso de cuya vertiginosidad podría ilustrarnos un solo detalle: en 1880 la República Argentina compraba trigo a Chile, y a menos de un decenio la Argentina era uno de los graneros del mundo. Comenzaron a aparecer, concordante con este progreso, toda clase de órganos periodísticos. En 1897 un escritor, Fray Mocho, unido a Cao y Mayol fundaron la revista “Caras y Caretas”, que fué, andando el tiempo, el órgano de mayor difusión. Se considera esta revista la fundadora del periodismo ilustrado. Aunque antes de la aparición de ella había publicaciones periodísticas argentinas, ésta fué la que marcó rumbos y creó realmente en nuestro país un sentido del periodismo argentino. De igual modo las revistas literarias tuvieron en la entrega mensual de “Nosotros” a la gran precursora. Fundada por Roberto Giusti y Alfredo Bianchi alcanzó una difusión continental, una importancia trascendental para la cultura de América; en ella se reu-

nieron por primera vez los más grandes valores del continente.

Una de las nuevas modalidades del periodismo argentino es la institución de las editoriales; es difícil explicar en qué consisten, por lo complejo; qué es una editorial argentina. La potencia económica de estas empresas, la capacidad de los intelectuales a ellas ligados permiten editar al mismo tiempo un diario, una revista de modas, un semanario de deportes, una publicación agrícola ganadera y si mal no viene una revista de ajedrez o de electrotecnia. Este singular auge de las publicaciones periodísticas ha quitado predicamento al libro; el argentino, sobre todo el habitante de Buenos Aires, ciudad que en la actualidad tiene 2.600.000 habitantes, lee su diario y su revista; pero lee menos libros. Y este problema también tratan de resolverlo las editoriales, publicando manuales de cultura, breves y de fácil lectura, biografías de grandes hombres. Y de este modo, sin quitar valor a la publicación periódica, el libro está volviendo por sus fueros.

Esto ha creado gran respeto y cariño por todo lo atinente al periodismo y se tiene por honra cultivar vinculaciones con las esferas periodísticas. Con frecuencia el que escribe estas líneas en el desempeño de su oficio — el entrevistar a una personalidad — ha escuchado la clásica frase: “Yo también fui periodista”. Porque todo el mundo es, ha sido o puede ser periodista

en la República Argentina; porque el periodismo es una función civil; el que necesita defender una idea, aclarar un concepto, realizar una prédica, recurre al periodismo, el cual realmente no es una profesión sino un estado de espíritu, una actitud mental del argentino. Por eso a través de la evolución histórica del país sus diarios han sido los contestadores de las inquietudes nacionales, los grandes voceros de las ansias del pueblo, el sitio de honor para sus grandes escritores, porque a través de casi ciento cincuenta años de vida nacional el periodismo fué tribuna, ágora, aula, salón. Y desde allí se han dicho las grandes verdades. Por eso han sido periodistas Moreno, Alberdi, Mitre, Roca, Sarmiento, cada uno con su talento, con su temperamento, con su erudición, con su reciedumbre, con su finura.

Los hombres mejores del país han ido imprimiendo estilo, ejerciendo magistratura y, al mismo tiempo, dando personalidad a los periódicos en que escribían. Roca, inspirando entre sonrisas burlonas un dibujo caricaturesco contra Sarmiento. Sarmiento, tirando un tintero contra la pared para enardecerse más y poder dar así mayor ardimiento a lo que escribía. Lugones, que leía a grandes voces a altas horas de la noche a su esposa el artículo que a la mañana siguiente habría de aparecer en el diario más avanzado del país. Mitre, que dijo a su secretario de redacción en momento de grave conflicto para su diario: "Tiraremos dos ejemplares, un

para usted y otro para mí". José C. Paz, que no sabía deponer el arma hasta que la victoria final llegaba para su prédica; todos ellos fueron los grandes forjadores de un porvenir americano, de una de las bases más sólidas y seguras de la nacionalidad.

Los grandes periódicos han llegado a la actualidad en forma consolidada a sus trescientos mil ejemplares diarios, cantidad que asciende fácilmente a quinientos mil en diversas fechas del año y también cuando circunstancias especiales agudizan en el lector el interés por ciertas noticias. La curiosidad por las novedades ha sido siempre un vivo estado de espíritu en la sensibilidad argentina. Lo recuerda aquel célebre cuadro de Pallière que representa una pulpería y en ella un gaucho leyendo lo que ellos llamaban "la Gaceta" en voz alta, para los demás. A lo mejor se trataba de un diario viejo, atrasado, mas aquellos gauchos hundidos en la soledad pampeana, entregados por el momento al descanso, a tomar una limeta en el alto de un camino, mientras llevaban un arreo, necesitaban saber algo, inquirir noticias, tomar información de lo sucedido en la capital.

Existe una forma primitiva de periodismo que alcanzó mucho predicamento entre los argentinos, como ya lo tuvo entre los griegos y en la Edad Media: el periodismo oral. De este modo se iba por los pueblos contando cosas, haciendo comentarios de las cuestiones políticas, informando acerca de los grandes crímenes. Y

es muy común aún en provincias que una de las personas de la familia a cierta hora del día lea el periódico para los otros, para que todo el mundo se entere de lo que está pasando. Me refiero a estos detalles para dar una idea de cómo se ha ido formando la sensibilidad periodística argentina. Todos los habitantes de este país, desde el magnate hasta el humilde campesino perdido en una serranía, todos quieren saber cosas sucedidas, tener una idea de la actualidad, captar lo acaecido. Por eso el argentino tiene viva ansia de aprender a leer y escribir desde edad temprana. Porque los contingentes emigratorios que llegaron desde 1853 a 1910 a nuestro país, aparte del valioso aporte de brazos para realizar el trabajo y el sueño de todos los argentinos, fueron en ocasiones una rémora para la evolución cultural argentina, pues en parte eran analfabetos.

Nuevos elementos han modificado la perspectiva total del periodismo argentino. Tal es el caso del asombroso progreso de la prensa en el interior. Cada capital de provincia tiene su gran cotidiano, que se adelanta a los grandes diarios metropolitanos de Buenos Aires en la información. De este modo el periodismo local además de dar una idea acabada y total del mundo sabe dar una información más concreta e inmediata de todo cuanto se refiere a la ciudad, provincia o región en que aparece.

Podemos decir que el argentino hace desde pequeño

el aprendizaje del periodismo mediante una costumbre muy simpática y sugestiva: la de los periódicos escolares. En cada colegio, en cada escuela, en cada instituto de enseñanza los niños hacen su periódico, su revista auténticamente original y no con transcripciones de los periódicos y revistas grandes.

Es posible que el extranjero no caiga en la cuenta cabal de lo que significa el periodismo en la evolución espiritual de nuestro país. La marcha del destino argentino está condicionada en todo momento a la situación de su prensa. El principio fundamental del periodismo ha sido siempre la libertad de opinión. Hay que considerar antes que nada que la palabra libre fué primero y que después fué la libertad. De modo que como ocurre en la Biblia con la luz, en este caso la libertad existe porque se la nombra. Porque la libertad, como ha dicho ya Churchill, no es un fin sino un medio de colaborar a la formación y evolución de un pueblo. Por eso en sus diversas etapas al periodismo argentino le veremos siempre estrechamente ligado a los problemas, a las inquietudes, a las angustias del momento. Y por eso también el periodismo argentino fué el primer sacrificado en la época regresiva de Rosas, en que lo mejor del país estuvo fuera de él.

Por eso ser periodista es, además de un oficio, una misión; y en cuanto un diario, al agigantar-

se en sus proporciones económicas, no atiende al mismo tiempo a su lineamiento ideológico, pierde automáticamente su categoría moral. Y es peligroso cuando se escapa de alguna empresa humana el espíritu, porque sucede como cuando en el templo de Jerusalén antes de la llegada de Tito se escuchaba aquella voz que decía: Los dioses se van.

LA COLONIA

Eludamos en este esbozo la conocida faramalla mediante la cual se deplora la imposibilidad de establecer claramente el origen de una cosa. En lo que se refiere al origen del periodismo en la República Argentina, si consideramos la cuestión desde el punto de vista de la introducción de la imprenta, podemos afirmar que el periodismo nació tardíamente en esta parte de América. Así la prensa gutemberiana llegó a México en 1535, al Perú en 1584, a Estados Unidos en 1660, y a la República Argentina en 1700. Pero si encaramos la cuestión desde la real existencia de algo impreso destinado al público con un intento de periodicidad en su aparición, entonces debe admitirse que la República Argentina ha sido una de las primeras naciones americanas que han tenido periodismo. En América del Sur la prensa periódica tuvo su origen en los esporádicos bo-

letines que veían la luz en el centro del Virreinato del Perú cuando algún acontecimiento de relieve singular exigía una amplia difusión por toda la Rosa de Los Vientos de la comarca. Y esto sería comparable a los boletines extraordinarios que en la actualidad lanzan los grandes rotativos cuando es necesario informar al público de un único asunto de singular importancia.

Durante la colonia hubo tres diarios: "El Telégrafo Mercantil", de Cabello; "El Semanario de Agricultura", de Vieytes, y la "Gazeta" del Gobierno. El 1º de abril de 1801 aparecía en Buenos Aires el primer número del "Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico del Río de la Plata". Con fecha 6 de noviembre de 1800 el virrey marqués Gabriel de Avilés y del Fierro concedió a su director Cabello y Mesa la "licencia solicitada para publicar el periódico previa censura con calidad de que antes de imprimirse éste y demás papeles relativos, los revea y apruebe el señor regente de esta Real Audiencia y por su ocupación u otro impedimento el señor Oidor, a quien esta superioridad nombra en calidad de revisores". Así dice la disposición mediante la cual se permite la aparición del periódico. Este don Antonio Cabello y Mesa, el primer auténtico periodista de Buenos Aires, había nacido en Extremadura, España, y fué también fundador en Lima del "Diario curioso, erudito, económico y comercial",

que duró dos años y que había contribuído desde luego a la aparición del "Mercurio Peruano". En la primera página del primer número de este periódico prócer se leía la siguiente cuarteta:

"Al inocente asido a la cadena
la esperanza consuela y acaricia.
Suena el hierro en los pies y dale pena
mas canta confiado en la justicia".

Y a continuación seguía el artículo de fondo, como se dice hoy, que vale la pena transcribir aunque más no sea en su cláusula inicial: "El patriotismo, principio el más fecundo de grandiosos hechos y que tal vez se convierte en pasión, recurre a todo género de medios para alcanzar sus fines. No siempre se requieren sacrificios ni heroicidades para manifestarlo y quizá está menos expuesto a la sospecha de ostentación o vanidad, cuando son más humildes sus afectos. Esta relevante prenda, que con alguna propiedad puede llamarse virtud, es la que exige actualmente la atención de todas las naciones, para reglar sus máximas a la constitución que cada una de ellas tiene y es también la que (cual devoradora llama que tocando en la tea arde más cuanto a soplos intentan apagarla) inflamando el pecho del editor de este periódico no cedió ni pudo ceder a sus muchos opositores". En el lugar de preferencia de ese primer número se publicó "La Oda al Paraná" del poeta argentino Ma-

nuel José de Labardén. En las mismas páginas en cuyo nombre de Mercantil, aun si se considera la época de miseria en que salió, hay un vaticinio, se llama a Buenos Aires "la muy noble y leal capital de la Argentina". Aunque los quilates intelectuales del director no eran muchos, supo rodearse de grandes colaboradores. Escribieron en el primer periódico argentino o, para mejor decir, rioplatense, Domingo de Azcuénaga, José Joaquín de Araujo, Deán Gregorio Funes, Eugenio del Portillo, Pedro Antonio Cerviño, Gabriel Antonio de Hevia y Pando, Manuel José de Labardén, Manuel Belgrano, José Prego de Oliver, Manuel Medrano, Félix Casamayor, Carlos José Montero, Juan José Castelli, Luis José Chorroarín, Pedro Andrés García, Julián de Leiva, Julián Perdiel, Tadeo Haenke, Pedro Vicente Cañete y Pedro Tuella. En esta lista figuraban oidores, naturalistas, poetas, escritores, abogados, que después tuvieron una gran figuración en los movimientos revolucionarios tendientes a conseguir la libertad para esta parte del mundo. Fué, pues, el periodismo argentino en sus albores un movimiento de opinión tendiente a crear un estado de espíritu. Es así el primer hálito de independencia que vibra en la naciente patria de Mayo, y por esto tiene tanto significado el hecho de ser un español quien lo impulsara.

EL PRIMER PERIODISTA

El primer periodista argentino se llamó Juan Hipólito Vieytes. El primer número del "Semanario de Agricultura, Industria y Comercio" tiene fecha del 1º de septiembre de 1802, con pie de imprenta de "Los Niños Expósitos". A las denominaciones liminares del "Telégrafo Mercantil" se agrega en el semanario de Vieytes la palabra Agricultura. "La agricultura bien ejercitada — dice el editorial del primer número — es capaz por sí sola de aumentar la opulencia de los pueblos hasta un grado casi imposible de calcularse porque la riqueza de un país se halla necesariamente vinculada a la abundancia de los frutos más proporcionados a su situación, pues que de ello resulta una común utilidad para los individuos. Es excusado exponer la preeminencia moral, política y física de la agricultura sobre las demás profesiones hijas del lujo y la depravación de las sociedades". En la enumeración de los propósitos de su periódico, Vieytes expuso: "Se tratará de la agricultura en general y los ramos que le son anexos, como son cultivo de huertas, plantío de árboles, riegos, etc.; de todos los ramos de la industria que sean fácilmente acomodables a nuestra presente situación, del comercio interior y exterior de estas provincias; de la actuación moral, de la economía doméstica; de los oficios y las artes; de la providencia del gobierno para el fomento de labradores y artistas; de los elemen-

tos de química más acomodados a los descubrimientos útiles, a la economía del campo y a la mejor expedición de los oficios y las artes". Vieytes, con presciencia casi genial que nadie ha sabido apreciar hasta el presente, deja delineados con estas palabras los principios esenciales mediante los cuales habrá de producirse la evolución del pensamiento argentino a través de su prensa periódica. No descuidó tampoco Vieytes las noticias del interior y del extranjero. Es muy interesante y valiosa la información que diera de la guerra entre España e Inglaterra en 1805. La primera invasión inglesa interrumpió la salida del periódico durante tres meses, de junio a septiembre de 1806.

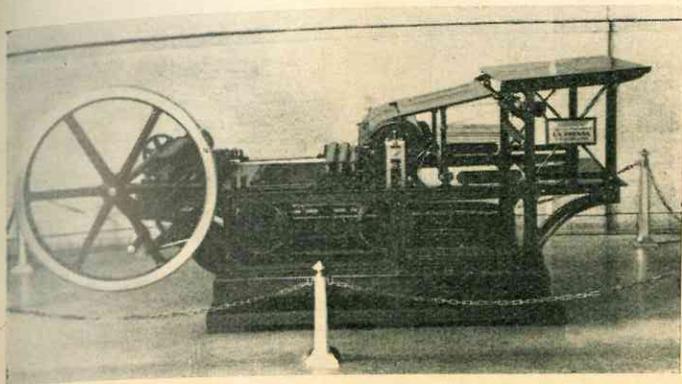
Durante su permanencia en Montevideo los ingleses fundaron "La Estrella del Sur", periódico publicado en inglés con el título de "The Southern Star", tratando en sus columnas cuestiones económicas y comerciales de la época, abogando por la libertad del comercio, que a ellos, dueños de los mares, les interesaba.

El "Correo del Comercio" fué fundado por don Manuel Belgrano y apareció el 3 de marzo de 1810. Bartolomé Mitre al ocuparse del diario de Belgrano expresa: "Para llenar los objetos que los redactores se habían propuesto, el periódico tenía que enseñar lo contrario de lo que las leyes españolas mandaban, y despertar por este medio en los naturales la aspiración hacia un ideal desconocido. No necesita aclaración esta cláusula por-

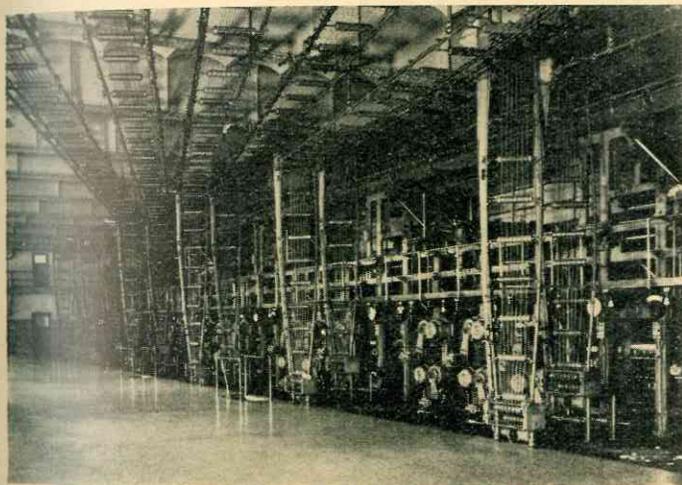
que ello sería como prender una lámpara en pleno mediodía". "En la dirección — agrega Bartolomé Mitre — desplegó Belgrano prudencia, mucho tino, caudal de ideas y de conocimientos prácticos, a la vez que un espíritu metódico, sagaz y perseverante".

Como podrá advertirse, la prédica que constantemente ha animado y anima al periodismo argentino ya está viva en principio en los cuatro órganos publicitarios de su iniciación, y habrá de reafirmarse en la etapa subsiguiente de la revolución, y en la combativa campaña de los diarios que los argentinos fundaron fuera de su patria en la época de la tiranía. Puede decirse, como se dijo de Minerva, que el periodismo argentino nació con todas las contingencias por que atravesara la salud de la nación. Por eso es alta lección de historia argentina el recorrer de cuando en cuando en las hemerotecas la colección de los ejemplares de esta época para comprobar cómo estaba empapado de la santa causa de la justicia y del bien un hombre como Belgrano o Vieytes, que quería preparar el espíritu del ralo pueblo argentino.

El 2 de junio de 1810 — ocho días después de declarada la autonomía gubernamental de esta parte del continente — aparecía en la ciudad de Buenos Aires una orden de la Junta, firmada por su secretario Mariano Moreno, en que se exponía lo siguiente: "Ha resuelto la Junta que salga a luz un nuevo periódico se-



La primera máquina que se utilizó en la confección del diario "La Prensa", de Buenos Aires.



La rotativa que utiliza actualmente el mismo gran diario de la mañana.



Los grandes rotativos modernos poseen edificios propios formidables. El grabado reproduce la sede del "Times", en Nueva York.

manal con el título de "Gazeta de Buenos Aires", el cual sin tocar los objetos que tan "dignamente se desempeñan en el semanario de comercio", anuncie al público las noticias exteriores e interiores que deben mirarse con igual interés. En él se manifestarán igualmente las discusiones oficiales de la Junta con los demás jefes y gobiernos, el estado de la Real Hacienda y medidas económicas para su mejora y franca comunicación de los motivos que influyan en sus principales providencias y abrirá la puerta a las advertencias de cualquiera que pueda contribuir con sus luces a la seguridad del acierto". El programa de la Gaceta está expresado por dos principios claros: el pueblo tiene derecho a saber la conducta de sus representantes, y el de la libertad de escribir. El número 1 del 7 de junio del año de la libertad, habilitado por un pensamiento de Tácito: "Rara temporum felicitate ubi sentire que velis et que sentias, dicere niñec", decía en la columna principal de su primera página: "Desde el momento en que un juramento solemne hizo responsable a esta junta del delicado cargo que el pueblo se ha dignado confiarle, ha sido incesante el desvelo de los individuos que la forman para llenar las esperanzas de sus conciudadanos. Abandonados casi enteramente aquellos negocios a que tenían vinculados su subsistencia, contraídos al servicio del público con una asiduidad de que se han visto aquí pocos ejemplos, diligentes en proporcionarse aquí todos los me-

dios que puedan asegurarles el acierto, ve la junta con satisfacción que la tranquilidad de todos los habitantes acredita la confianza con que reposan en el celo y vigilancia del nuevo gobierno”.

Moreno desarrolló una intensa acción periodística que no es equiparable por la situación, por la época y por la trascendencia a la de ningún otro periodista argentino.

DESDE “LA GAZETA”

Es curioso consignar que la *Gazeta* era leída en las iglesias, desde el púlpito, después de la misa, por permiso del obispo Lué. No tenía 32 años Moreno cuando falleció en alta mar el 4 de marzo de 1811; pero su paso meteórico por la vida argentina fué de carácter inolvidable; todo lo que él tocara con la varita mágica de su genio adquiría perennidad. Tal fué la influencia de su misión periodística que dejó fertilizado el terreno de la prédica en forma perdurable; tanto es así, que en octubre de 1811, seis meses después de su muerte, un decreto declaraba la libertad de imprenta. Después de la muerte de su fundador “*La Gazeta*” había de caer en manos inhábiles como eran las de Vicente Pazos Silva. Pero por esos días llegó a Buenos Aires el doctor Bernardo Monteagudo, quien, como Agrelo y Moreno, se había doctorado en Chuquisaca. Traía este abogado la encomienda de Castelli de defender los actos de éste

como director de la guerra en el Alto Perú. Y el triunvirato que gobernaba en lugar de la Junta lo designó para compartir con Pazos Silva la dirección de la *Gazeta*. Pero el temperamento batallador de Monteagudo no se avenía con las argucias de su colaborador. Tempestuoso, violento, apasionado, de talento rápido, muy parecido en muchas cosas a Moreno, no podía soportar yugos ni había nacido para ellos y se retiró para fundar “*Mártir o Libre*”. Una idea que sólo pudo llevarse a la práctica cinco años más tarde era el “leit motiv” de toda la prédica de Monteagudo: la inmediata proclamación de la independencia del país.

Muchos periódicos aparecieron en esta época en el territorio que hoy es la República Argentina, y más concretamente en Buenos Aires. Podríamos citar la publicación tirada bajo los auspicios del general Carlos María de Alvear, que se llamó “*El Independiente*”, y “*El Censor*”, que salía como órgano defensor del Cabildo, y algunos otros muy efímeros que sería minucia recordarlos. “La libertad de imprenta que Moreno defendió en 1810 — dice Juan Rómulo Fernández — estuvo condicionada a los fines de la Revolución de Mayo”. El Deán Funes habló al año siguiente ante su gobierno de la libertad de prensa en lo político, pero sugiriendo la censura eclesiástica en cuanto a la religión. Fué el segundo gobierno, el Triunvirato, el que dictó en fecha de octubre de 1811 el decreto cuyo artículo 1º dice así: “Todo

hombre puede publicar sus ideas libremente y sin previa censura. Las disposiciones contrarias a esta libertad quedan sin efecto". La Constitución Unitaria de 1819 consideró la libertad de prensa como "esencial para la conservación de la libertad civil del Estado". Al periodismo argentino le cabe para siempre el honor de haber levantado su bandera con las primeras aspiraciones de la libertad de este pueblo. Sus hombres mejores, Moreno y los demás, mezuquinaban horas al descanso, después de la pesada labor de organizar un gobierno o mejor dicho de crearlo todo de la nada, para pergeñar un artículo, o para dar forma a un sesudo ensayo sobre derecho económico que luego había de ser una tabla de bronce en donde se grabaran los elementos esenciales de la ética de un pueblo. Por todo ello tiene el periodismo, como puede verse hasta ahora, una importancia trascendental en la formación política de un Estado.

Desaparecido Mariano Moreno, la Junta de Gobierno, como es sabido, tendió a restringir el avance de la democracia. Sin embargo, aún se lee en la *Gazeta* del 22 de abril de 1811, escrito por la pluma del principal opositor de Moreno, el Deán Funes, lo siguiente: "Es cosa averiguada que sin la libertad de prensa no puede haber libertad de pensar y que las costumbres y conocimientos siempre padecen notable atraso... Nos engañaríamos enormemente si creyésemos que son más de temer los excesos del pueblo, con la libertad de la prensa, que lo

que son, sin ella, los del mismo gobierno". "Esta tradición de la prensa argentina — dice un articulista, — eclipsada durante el gobierno de Rosas, renació con vigor después de Caseros para venir en aumento hasta hoy".

LA ANARQUIA

El 20 de junio de 1820 moría triste, abandonado y solo el general Manuel Belgrano, uno de los próceres de la libertad argentina; el 1º de febrero de ese mismo año había sido derrotado el director interino general Rondeau por los caudillos del Litoral, y el mismo día de la muerte de Belgrano, que falleció exclamando: ¡Pobre Patria mía!, se erigieron tres gobernadores en la ciudad de Buenos Aires. San Juan, San Luis, Mendoza, La Rioja, Catamarca y Santiago del Estero, constituídas en provincias autónomas, y una guerra entre Tucumán y Salta era el cuadro trágico y caótico de la situación política del país. En el año siguiente fué al ministro Rivadavia a quien le tocó extender la partida de defunción de "La *Gazeta*" fundada por Moreno, al convertirla por decreto del 12 de septiembre de 1821 en *Boletín Oficial*. Durante esa época la prensa argentina perdió muchas veces el instinto de las cumbres y sólo en ocasiones alguna lucecilla, aquí y allá, aparecía tímidamente para mostrar la senda. Ciento cuatro periódicos contando algunos boletines nacen y mueren respondiendo a ins-

tancias políticas, a intereses comerciales. "El Constitucional" (1820); "El Centinela" (1823-1824); "El Argos de Buenos Aires" (1821-1825); "La Abeja Argentina" (1822-1823); "Crónica Política y Literaria" (1827); "El Correo Político y Mercantil de las Provincias Unidas" (1827-1828); "El Amigo del País" (1833), fueron los principales periódicos publicados en Buenos Aires hasta que se acentuó la dictadura. Los nombres esclarecidos de Juan Cruz y Florencio Varela se vinculan al periodismo del tiempo rivadaviano. Dentro de ese mismo período propiamente dicho, en 1823, había nacido "La Gaceta Mercantil" que trajo del extranjero la primera prensa de vapor y que se publicó hasta 1852, a la sombra del gobierno. Tuvo por colaboradores a Santiago Kiernan, a José Rivera Indarte y al rosista don Pedro de Angelis.

Por esta época es cuando aparece en el periodismo uno de sus personajes más próceres. Nos referimos a Francisco de Paula Castañeda, cuya asombrosa personalidad ha acuciado el interés de numerosos autores que han escrito sobre él. A los veintidós años de edad tomó el hábito de la Orden de San Francisco; el obispo Moscoso le ordenó sacerdote en Córdoba en 1800. A los treinta años sabía diez lenguas y otros tantos dialectos. Publicaba varios periódicos al mismo tiempo; su pluma era terrible, pues defendía con el mismo tesón y tenacidad y en lenguaje gauchesco la religión de Cristo y la independencia argentina. En el afán de civilizar a los

indios sufrió penas y martirios; murió devorado por un perro cimarrón que los indios arrojaron contra él cuando terminaba de fundar una escuela taller. Mordaz, sesudo, irónico, filántropo y patriota, quedó para siempre memorable en la historia de la cultura argentina. Sus periódicos fueron: "Amonestaciones" (1819-1820), publicado en la imprenta Focion; "Eu nao me meto com ninguem", de julio a septiembre de 1820; "La Ilustración Pública", 1820; "Desengañador gauchipolítico"; "Despertador Teofilantrópico misticopolítico"; "Paralipomenon del Suplemento Teofilantrópico"; "La matrona comentadora de los cuatro periodistas"; "El Lobera de a 36 reforzada" (1822), Imprenta de los Expósitos; "Doña María Retazos" (1821-1822); "La Guardia vendida por el centinela y la traición descubierta por el Oficial de Día"; "Derechos del Hombre" (1825), publicado en Córdoba por la Imprenta de la Universidad; "El Santafecino de las otras provincias" y algunos otros.

El 1º de enero de 1823 aparecía "El Argos de Buenos Aires", periódico que nos pone dentro de un mundo deficientemente conocido por nuestras lecturas y estudios de historia nacional. "Es una publicación fantasma — dice un articulista — y aunque vestida de blanco, no oculta el rostro ni las formas". Sin voz sepulcral, sin énfasis de ultratumba, expone el precio de las harinas extranjeras, juicios sobre muchas cosas pertinentes, noticias de cultura, de política nacional y extranjera, y otros por-

menores del vivir contemporáneo. "La favorable acogida que el público dió a este periódico — dice el artículo de fondo de uno de sus números — al paso que es un título de que grandemente se aplaude la Sociedad Literaria, lo es también de no pequeño influjo para empeñarla cada vez más en los trabajos que puedan fructificar su prosperidad". Y luego de estas consideraciones, especificando las novedades éticas introducidas en la publicación, manifiesta: "No será menos exacto "El Argos" en guardar la más estrecha moderación cuando censure. Siempre persuadido de que el carácter de una virtud ilustrada es la disposición a soportar las flaquezas de la humanidad, la ejecutará con el dulce calor de un interés tierno que corrige y sostiene, y hasta en su última severidad se le encuentra consolador. Nunca señalarán más su respeto a la persona de los Magistrados que cuando se crea obligado a contradecir sus sentimientos. Véanse aquí las intenciones de la Sociedad Literaria al dar un nuevo carácter al Argos que publica. Feliz si ella consigue que la bondad del público le honre como hasta aquí con su acogida, pero más feliz aún si consigue que en el año 1823 sus tareas contribuyan al aumento de su dicha y prosperidad".

"El Argos de Buenos Aires" señala una nueva etapa de la historia del periodismo nacional, ahora tan poderoso y lleno de vida. Hay en aquellas columnas balbuceos e iniciaciones dignos de ser estudiados y un mate-

rial magnífico para los cronistas y autores de romances y relatos de la época. "El Argos" — anota Antonio Zinny — es uno de los mejores periódicos de su época". Redactores principales fueron Santiago Wilde, Santiago Núñez y el Deán Gregorio Funes. Se ocupó de cuestiones públicas y estaba lleno de cosas vividas y de las cuales el historiador y el escritor de la actualidad puede extraer preciosos elementos. Allí se cuenta la forma en que el naturalista francés Aimé Bonpland se revela plantador de yerba y el primero en estudiar la yerba mate; fué también apresado por los indios.

Corresponde recordar, como acontecimiento trascendental para la evolución del periodismo argentino, el establecimiento del primer taller litográfico que tuvo Buenos Aires. Esto aconteció en 1828 debido a las instancias de José Hipólito Bacle, quien al año siguiente pasó a ser director de la Litografía del Estado. Se le debe a Bacle el primer periódico ilustrado publicado en la Argentina: "Museo Americano", de 1835 a 1836. Sus dibujos y los de sus colaboradores, su esposa Andrea, Pellegrini, Dufresne, Onslow, son de tal valía que hoy los entendidos los buscan por el indiscutido valor documental que poseen. Pero la mala salud de Bacle, quebrantada por la prisión a que le sometió Rosas, privó a la naciente prensa ilustrada de su primer gran valor. Bacle murió en 1838.

Otra personalidad de indudable influencia y de caracte-

res y perfiles propios en esta época del periodismo argentino es don Pedro de Angelis, que nació en Nápoles en 1784 y falleció en Buenos Aires en 1859. De talento privilegiado e instrucción vastísima, era, como él mismo se jactaba en decirlo, un político venal y sin convicciones, mendicante de favores oficiales. Fué en sus primeros años ayo de Luciano y Aquiles de Murat, hijo de Joaquín, rey de Nápoles. En 1822, al caer la dinastía francesa en Nápoles, se trasladó a París para colaborar en el Diccionario Biográfico Universal y luego en "La Revista Europea". En 1826 llegó a Buenos Aires, donde redactó "La Crónica", órgano del gobierno. Fué un gran estudioso y se le considera como el precursor de la historiografía en la República Argentina; se destacan de su producción el discurso inaugural del Ateneo de Buenos Aires; noticia biográfica del general Estanislao López; un ensayo histórico sobre la vida de Rosas; páginas biográficas del brigadier general Arenales; recopilación de leyes y decretos promulgados en Buenos Aires desde 1810; colección de obras y documentos para servir a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata. Su producción periodística abarca varios volúmenes. No le importaba absolutamente nada la suerte del país en que vivía; sirvió así a todos los gobiernos y a todas las causas. Estuvo junto al hombre que estaba en el poder. Y así defendió hoy a Rivadavia para atacarlo mañana en el efímero gobierno y atacó después a Dorrego para defender a Lavalle. Des-

pues la causa de Rosas tuvo en de Angelis a su paladín periodístico. Duros y amargos fueron los últimos años del polígrafo; murió en la mayor miseria. El gran placer de su vida era la lectura; por que lo dejaran tranquilo y en sosiego con sus libros hubiera dado como precio el mundo. Pero después de Caseros le faltó el pan y la sal. "He acabado mis provisiones — escribía de Angelis a Juan María Gutiérrez, que lo protegió como pudo en los últimos años de su vida. — Espero que usted no me dejará morir de hambre como un conde Ugolino. Búsqueme algo entre los libros de Frías o los de Gorostiaga. No soy exclusivo en mi gusto. "Tout est bon por moi", con tal de que no sea fastidioso. Volvería a leer "La Historia de Inglaterra" de Hume, también las discusiones sobre el Código de Napoleón y hasta me animaría a acometer la empresa hercúlea de leer "Le journal des économistas". A los pocos meses moría.

PROSCRIPCION Y TIRANIA

Con la dominación rosista comenzó en 1838 el éxodo de los unitarios y desafectos a las ideas y sistemas de gobierno del Restaurador de las Leyes, don Juan Manuel de Rosas. Todos aquellos jóvenes que se reunían en la librería de Marcos Sastre y que más tarde instauraron la Asociación de Mayo, y a quienes Echeverría leyera el Dogma Socialista, comenzaron a buscar el aire y el cli-

res y perfiles propios en esta época del periodismo argentino es don Pedro de Angelis, que nació en Nápoles en 1784 y falleció en Buenos Aires en 1859. De talento privilegiado e instrucción vastísima, era, como él mismo se jactaba en decirlo, un político venal y sin convicciones, mendicante de favores oficiales. Fué en sus primeros años ayo de Luciano y Aquiles de Murat, hijo de Joaquín, rey de Nápoles. En 1822, al caer la dinastía francesa en Nápoles, se trasladó a París para colaborar en el Diccionario Biográfico Universal y luego en "La Revista Europea". En 1826 llegó a Buenos Aires, donde redactó "La Crónica", órgano del gobierno. Fué un gran estudioso y se le considera como el precursor de la historiografía en la República Argentina; se destacan de su producción el discurso inaugural del Ateneo de Buenos Aires; noticia biográfica del general Estanislao López; un ensayo histórico sobre la vida de Rosas; páginas biográficas del brigadier general Arenales; recopilación de leyes y decretos promulgados en Buenos Aires desde 1810; colección de obras y documentos para servir a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata. Su producción periódica abarca varios volúmenes. No le importaba absolutamente nada la suerte del país en que vivía; sirvió así a todos los gobiernos y a todas las causas. Estuvo junto al hombre que estaba en el poder. Y así defendió hoy a Rivadavia para atacarlo mañana en el efímero gobierno y atacó después a Dorrego para defender a Lavalle. Des-

pues la causa de Rosas tuvo en de Angelis a su paladín periodístico. Duros y amargos fueron los últimos años del polígrafo; murió en la mayor miseria. El gran placer de su vida era la lectura; por que lo dejaran tranquilo y en sosiego con sus libros hubiera dado como precio el mundo. Pero después de Caseros le faltó el pan y la sal. "He acabado mis provisiones — escribía de Angelis a Juan María Gutiérrez, que lo protegió como pudo en los últimos años de su vida. — Espero que usted no me dejará morir de hambre como un conde Ugolino. Búsqueme algo entre los libros de Frías o los de Gorostiaga. No soy exclusivo en mi gusto. "Tout est bon por moi", con tal de que no sea fastidioso. Volvería a leer "La Historia de Inglaterra" de Hume, también las discusiones sobre el Código de Napoleón y hasta me animaría a acometer la empresa hercúlea de leer "Le journal des économistas". A los pocos meses moría.

PROSCRIPCION Y TIRANIA

Con la dominación rosista comenzó en 1838 el éxodo de los unitarios y desafectos a las ideas y sistemas de gobierno del Restaurador de las Leyes, don Juan Manuel de Rosas. Todos aquellos jóvenes que se reunían en la librería de Marcos Sastre y que más tarde instauraron la Asociación de Mayo, y a quienes Echeverría leyera el Dogma Socialista, comenzaron a buscar el aire y el cli-

ma de la libertad. La lista sería larga: Alberdi, Mármol, Echeverría, Cané, los Varela, López, Thompson, Tejedor, Sastre. Todos tuvieron que emigrar y de este modo se creó un periodismo de combate que abrió fuego desde más allá de los límites del país contra el gobierno rosista. En todos ellos había la madera del periodista. Alberdi había sostenido su periódico "La Moda" durante cinco meses, desde el 18 de noviembre de 1837 hasta pocos días antes de abandonar Buenos Aires, a donde no regresaría hasta 42 años más tarde. En "La Moda", Juan Bautista Alberdi era Figarillo y escribía de todo, porque de todo sabía. Decía muy bien los versos; enseñaba a bailar a las muchachas; era fino, elegante, donjuanesco; las señoras se desvivían por él. El autor de tanta elucubración sobre el objeto del arte tenía por compañeros en su periódico a Juan María Gutiérrez, Rafael Jorge Corvalán, Carlos Tejedor, Demetrio y Jacinto Peña, Vicente Fidel López, Carlos Eguía, José Barros Pazos, Nicanor Albarellos y el sanjuanino Manuel Quiroga de la Rosa. Los que colaboraron en "La Moda", gacetín semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres, eran sanimonianos y mazzinistas. Y era muy desmesurada la proporción entre la filiación ideológica de los colaboradores de "La Moda" y los temas que en ella se debatían. Esto, naturalmente, tenía que llamar la atención de los hombres de Rosas,

Domingo Faustino Sarmiento, un año menor que

Alberdi, funda en 1839 "El Zonda", el periódico que más resonancia ha tenido dentro de la historia de las instituciones, de la lucha contra la tiranía. Veintinueve años tenía el periodista cuando se vió obligado a exilarse. El 19 de noviembre de 1840 salía por tercera vez de San Juan. "Al pasar desterrado por los baños del Zonda — escribe — con la mano y el brazo que habían llenado de cardenales el día anterior, escribí bajo un escudo de armas de la República: "On ne tue point les idées". Los partidarios del federalismo mandaron eruditos que interpretasen esa frase cabalística. Volvieron diciendo que no se podía matar al que pensaba; cosa que seguramente los había dejado atribulados. Lo curioso es que ni el mismo Sarmiento sabía de quién era esa frase al atribuírsela a Fortoul, y tampoco lo sabía Groussac, que se la adjudicaba a Volney, el manso autor de "Las ruinas de Palmira". Pasó Sarmiento a Chile; su debut en el periodismo trasandino fué un artículo intitulado "El 12 de febrero de 1817". Era una evocación de la batalla de Chacabuco en su 24º aniversario. Al día siguiente se comentaba en todo Santiago las altas condiciones intelectuales del autor. Sarmiento obtuvo así la plaza de redactor en "El Mercurio" con treinta pesos de sueldo.

RECONSTRUCCION

Después de la batalla de Caseros los intelectuales en exilio volvieron para dedicarse a la empresa de reconstruir la nación. Pero inmediatamente se produjo la lucha entre Buenos Aires y la Confederación Nacional, y Urquiza fundó en Paraná el "Nacional Argentino" para que defendiese sus ideas de los ataques que venían desde Buenos Aires y allí escribieron del Carril, Gutiérrez, Villafañe, Guido Spano. La lucha política planteó una nueva situación. Existieron asimismo en esa época "La Prensa", de Adeodato de la Gondra; "El Progreso", de Delfín Huergo; "El Paraná", de José Mármol; "La Tribuna", de Héctor y Mariano Varela; "La Crónica", de Ramón Muñoz y Adolfo Alsina; "La Reforma", de Nicolás Calvo; "El Siglo", de José María Cantilo; "La República", de Nicolás Avellaneda; "El Pensamiento", de José Tomás Guido; "El Río de la Plata", periódico del autor de Martín Fierro, José Hernández.

Fué una época de intensa actividad política; se trataba de hacer andar el país. Por efecto de la acción tetanizante que crea un gobierno de aislamiento y regresión todos los problemas habían sido retrasados en sus soluciones. Hubo necesidad de ganar tiempo; hacer todo de nuevo. Se debió crear los partidos políticos; demasiada sangre había costado la inquina entre federales y

unitarios; se debía tratar de establecer en forma inmediata la capital del país; debía jurarse una ley máxima y también establecer un periodismo de bases muy firmes. Y así llegó el año 80. Al día siguiente de Caseros, no obstante los buenos propósitos las disensiones estaban dividiendo otra vez a la gran familia de los argentinos. Cepeda no decidiría nada como tampoco lo decidiría Pavón. Urquiza estaba un poco fatigado de tanta lucha estéril y dejó que los demás hicieran. Pero poco a poco las cuestiones fueron complicándose otra vez hasta estallar de nuevo la guerra civil que sólo desembocaría en la capitalización de Buenos Aires. Pero fué precisamente en esta época convulsa, anarquizada, en que el porvenir del país se presentaba más sombrío, cuando con mayor firmeza renació el periodismo. Se produce la terrible animadversión entre provincianos y porteños. Estaba por terminar su presidencia el doctor Nicolás Avellaneda y querían ser presidentes Carlos Tejedor y también Domingo Faustino Sarmiento, por segunda vez. El general Julio Argentino Roca, nombrado ministro de la guerra, había cumplido la gran empresa de Alsina de dominar definitivamente a los indios. Fueron vanas todas las promesas de paz del mitin famoso en que los hombres ilustres se reunieron en un acto fraternal. La sangre corrió en Puente Alsina y Los Corrales. Avellaneda debió llevar el asiento de su gobierno a Belgrano y allí lo siguieron los diputados de

todas las provincias; algunos de ellos tan jóvenes que fué necesario habilitarles la edad. Hasta que por fin las gloriosas campanadas del 13 de octubre de 1880 anunciaron a los argentinos que habían terminado las contiendas civiles. Buenos Aires se erigía en Capital Federal y se creaba la ciudad de La Plata.

Con un nuevo encarrilamiento hacia la normalidad en el cual habrían de sucederse gobiernos progresistas como el de Roca, Pellegrini, Sáenz Peña, floreció un periodismo con una singular difusión. Y así en 1883 la República Argentina llegaba a poseer una prensa de una gran potencialidad. Era importante ciertamente el periodismo de más allá del 80. Ignacio Orzali, editor de "La Prensa Argentina", realizó un censo del periodismo argentino redactado en castellano, francés e inglés, "para que las naciones europeas se den cuenta del desarrollo intelectual y literario de la República". Y agregaba con cierta justificada amargura: "Allá no es conocida nuestra prensa, ni por los grandes diarios, al contrario de lo que nos sucede a nosotros, que estamos al corriente de cuanta publicación aparece fuera de la República".

Las publicaciones catalogadas por Orzali correspondientes al año 1883 eran 459, distribuidas así: en la Capital Federal 225; 92 en la Provincia de Buenos Aires, 18 en Córdoba; 35 en Santa Fe y 15 en Corrientes. En

el resto de la República no se pasaba de diez periódicos por provincia.

De ese total de publicaciones — que dicho sea de paso era más del doble de las aparecidas en 1882, — 95 eran cotidianas, 182 semanales, 45 quincenales y el resto eran periódicos irregulares, sin que faltaran — como dice Nepomuceno Cuenca — las que salían "cuando podían". Como la afluencia inmigratoria era asombrosa y de gran crecimiento de año en año las nacionalidades de los periódicos habían aumentado también. Por esa época había en Buenos Aires 401 periódicos argentinos; 7 españoles; 7 franceses; 27 italianos, 9 ingleses y 7 alemanes.

De los diarios de aquel tiempo muchos llegaron hasta nuestros días con el mismo título, convertidos en formidables empresas. Lo inefable y ardoroso del padre Castañeda adquiría un impulso nuevo y la caricatura se incorporaba al periodismo como un nuevo elemento de combate. En 1893 aparecían los siguientes periódicos: "El Chismoso", "Bombo Chico", "El Suspiro", "El Plumero", "El Negro Serafín", "El Curioso", "El Pensamiento de las Niñas", "El Vessillo dell'Arte", "El Maldiciente", "La Prensita", "El Pif Paf", "La Chaucha", "Las Ninfas del sud" y el "Candombero". Las informaciones que proporciona Orzali permiten igualmente conocer el personal de redactores que actuaban en aquellas hojas. A don Carlos Olivera, que dirigía "El Nacio-

nal", el más viejo de los periódicos portenos, puesto que tenía 41 años de existencia, le rodeaban Maximiliano Aberastury, Pedro Delheye, Belisario Montero, Francisco González Castellanos, Daniel Mariño y Lorenzo Jordana. Miguel Cané colaboraba con folletines y Rafael Obligado hacía crónicas policiales.

El segundo periódico aparecido en Buenos Aires estaba dirigido por Miguel A. Mulhall. León Walls dirigía "Le Courrier de La Plata" y también entre los veteranos se incluía "Los Anales de la Sociedad Rural Argentina". Eleodoro Lobos en esa época dirigía "La Prensa", cuyo redactor en jefe era entonces don Adolfo Dávila; "La Prensa" llevaba ya 24 años de vida y también en aquel año de 1883 "La Nación" contaba la misma edad. Hallábase dirigida por don Bartolito Mitre. La misma antigüedad tiene "La Capital", de Rosario. No faltaron las publicaciones ilustradas. Una era "Buenos Aires Ilustrado", bajo la dirección de Juan Carlos Martínez. Las publicaciones del tipo satírico y caricaturesco eran las más abundantes. "El Mosquito", "La Bomba", "Pif Paf". Comenzaron a aparecer en 1880 las publicaciones especializadas, de agricultura, ganadería, científicas e industriales. El doctor Félix Burgos editaba "La Homeopatía" y en Corrientes el conde César Mattei lanzaba a la calle un periódico titulado "El Centinela Americano de la Electro Homeopatía".

Puede considerarse un paso hacia el periodismo moderno el que dió don Manuel Bilbao, quien en 1865 instituía la venta callejera moderna tal como se estila hoy. Esto dió gran auge a su diario "La República". La suelta de los diarios — que podríamos llamar — da en la actualidad un aspecto característico a las calles ciudadanas.

También cuadra consignar la actuación de la mujer en el periodismo a través de su desenvolvimiento. "Como lejano precedente — dice el autor citado Rómulo Fernández — surge el nombre de Juana Manuela Gorriti, salteña, hija de un guerrero de la independencia y esposa de un presidente de Bolivia, que colaboró en distintos periódicos hasta después de 1880. Supo así la mujer adherirse a la obra común llena de dificultades. Son muchas en la actualidad las que siguen el ejemplo de Juana Manso, Raquel Caamaña y Ada Efflein.

FAMILIAS DE PERIODISTAS

Una característica del periodismo argentino es la existencia de familias íntegras que a través de varias generaciones entregaron sus energías al oficio y a la misión de periodista. Para el periodista argentino pareciera que la aptitud se hereda. Muchas son las familias que han dado lustre y honor a nuestra prensa. Es justicia hablar de ellas por más breve que sea este resumen. Tal

es el caso de los Gutiérrez. El primero de todos ellos, Juan María, poeta, matemático, soldado, legislador, ministro de Relaciones Exteriores de la presidencia de Urquiza. Su vida fué un ejemplo de acrisolada honradez, de virtud ciudadana; con sus ideas escribieron libros los otros; era el Dux, el señor y el maestro de los jóvenes componentes de la Asociación de Mayo. En el Montevideo del exilio colaboró en el "Iniciador" y fundó con Rivera Indarte "El Talismán". Escribió toda su vida; se lo encontró muerto junto a su mesa de trabajo. No había podido terminar una carta en que le contaba a su amigo Alberdi lo que había sido la llegada de los restos de San Martín a Buenos Aires. La actuación de Ricardo Gutiérrez, médico de niños, fué toda una bella actitud a lo largo de su existencia. Sus poemas fueron publicados en el "Correo del Domingo" y escribió también en la revista que se titulaba "La Ondina del Plata". Fundó en 1879 con su hermano Juan Alberto "La Patria Argentina". Cuando falleció, en la primavera de 1896, todo Buenos Aires cubrió de flores la tumba del hombre más fino, más sensible, más humano. Juan Moreira, el gaucho bravo, sombra negra de la policía, matón al servicio de los políticos, tuvo en Eduardo Gutiérrez a su exegeta. Empezó éste la carrera de periodista en "La Nación Argentina", el diario de su ilustre hermano José María, que fuera después adquirido por el general Mitre.

Otra familia de periodistas argentinos fueron los Varela. El primero de todos, Juan Cruz, hijo mayor de Jacobo Adrián Varela, fué abogado, poeta, periodista y ocupó una banca en el Congreso. Era amigo de Rivadavia. Escribió además trabajos literarios y políticos en los periódicos "El Mensajero Argentino", "El Tiempo", "El Centinela", "El Patriota". Florencio, hermano del anterior, nacido en 1807, asesinado a causa de su prédica antirrosista en 1848, en Montevideo, puso la palma del martirio en su misión y jerarquizó en la alta gloria del oficio el nombre de su familia al ilustrarla con su sangre. Después de emigrar al Brasil, donde se aplicó a escribir la historia de su patria, volvió a Montevideo para convertirse en el "Deux et machina" de la lucha antirrosista. Héctor Florencio, hijo del anterior, poseyó un ardoroso temperamento de polemista y supo de la reciedumbre de sus embates el periodista uruguayo José Pedro Ramírez. Su estilo brillante y su brioso temperamento diéronle una personalidad destacada, aunque no con los firmes quilates de sus ascendientes. Los Varela tuvieron que luchar con toda clase de obstáculos en la adversidad. Mariano, hijo de Florencio y hermano de Héctor, fué tipógrafo en su niñez; tenía 22 años cuando fundó "El Progreso". Hizo más tarde "El Guardia Nacional". Su ideario de periodista estableció las líneas generales de su actuación como hombre de Estado. Y es así que como ministro de Relaciones

Exteriores de Sarmiento le tocó redactar la nota relativa al Paraguay diciendo que "la victoria no da derechos". Luis V. Varela, nacido como los anteriores, de quien es hermano, en Montevideo, fué historiador y periodista y escribió numerosos artículos en "La Tribuna". Y después de éstos, vienen los Mitre, los Paz, que dieron lustre a la noble misión de la palabra escrita.

Los diarios nacidos en los años de la Reorganización progresaron a compás de la evolución política y económica del país, convirtiéndose con el andar del tiempo en grandes empresas, en instituciones de vital importancia que se han identificado con el pueblo rebasando su misión más allá del simple papel impreso distribuido cotidianamente por las calles. La biblioteca de "La Prensa", en un comienzo para uso exclusivo de sus empleados, se ha convertido en algo tan importante, que hubo de ser entregada al servicio público. Por las tardes se ve atestada de estudiantes y lectores que van a consultar en su abundante bibliografía. Diarios como "La Nación" se convirtieron en los centros literarios más importantes del continente. En ellos han tenido a honra colaborar las firmas más famosas. Escritores como Remy de Gourmont encontraron en la consideración argentina el refugio y el respeto que no supieron encontrar en ninguna otra parte. Los diarios actuales mantienen sus consultorios médicos y jurídicos gratuitos, sus conservatorios de música. Organismos como el Instituto

Popular de Conferencias ejercen su misión cultural al amparo del periodismo. La función es vasta y cada vez más importante.

Desde 1870 a 1914 se considera la Edad de Oro del Periodismo Universal. Consolidada la paz del mundo, con cuarenta años de relativa dicha para toda la humanidad, con el asombroso progreso de las ciencias y las artes, con el formidable desarrollo industrial de naciones como Estados Unidos, Alemania, Francia, Inglaterra, con el asombroso desarrollo de las comunicaciones, el mundo era feliz y el "standard" de vida humano no había sido nunca tan alto. Y todo esto reflujo en forma directa sobre el periodismo de todas y cada una de las naciones civilizadas. Una de las características esenciales de los diarios argentinos es su abundante información. Acaso ningún diario del mundo los aventaja en ese particular; el lector argentino, como ninguno, está informado de todo lo que pasa en cualquier rincón de la tierra.

"La Prensa", fundada por José C. Paz con la dirección de Cosme Mariño, comenzó a publicarse, como diario de la tarde, el 18 de abril de 1869. El doctor José C. Paz, revolucionario en 1874, diputado al Congreso, ministro Plenipotenciario en París, fué esencialmente un periodista. Tenía 27 años de edad cuando fundó su diario.

En 1927 el término medio de la circulación de "La

"Prensa" era de 250.000 ejemplares cada día, pasando a veces de 350.000. En la actualidad el promedio diario es — febrero de 1946 — de 385.200 ejemplares. Las ediciones dominicales han alcanzado un promedio de 486.300 ejemplares. El *record* de la tirada de este gran diario corresponde a la edición del 1º de enero de 1935. Alcanzó 745.894 ejemplares.

El consumo anual de papel es de 26.000 toneladas, consumo limitado a causa de la escasez en el mercado mundial.

En febrero de 1946 trabajaban en "La Prensa" 1.698 empleados y obreros.

La maquinaria impresora se compone de una rotativa superproducción Hoe de 21 unidades, que puede alcanzar un rendimiento de 700.000 ejemplares de 12 páginas por hora, y de cuatro máquinas, también rotativas Hoe, para la impresión de los suplementos en rotograbado, una de ellas para cuatro colores.

El número de palabras telegráficas recibido por "La Prensa" en 1945 fué de 14.305.500.

Por más imaginación que hubiese tenido Cabello y Mesa, el primer hombre que se atrevió a realizar una publicación periódica en la ciudad de Buenos Aires, jamás hubiera creído que con el andar del tiempo el periodismo bonaerense conquistaría la colosal amplitud de la actualidad. Todos los grandes diarios bonaerenses tienen más o menos las mismas características. Sería

rebasar las proporciones de esta reseña referirnos a todos y cada uno de los periódicos en particular.

Otro aspecto de la actividad periodística son las revistas o publicaciones especializadas a las cuales la ilustración ha conferido llamativas características. La información gráfica es matizada en este caso por el material literario. Los semanarios ilustrados han conseguido una gran aceptación en todo el país y tienen una gran difusión. Y están en este caso, asimismo, las revistas literarias que reflejan el proceso de nuestras letras en conexión con las corrientes universales y son las que de modo más efectivo realizan una política de acercamiento espiritual entre los escritores de toda América.

El hombre de prensa argentino ha hecho suya la frase "Nadie debe escribir como periodista lo que no puede sostener como caballero". Hay, pues, una limpia moral consciente en la responsabilidad de la palabra escrita. Y en esa característica el lector es testigo, fiscal y juez, pues juzga y elige y su sanción consiste pura y exclusivamente en formarse un concepto que tiene la firmeza y la claridad del cristal de roca. Este saberse juzgado por el juez de los jueces, que es el pueblo, da al periodista argentino un sentido total de la responsabilidad profesional. De este modo y cumpliendo con su misión en forma clara, concreta e inalienable desde el punto de vista moral, el periodismo ha conquistado en nuestro ambiente social una decisiva intervención;

en los diarios hay así un anhelo americano y un sentimiento argentino. El anhelo americano se traduce en las expresiones constantes y decisivas de la fraternidad de los pueblos del nuevo continente. El periodismo ha sido y es por otra parte aprendizaje de argentinidad, laboratorio del destino del país, forma concreta del aprendizaje hacia el sacrificio de los mejores. De las redacciones argentinas han salido presidentes de la República, ministros nacionales que en un momento determinado supieron gobernar con seguridad y firmeza asiendo reciamente el timón en el momento de las tempestades. Siempre ha sido fundamental en el desarrollo de las instituciones la intervención de los periodistas en la labor íntegra de consolidar las normas éticas de la nacionalidad. El periodismo es, pues, un estado de espíritu argentino; no se trata ya de hombres, de individualidades, sino de elementos sociales y éticos puestos en marcha desde los principios de la historia patria. "Señor ministro — le decía un periodista a un secretario de Estado que le negaba información. — Señor ministro, los ministerios pasan, el periodismo queda".

Un día el general Julio Argentino Roca, que ya había sido presidente de la República Argentina, pero que estaba aparentemente retirado de las actividades políticas, recibe la visita de un periodista.

—Mi general — le dice el hombre de prensa, — iba hacia mi diario y sentí el impulso de entrar a saludarlo

para darle una primicia; usted sabrá antes que mi diario la constitución del nuevo gabinete.

Y el general, que era muy zahorí, mesándose la pe-
rilla, sonriendo, le responde:

—Vamos a ver; comience a decir nombres.

El periodista comenzó a decir quiénes eran los nuevos ministros.

—¿Eso es todo? — le preguntó el general al reportero cuando cesó de hablar.

—Eso es todo — dijo éste con marcada satisfacción.

—Pues le faltan el ministro de Marina y de Hacienda, que son tal y tal. Pero no diga que yo se los he dado. Sea usted tan discreto como yo.

El periodista agradeció la primicia y fué tan discreto como el general poniendo en letras de molde lo que el general le había dicho de viva voz.

Todo el mundo trata de colaborar con el periodista, desde el primer magistrado hasta el más modesto ciudadano y hombre del pueblo. Pero... el periodista no puede ser discreto... es decir, no puede ser más discreto que el que le da las noticias. Si el periodista se guardara las noticias y primicias que recibe, no habría periodismo.

Una vez hubo una disputa entre Pan y Apolo a ver quién tocaba mejor la flauta y como no se ponían de acuerdo llamaron como juez al rey Midas, quien, de acuerdo con su gusto, dictaminó que Pan era mejor ar-

tista que Apolo. Apolo, que era un dios en tanto que Pan era apenas un genio, se disgustó por el fallo y dispuso que el rey Midas tuviera para siempre, desde ese momento, orejas de burro como sanción por no saber oír, por no tener el oído afinado. Y para ocultar tamaña vergüenza Midas vivía oculto no dejándose ver por nadie. El único que sabía el secreto era el peluquero del rey Midas, quien estaba advertido que pagaría con la muerte la violación del secreto. El pobre peluquero soportó lo que pudo el no confiar a nadie lo que sabía. Pero al fin no pudo más. Y haciendo un agujero en la tierra dijo: "El rey Midas tiene orejas de burro". Y quedó tranquilo. Pero hete aquí que a los pocos minutos toda la naturaleza, el río, el bosque, los pájaros, el viento repetían: "El rey Midas tiene orejas de burro".

Es una explicación — mitológica por cierto — del origen del periodismo. El rey no pudo hacer nada para que no se supiera lo que era verdad. Aunque se hubieran callado los hombres — por miedo o por conveniencia, — las flores, los pájaros, el viento, el torrente se hubieran encargado de difundir por el mundo una noticia. Apolo es, pues, podría decirse, el creador del periodismo; porque está averiguado que el dios incitó al peluquero a convertirse en periodista. Fué, pues, la primera función, el difundir noticias. Después vino el alto apostolado de defender todas aquellas bellas pala-

bras con cuyo significado el hombre ha hecho la esencia de la vida moderna, de la justicia, el bien y la verdad. Y en este sentido el periodismo ha tenido sus mártires; no sólo de hombres que sabían sostener como caballeros aquello que habían escrito como periodistas, sino de héroes que fueron al combate con la bandera del bien y la verdad bien alta.

El periodismo argentino ha sido, a través del tiempo, a través de las diversas épocas que hemos avizorado en esta breve reseña, una tarea y un combate, y ha respondido siempre al puro corazón y a los altos pensamientos en una misión de todos los días, en que hay que sacrificarse constantemente. Porque en ese oficio digno y elevado hay que contestar ¡Presente! en los instantes de prueba de un pueblo y no esperar, para acudir, al momento de las ovaciones y del reparto de lauros y trofeos.

tista
Par
dis
mo
por
ve
na
de
la
soj
Pe
tie
qu
to
vi

or
qu
bi
ni
se
n
P
a
P
a



INDICE

	PÁG.
I. Expresión del mundo	5
II. Primeros balbuceos	9
III. De Isabel I a "The Times", pasando por Walter Scott	19
IV. Noticia histórica del periodismo en Francia	31
V. Noticia histórica del periodismo en Ale- mania	49
VI. En España	60
VII. Otros países	76
VIII. Norteamérica y el periodismo colosal...	90
IX. El periodismo hispanoamericano en su eta- pa colonial	104
X. El periodismo hispanoamericano en la eta- pa de madurez	129
XI. El periodismo ilustrado	145
XII. Literatura periodística	156
XIII. El contenido heterogéneo	163
XIV. Opiniones y juicios	176
XV. Grandes figuras	190
XVI. El ejemplo heroico	193
XVII. Anecdótico	202
XVIII. Vibración conjunta de un diario.....	207
PERIODISMO ARGENTINO, por Pablo Rojas Paz	219

COLECCION ORO

DIVULGACIÓN AMENA DE TEMAS CIENTÍFICOS,
HISTÓRICOS Y LITERARIOS

TÍTULOS PUBLICADOS

- | | |
|---|--------------------|
| 1 MARAVILLAS DE LAS REGIONES POLARES | J. O. Espasandín |
| 2 LA CIVILIZACION DEL NILO | J. O. Espasandín |
| 3 POBLADORES DEL MAR | J. O. Espasandín |
| 4 PRODIGIOS DE LAS AVES | J. O. Espasandín |
| 5 LOS SERES MICROSCOPICOS | J. O. Espasandín |
| 6 GIGANTES MARINOS | J. O. Espasandín |
| 7 EL CORTEJO SOLAR | J. O. Espasandín |
| 8 UN PASEO POR EL CIELO | J. O. Espasandín |
| 9-9 bis SOCIEDADES DE INSECTOS | J. O. Espasandín |
| 10 NARRACIONES MITOLOGICAS | J. O. Espasandín |
| 11 LA GRECIA HEROICA | J. O. Espasandín |
| 12 LA GRECIA CLASICA | J. O. Espasandín |
| 13 ROMA: LA REPUBLICA | J. O. Espasandín |
| 14 ROMA: EL IMPERIO | Luis M. Baudizzone |
| 15 CERVANTES | A. Serrano Plaja |
| 16 LOS MISTICOS | Mariano Perla |
| 17 LAS CIUDADES ANTIGUAS | Francisco Genil |
| 18 EL MUNDO DEL HOMBRE PRIMITIVO | J. O. Espasandín |
| 19 PRODIGIOS DE LAS PLANTAS | Lorenzo Varela |
| 20 EL RENACIMIENTO | Vicente Salas Vizu |
| 21 SENTIMIENTO Y EXPRESION EN LA MUSICA | José Luis Romero |
| 22 LAS CRUZADAS | J. O. Espasandín |
| 23 NUESTRO PLANETA | José Barbanza |
| 24 LOS ANIMALES PREHISTORICOS | E. Nicola Siri |
| 25 ARGENTINA | José Barbanza |
| 26 ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMERICA | Francisco Ayala |
| 27 HISTORIA DE LA LIBERTAD | Pablo Rojas Paz |
| 28 BIOGRAFIA DE BUENOS AIRES | Ramón Prieto |
| 29 LOS MISTERIOS DEL AMAZONAS | Santiago Orfila |
| 30 EL HOMBRE Y EL MEDIO | Gregorio Aráoz |
| 31 LA HERENCIA BIOLOGICA | José Barbanza |
| 32 PSICOLOGIA ANIMAL | José Barbanza |
| 33-34 HISTORIA DE LA ARQUITECTURA | Javier Farías |
| 35 LA CIVILIZACION CHINA | E. Nicola Siri |
| 36 LA CIVILIZACION AZTECA | Córdova Iturburu |
| 37-38 EL ARTE DE ESCRIBIR | Antoine Albalat |
| 39 EL CONTINENTE AMERICANO | E. Pérez Mariluz |
| 40 MEXICO | Jaime Espinar |

CENTRO DE DOCUMENTACION
MANUALES ESCOLARES
LIBRATLANTIGO

todo persona fice
deudo a uice su
uido pensare con
cuigan persona que
finge ban coruço

es un lago que d
linda que uide
muse y la uice so
le compade con
y que en fide pa
las un no con
la neg  de que u
que a que
pensare que
no que no
que que que